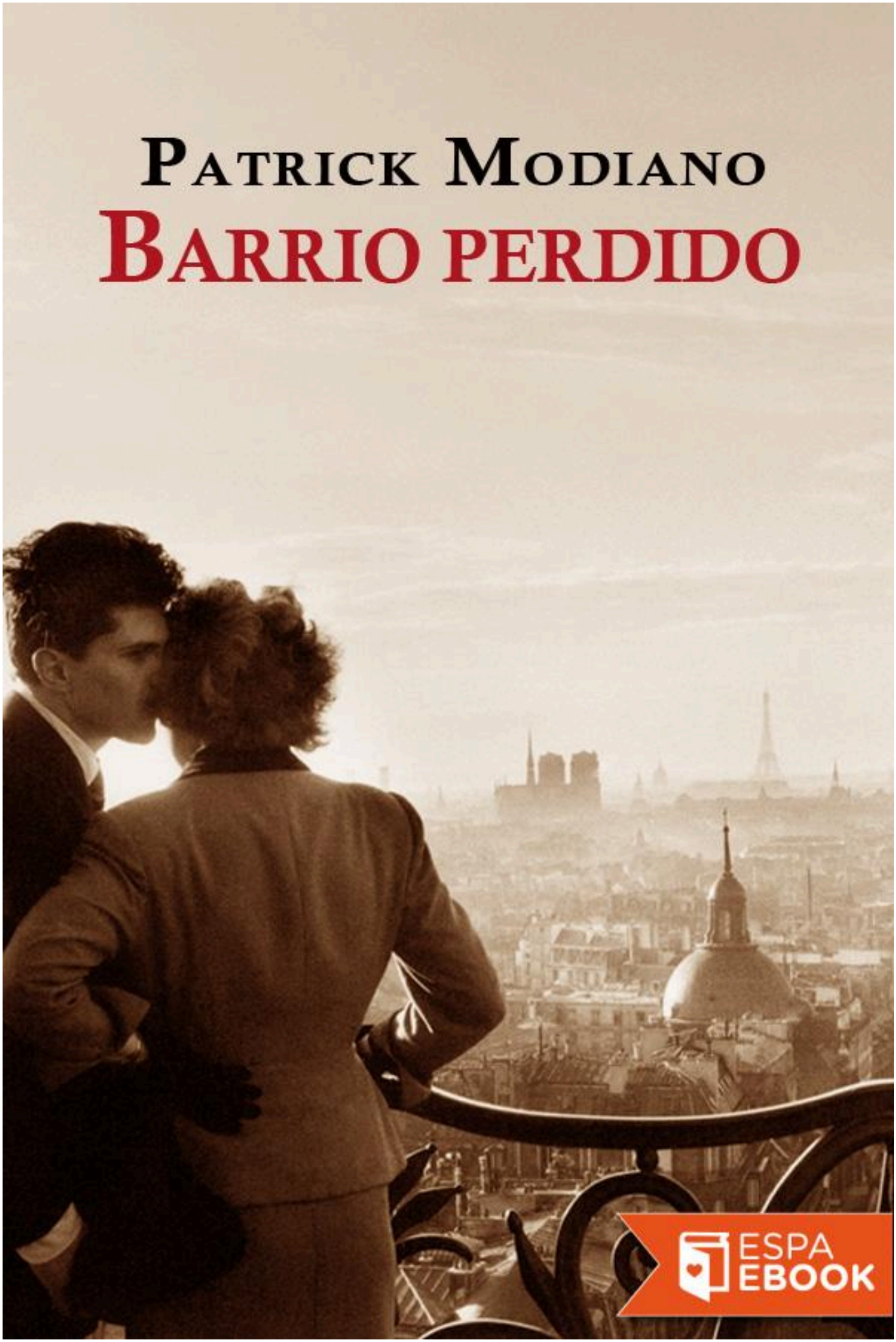
PATRICK MODIANO

BARRIO PERDIDO



ESPA EBOOK

Un domingo de julio, Ambrose Guise, escritor de novelas policíacas, regresa a París tras veinte años de ausencia para encontrarse con su editor japonés. Pronto surgen el París de su memoria, los misterios de su pasado y su verdadera identidad: Jean Dekker.

Barrio perdido nos adentra en una ciudad crepuscular, llena de lugares y personajes extraños: el apartamento de Carmen Blin frente a la Place de
l'Alma
, los archivos que dejó Daniel de Rocroy, las codificadas conversaciones con Ghita Wattier… *Barrio perdido* es el Dekker que desapareció después de un crimen sin resolver.

Patrick Modiano

Barrio perdido

ePub r1.0
Maki 11.10.14

Título original: *Quartier perdu*
Patrick Modiano, 1984
Traducción: Adoración Elvira Rodríguez
Imagen de cubierta: Les Amoureux de la Bastille, Willy Ronis, 1957
Diseño de cubierta: Maki

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en espaebook.com

Para Dominique

Qué raro oír hablar en francés. Al bajar del avión, siento un pellizco en el estómago. En la cola de la aduana, contemplo el pasaporte, que ahora es el mío, con sus dos leones dorados sobre fondo verde claro, emblema de mi país de adopción. Y pienso en aquel otro, con pastas acartonadas azul marino, que me expidieron hace tiempo, a mis catorce años, en nombre de la República Francesa.

Indico al taxista la dirección del hotel temiendo que me dé conversación porque he perdido la costumbre de expresarme en mi lengua materna. Pero permanece callado durante todo el trayecto.

Entramos en París por la Porte de Chaperret. Domingo, dos de la tarde. Avenidas desiertas bajo el sol de julio. Me pregunto si no estoy pasando por una ciudad fantasma, bombardeada, tras el éxodo de sus habitantes. Quizás las fachadas de los edificios esconden escombros. El taxi va cada vez más deprisa, como si tuviera el motor apagado y bajásemos en punto muerto la cuesta del boulevard Malesherbes.

En el hotel, las ventanas de mi habitación dan a la rué de Castiglione. Corro las cortinas de terciopelo y me duermo. Me despierto a las nueve de la noche.

Ceno en el comedor. Aunque aún es de día, los apliques de las paredes difunden una luz cruda. Una pareja de americanos ocupan una mesa junto a la mía: ella, rubia con gafas negras; él, embutido en una especie de esmoquin escocés. Se está fumando un puro y el sudor le corre por las sienes. Yo también tengo mucho calor. El *maítre* me saluda en inglés y le respondo en el mismo idioma. Por su actitud paternalista comprendo que me ha tomado por americano.

Afuera ha caído la noche; bochornosa, sin un soplo de brisa. Bajo los soportales de la rué de Castiglione me cruzo con turistas, americanos o japoneses. Hay varios autocares aparcados ante la verja del jardín de las Tuileries y, en el estribo de uno de ellos, un hombre rubio con uniforme de auxiliar de vuelo recibe a los pasajeros micrófono en mano. Habla deprisa, en un idioma gutural y en voz muy alta, interrumpiéndose con unas risotadas que parecen relinchos. Cierra la puerta y se sienta junto al conductor. El autocar sale hacia la place de la Concorde; un autocar celeste que lleva en un lateral, escrito en letras rojas: *De grote reizen antwerpen*[1].

Más allá, en la place des Pyramides, otros autocares. Un grupo de jóvenes con bolsas en bandolera de tela beis están tumbados bajo la estatua de Juana de Arco. Se pasan unas *baguettes* y una botella de Coca-Cola que vierten en vasos de cartón. Cuando llego a su altura, uno de ellos se levanta y me pregunta algo en alemán. Como no entiendo ese idioma, me encojo de hombros en señal de impotencia.

Me adentro en la avenida que corta el jardín hasta el puente Royal. Hay un furgón de policía parado y sin luces. Están metiendo en él a una sombra vestida de Peter Pan. Por los paseos y alrededor de las fuentes, varios hombres de pelo corto y bigote van y vienen, tiesos y enlunados. Sí: el lugar sigue frecuentado por el mismo tipo de gente de hace veinte años, aunque a la izquierda del arco de triunfo del Carrousel, tras los macizos de boj, ya no exista el urinario público. He llegado al Quai des Tuileries, pero no me atrevo a cruzar el Sena para pasearme yo solo, por la orilla izquierda, donde viví mi infancia.

Permanezco mucho rato en la acera, mirando el flujo de coches, el parpadeo de los semáforos y la mole oscura de la estación de Orsay, al otro lado del río. Al regresar, los soportales de la rué de Rivoli están desiertos. Nunca he padecido tanto calor de noche en París, lo que aumenta el sentimiento de irrealidad que experimento en medio de esta ciudad fantasma. ¿O soy yo el fantasma? Busco algo a qué aferrarme. La antigua perfumería panelada de la place des Pyramides es ahora una agencia de viajes. Han reformado la entrada y el hall del *Saint-James et Ibany d'A*

. Lo demás sigue igual. Igual. Me lo repito en voz baja y a pesar de todo me siento flotar en esta ciudad. Ya no es la mía, se cierra cuando me aproximo a ella, como el escaparate enrejado de la rué de Castiglione, ante el que me he detenido y que apenas refleja mi imagen.

Varios taxis aparcados; pienso en tomar uno para dar un largo paseo por París y ver de nuevo los lugares que me eran familiares. Pero siento miedo: el de un convaleciente que no se atreve a hacer esfuerzos demasiado violentos los primeros días.

El conserje del hotel me saluda en inglés. Esta vez le respondo en francés, lo que parece sorprenderle. Me tiende la llave y un sobre celeste.

—Un mensaje telefónico, señor.

Abro las cortinas de terciopelo y las dos hojas del mirador. Hace más calor afuera que en la habitación. Desde el balcón se ve, a mano izquierda, la place Vendóme anegada de penumbras y, al fondo, las luces del boulevard des Capucines. De vez en cuando para un taxi; oigo el cerrar de las puertas y retazos de conversaciones en inglés o en italiano. De nuevo me apetece salir a dar un paseo, sin rumbo. En este mismo instante, alguien estará llegando por primera vez a París, emocionado e intrigado al pasar por unas calles y unas plazas que, esta noche, a mí se me antojan muertas.

Rasgo el sobre azul del mensaje. Yoko Tatsuké ha llamado al hotel durante mi ausencia: si quiero contactar con él, estará mañana, todo el día, en el *Concorde-Lafayette* de la Porte Maillot.

Me siento aliviado de que me haya citado tarde, para cenar, ya que la idea de cruzar París en pleno día, bajo un sol de justicia, me abruma. Al atardecer salgo a estirar las piernas por los soportales.

Entro en una librería inglesa de la rué de Rivoli. En la sección «detective-stories» veo uno de mis libros. O sea, que en París venden la serie *Jarvis* de Ambrose Guise. Como la foto del autor que ilustra la solapa del libro está muy oscura, pienso que nadie de los que me habían conocido antaño aquí, en Francia, se habrá percatado de que el tal Ambrose Guise soy yo.

Hojeo el libro con la sensación de haber abandonado a Ambrose Guise al otro lado del canal de la Mancha. Veinte años de mi vida quedan de pronto eliminados. Ambrose Guise deja de existir. He vuelto al punto de partida, entre el polvo y el calor parisinos.

De regreso al hotel, siento en el estómago un nudo de ansiedad: nunca se vuelve al punto de partida. ¿Habrá alguien que aún recuerde mi vida anterior, la de ese joven que vagabundeaba por las calles de París confundiéndose con ellas? ¿Quién podría reconocerlo en el escritor inglés de americana beis, Ambrose Guise, autor de los *Jarvis*? Subo a la habitación, corro las cortinas y me tumbo, cruzado en la cama. Echo una ojeada al periódico que habían pasado por debajo de la puerta durante mi ausencia. Hace tanto tiempo que no leo en francés que, de nuevo, la desazón se apodera de mí; una especie de titubeo, como si recuperase retazos de mí mismo tras una larga amnesia. Leyendo al azar veo, al final de una página, una sección con la lista de visitas guiadas para el día siguiente:

- La Tour Eiffel. 15h. Punto de encuentro: pilar norte.
- Curiosidades y subterráneo del monte Sainte-Geneviéve. 15h. Punto de encuentro: metro Cardinal-Lemoine.
- El viejo Montmartre. 15h. Punto de encuentro: metro Lamarck-Caulaincourt.
- Cien tumbas diversas en Passy. 14h. Punto de encuentro: intersección de la avenue Paul-Doumer con la place du Trocadéro.
- Jardines del viejo Vaugirard. 14h 30. Punto de encuentro: metro Vaugirard.
- Palacetes del Marais norte. 14h 30. Punto de encuentro: salida del metro Rambuteau.
- Aspectos desconocidos del canal de l'Ourcq : el puente levadizo de la Villette y los depósitos del Quai de la Loire. 15h. Punto de encuentro: intersección de la rué de Crimée con el Quai de la Loire.
- Palacetes y jardines de Auteuil. 15h. Punto de encuentro: metro Michel-Ange-Auteuil.
- Duración 1h 45 (Presencia del Pasado).

Pienso que si me siento demasiado solo en este París canicular, me queda el recurso de hacer alguna de esas excursiones. Pero ya es hora de ver a Tatsuké. Ha caído la noche y el taxi sube por los Champs-Élysées.

Debí haberme ido a pie, mezclarme con la muchedumbre ociosa, entrar en el *Café des Sports*, en la avenue de la Grande-Armée, y dejarme mecer por las conversaciones de mozos de cuadra y mecánicos. Para reanudar poco a poco el contacto con París. Pero ¿con qué fin? Debo considerar esta ciudad como cualquier ciudad extranjera. El único motivo de mi presencia aquí es la cita que me ha concertado un japonés. Además, en cuanto el taxi toma el boulevard Gouvion-Saint-Cyr, me percato de que el *Café des Sports* ya no existe. En su lugar, han construido un edificio de cristal azuloso.

En la recepción del *Concorde* pregunto por el señor Yoko Tatsuké. Me espera en el «restaurante» del piso diecisiete. El ascensor sube en un silencio enguatado. Hall cubierto de moqueta naranja. Un rótulo de letras doradas recorre la pared de acero: «pizzeria panoramique flaminio», y una flecha indica la dirección que debe uno seguir. Invisibles altavoces difunden música de aeropuerto. El camarero de chaqueta burdeos me señala una mesa, al fondo, junto al ventanal.

Me hallo en presencia de un japonés distinguido, con traje gris. Se levanta y me saluda inclinando la cabeza. De vez en cuando se lleva una boquilla a los labios y me observa con una sonrisa que no sé si es irónica o amistosa. De fondo, la música de aeropuerto.

—*Mr. Tatsuké, I presume* —le digo.

—*Pleased to meet you, Mr. Guise*.[2]

Llega el camarero con la carta y el propio Tatsuké ordena en un francés impecable:

—Dos ensaladas Flaminio, dos pizzas sicilianas y una botella de *chianti*. Las ensaladas Flaminio bien aderezadas, por favor.

Luego, dirigiéndose a mí:

—*You can trust me… It's the best pizzeria in Paris… I am fed up with french cooking… I'd like something different for a change… You would surely prefer a french restaurant?*

—*Not at all.*

—*Yes… I was wrong… I should have taken you to a french restaurant… You probably are not used to french restaurants…*[3]

Pronuncia esta última frase en tono de superioridad y desgana, como dirigiéndose a un vulgar turista a quien hubiese de enseñar «Paris By Night».

—¡Que no, de verdad, que me encantan las pizzas! —le espeto en francés, y después de tantos años me sale intacto el acento de mi pueblo natal: Boulogne-Billancourt.

La boquilla se le cae de las manos y la punta incandescente del cigarrillo empieza a quemar el mantel; pero su sorpresa es tal que no se da ni cuenta.

—Tenga, amigo, no sea que ardamos —le digo tendiéndole la boquilla.

Esta vez percibo una sombra de inquietud en su mirada.

—Habla… Habla usted muy bien francés…

—Y usted también…

Le sonrío amablemente. Parece halagado y empieza a relajarse.

—Trabajé cinco años en Francia, en una agencia de prensa —me dice—. ¿Y usted?

—Bueno, yo…

No encuentro las palabras y él respeta mi silencio. Nos traen las ensaladas Flaminio.

—*You like it?*[4] —me pregunta.

—Mucho. Me gustaría que siguiésemos hablando en francés.

—Como quiera.

Que yo hable correctamente francés parece desconcertarlo.

—Ha sido una idea estupenda haberme citado en París —le digo.

—¿No le ha causado mucha molestia?

—En absoluto.

—Mi editorial me suele mandar a París. Traducimos muchos libros franceses.

—Le agradezco que me permita hablar en francés.

Inclinándose hacia mí, me dice con voz suave:

—Qué menos, señor Guise… El francés es un idioma precioso…

La música ha cesado. Alrededor de una gran mesa, cerca de la entrada del restaurante, un grupo de

japoneses, de pie, brindan levantando una y otra vez sus copas de *champagne*. Con esas gafas, esos cuerpos achaparrados y esos pelos rapados parecen de una raza distinta de la de Tatsuké.

—Los japoneses sienten debilidad por París —me dice pensativo, golpeando suavemente la boquilla contra el borde del cenicero—. Figúrese, señor Guise: cuando vivía aquí me casé con una parisina encantadora. Regentaba un instituto de belleza… Por desgracia, cuando tuve que regresar a Japón no quiso acompañarme… No he vuelto a verla. Aún sigue por aquí, entre todas estas luces…

A través de los cristales, con la cabeza inclinada, mira París, del que dominamos casi toda la orilla derecha; cerca de nuestra mesa, sobre un trípode, hay un catalejo, como en los parajes turísticos, pero éste funciona sin monedas. Tatsuké se pone a mirar por él haciéndolo girar sobre el soporte con amplios movimientos panorámicos, o desplazando el objetivo milímetro a milímetro, o bien manteniéndolo inmóvil durante mucho rato en un punto preciso. ¿Qué busca? ¿A su mujer? Yo no necesito tal instrumento. Unos cuantos puntos de referencia: la Tour Eiffel, el Sacré-Coeur, el Sena, me bastan para que desfile en mi mente la maraña, tan familiar, de calles y fachadas.

—Tome, señor Guise…

Me ofrece el trípode. Miro por el objetivo. Nunca he manejado un catalejo tan potente. Me detengo en un café de la place Pereire y distingo las cabezas de todos los clientes sentados en los veladores de la terraza y hasta la silueta de un perro apostado en la acera. Me deslizo por la brecha de la avenue de Wagram. Quizás pueda ver el tejado con pérgola del hotel de la rué Troyon donde viví antaño. Pero no. Desde la place des Ternes hasta
l'Étoile
, el fulgor de la avenue de Wagram es tal que los alrededores quedan anegados en un *black-out*[5].

—Con este catalejo se pasaría uno las horas muertas paseándose por París, ¿verdad señor Guise?

Nos hemos quedado solos en el restaurante. Yo, abandonando el catalejo, contemplo París a través del ventanal. La ciudad me parece de pronto tan lejana como un planeta escudriñado desde un observatorio. Abajo, las luces, el bullicio, la noche asfixiante de julio; aquí, por el contrario, el frescor excesivo del aire acondicionado me produce escalofríos, y reinan la penumbra y el silencio apenas roto por el golpeteo que produce la boquilla de Tatsuké contra el cenicero.

—Señoras y señores, estamos sobrevolando París…

Imita la voz de un auxiliar de vuelo, pero la expresión de tristeza que adquiere su rostro me sorprende.

—Ahora, hablemos de negocios, señor Guise…

De un portafolios de cuero, al pie de su silla, extrae varios papeles.

—Éstos son los contratos que debe firmar… Texto japonés y traducción inglesa… Ya sabe de qué va… Podría firmar con los ojos cerrados…

Son tres asuntos distintos: la compra de los derechos de los *Jarvis* para unas fotonovelas y para una serie de televisión; por último, la comercialización de algunos episodios de los *Jarvis* en forma de juguetes, trajes y accesorios varios para los «Kamihira», unos grandes almacenes de Tokio.

—Le confieso, señor Guise, que no acabo de entender el entusiasmo de mis compatriotas japoneses por sus libros…

—Yo tampoco.

Me pone en la mano una pluma de platino. Firmo todas las páginas de los contratos. Luego, me tiende un cheque celeste con letras góticas rosas.

—Aquí tiene —me dice—. Por las tres operaciones le he conseguido ochenta mil libras de anticipo.

Doblo el cheque distraídamente. El mete los contratos en el portafolios y cierra la cremallera con gesto seco.

—Todo en orden, señor Guise. ¿Le parece bien?

—Usted considera que mi literatura es muy mala, ¿verdad?

—Lo suyo no es literatura, señor Guise. Es otra cosa.

—Totalmente de acuerdo con usted.

—¿Sí?

—Hace veinte años, cuando empecé a escribir la serie de los *Jarvis*, no pretendía hacer buena o mala literatura, sino simplemente hacer algo. El tiempo apremiaba.

—No hay nada deshonroso en ello, señor Guise. Sigue usted los pasos de Peter Cheyney y de Ian Fleming.

Me tiende una pitillera de oro con cierre de brillantes.

—No, gracias. No fumo desde que empecé a escribir.

—Pero ¿por qué habla usted tan bien el francés?

—Nací en Francia, donde viví hasta los veinte años. Luego, me marché y me puse a escribir en inglés.

—¿Y no le resultó difícil escribir en inglés?

—No, lo hablaba bien. Mi madre era inglesa. Vivió muchos años en París. Fue *girl* en varios *music-halls*.

—¿Su madre era… girl?

—Sí. Incluso una de las más bonitas de París…

No aparta los ojos de mí, con mirada entre inquieta y compasiva.

—Me alegro mucho de que me haya citado en mi ciudad natal —le digo.

—Hubiera sido más cómodo para usted mandarle a Londres por correo los contratos y el cheque…

—No, no… Necesitaba un pretexto para regresar a París… Hacía veinte años que no ponía los pies en París…

—¿Y por qué motivo se marchó usted de Francia?

Busco una máxima, una fórmula de tipo general que me permita eludir la pregunta.

—La vida es una sucesión de ciclos… Y de vez en cuando uno regresa a la casilla de salida. Desde que estoy en París tengo la impresión de que Ambrose Guise ha dejado de existir.

—¿Le queda familia en París?

—Nadie.

Duda un momento, como temiendo decir una tontería.

—O sea, que pretende hacer una peregrinación…

Pronuncia la frase en tono ceremonioso y me pregunto si no se estará burlando un poco de mí.

—Quizás me aporte ideas para un libro de recuerdos —le digo—. Un libro titulado «*Jarvis en París*».

—¿Qué número de *Jarvis* sería ése?

—El noveno.

—No sé si interesará a mis compatriotas japoneses tanto como los otros *Jarvis*, pero debería usted escribirlo. Personalmente, siempre me han gustado las autobiografías.

—Sería una especie de retrato del artista por sí mismo —le digo, intentando permanecer serio.

—Muy interesante, señor Guise.

—De escribir ese libro lo haría en francés, por supuesto.

—En ese caso, crea que seré uno de sus lectores más atentos —me dice inclinando levemente la cabeza con seca elegancia de samurái.

Consulta su reloj de pulsera.

—Medianoche… Voy a tener que dejarlo… Aún tengo que redactar un informe para mi editorial… y mi avión para Tokio sale a las siete de la mañana…

Cruzamos la sala vacía del restaurante. Nuestros pasos se hunden en la moqueta.

—Lo acompaño —me dice Tatsuké.

El ascensor se detiene en cada piso, las dos puertas se abren sobre idénticos rellanos con el mismo pasillo interminable. Cada vez, Tatsuké pulsa el botón de la planta baja, temiendo sin duda que volvamos a subir, yendo arriba y abajo hasta el fin de los tiempos. Pero por mucho que pulse el botón, el ascensor permanece inmóvil unos segundos esperando a clientes que no llegan. Y, de nuevo ante nosotros, el inacabable y huidizo pasillo desierto con su moqueta naranja, sus paredes de acero satinado, las puertas de las habitaciones lacadas en negro…

En la planta baja, dos grupos de turistas sentados en los sillones del hall: unas veinte alemanas cuarentonas y otros tantos japoneses, hombres, de la misma edad, vestidos con trajes oscuros. Se miran unos a otros con cierta inquietud, y todos llevan, colgada del cuello, una tarjeta con las
letras C
. M. impresas en rojo.

—¿Sabe lo que
significa C
. M.? —me pregunta Tatsuké—. «Contactos Mundiales». Es un organismo turístico que se encarga, durante el mes de julio, de poner en contacto a grupos de turistas en este hotel de París… El mismo número de hombres y de mujeres…

Me coge del brazo.

—Cada noche llegan a este hall dos nuevos grupos… Hombres y mujeres… Primero se observan… Luego,

poco a poco, van rompiendo el hielo… Forman parejas… Fíjese… Tienen toda la noche para conocerse. He visto casos muy curiosos en el bar… Una forma original de entender el turismo, ¿no le parece?

Uno de los japoneses sale de su grupo dirigiéndose, muy ceremonioso, al de las alemanas, como si los suyos le hubiesen encargado una misión de plenipotenciario. A su vez, una de las alemanas avanza hacia él.

—¿Ve? Ya se ha iniciado el proceso… Cada hombre tiene la foto de su futura acompañante… y viceversa… Dentro de un rato ambos grupos se mezclarán. Y, fotos en mano, intentarán reconocerse…

Qué cosas pasan en París en el mes de julio, ¿verdad?

Me aprieta el brazo mientras me guía hasta la salida del hotel.

—¿Piensa quedarse algunos días por aquí? —me dice.

—No sé… Hace demasiado calor y me siento como uno de estos turistas…

De repente, me asusta quedarme solo pero no me atrevo a pedirle que se tome una última copa conmigo.

—Ojalá su regreso a París le inspire… Esa idea de escribir sus recuerdos es estupenda…

—Lo intentaré —digo con voz insegura.

Al salir del hotel, el calor me parece aún más sofocante. Me habría quedado gustoso en el frescor del aire acondicionado. Apenas puedo respirar.

—El problema —le digo— es que ya no conozco a nadie aquí.

—Entiendo cómo se siente… Desde que me dejó mi mujer, también me parece que París no es la misma ciudad que aquélla en la que viví…

Una fila de taxis espera delante del hotel. La perspectiva de regresar, solo, en uno de ellos, y meterme en mi habitación de la rué de Castiglione, me agobia tanto como el calor.

—Debería usted coger el avión mañana temprano… Como yo… No tiene sentido peregrinar por los lugares donde uno ha vivido… Yo, sin ir más lejos, siempre evito la rué des Mathurins: allí tenía mi mujer el instituto de belleza… Lo entiende, ¿verdad?

Abriendo la puerta de un taxi, me empuja con una leve presión de su mano contra mi hombro. Me dejo caer en el asiento.

—Me alegro de haberle entregado sus contratos personalmente… Pero váyase de París lo antes posible… En serio, creo que no le conviene quedarse aquí… Escriba otro *Jarvis*… Confío en usted, señor Guise…

Cierra la puerta. El taxi se detiene en el semáforo y contemplo a Tatsuké por la ventanilla. Está en la acera, muy tieso, con una mano en el bolsillo de la americana, el rostro impasible. Qué cosa tan extraña, hallarme en esta ciudad tras veinte años de ausencia, solo, en una tórrida noche de julio, con la mirada puesta en un japonés de traje claro.

En la recepción del hotel, el conserje, sonriente, me da la llave de mi habitación.

—*Did you have a nice time,* sir?[6]

—Puede usted hablarme en francés.

Por un momento parece extrañado, pero pronto vuelve la sonrisa. Me habrá tomado por belga, o suizo.

—¿Está usted solo en París?

—Sí.

—En tal caso… Puede que esto le interese…

Me tiende una cartulina roja, de un formato algo mayor que el de una tarjeta de visita.

—Si le apetecen los placeres nocturnos de París…

Envolviéndome en una sonrisa de connivencia, me mete la tarjeta en un bolsillo de la americana.

—Solo tiene que llamar por teléfono, señor…

En el ascensor, saco del bolsillo la tarjeta roja. Lleva escrito en letras negras:

Hayward.
Alquiler de automóviles de lujo con chófer.
Itinerarios turísticos. Paris By Night.
2, avenue Rodin. París (XVI). nro.
46-26

Por extraño que parezca, el nombre Hayward no me dice nada en un primer momento. Abro de par en par la ventana y decido llamar a mi mujer. Aún no es la una de la madrugada y ella se acuesta siempre muy

tarde. Me contesta Bristow.

—La señora no ha regresado todavía. Ha ido al teatro con unos amigos.

—¿No lo habré despertado?

—No, señor. Estoy jugando al ajedrez con *Miss* Mynott. ¿Quiere usted hablar con *Miss* Mynott sobre los niños?

—Supongo que estarán durmiendo.

—Sí, señor, están durmiendo, pero vieron la televisión hasta las nueve y media y *Miss* Mynott y yo tuvimos la debilidad de… era una película de Walt Disney, señor. ¿Debo decirle a la señora que lo llame esta noche?

—No. La llamaré mañana. Espero que en Londres haga menos calor que en París…

—Es soportable.

—Me alegro.

—¿Debo ir a buscarlo a Heathrow el miércoles por la mañana, señor?

—No, me quedaré unos cuantos días más en París.

—Muy bien, señor.

—Que disfrute de su partida de ajedrez, Bristow.

—Gracias, señor.

Antes de quitarme la americana me vacío los bolsillos. Pasaporte, monedas, agenda… Despliego el cheque de Tatsuké. La cifra de ochenta mil libras y las letras góticas rosas sobre fondo celeste me parecen tan irreales como la voz de Bristow al teléfono. Y sin embargo, desde hace veinte años, desde que dejé París pensando no regresar jamás, todo se ha vuelto tan coherente, tan sólido, tan luminoso en mi vida… Sin zonas oscuras ni arenas movedizas… La serie de los *Jarvis* que empecé a escribir a mi llegada a Londres, en un triste cuartucho de Hammersmith, me ha convertido, a mis treinta y nueve años, en «un nuevo Ian Fleming», según Tatsuké. Todo me sonríe. Una encantadora esposa de belleza tan impresionante que mi editor se empeñó en poner su fotografía en la portada del primer *Jarvis*. Y aquella sugerente foto influyó mucho en el éxito del libro… Tres hijos preciosos, cuyo único defecto es ver demasiado la televisión; una casa en Londres, en la sombreada Rutland Gate; un chalet en Klosters; y ese viejo sueño que realicé el año pasado: comprar, en Monaco, la mansión de la baronesa Orczy cuya obra leía y releía en los tiempos difíciles de Hammersmith para familiarizarme con la lengua inglesa y extraer, de las aventuras de *La Pimpinela escarlata*, estímulo y voluntad para escribir mis *Jarvis*. Mi querida baronesa, en cierto modo mi madrina literaria, de la que soy sucesor en el número 19 de la avenue Costa, Montecarlo…

Me tumbo en la cama. Debido al calor evito hacer el menor gesto aunque, alargando el brazo hacia la mesita de noche, cojo mi viejo cuaderno. Lo pongo junto a la almohada. No me apetece abrirlo. Cubierta verde, bordes gastados, espiral, triángulo en el rincón izquierdo y, escrito sobre el vértice, «Clairefontaine». Un simple cuaderno escolar que compré por aquel entonces en una papelería de la avenue de Wagram, en el que fui apuntando direcciones, números de teléfono, a veces citas: uno de los pocos vestigios de mi vida anterior en París, junto con mi pasaporte francés caducado y una pitillera de cuero, ya inútil puesto que dejé de fumar.

Podría romper este cuaderno, página por página, pero el esfuerzo no merece la pena: hace tiempo que los números de teléfono apuntados no contestan. Entonces, ¿por qué quedarme en París, tumbado en una habitación de hotel, secándome con el puño de la camisa el sudor de la barbilla, que me chorrea por el cuello? Bastaría con tomar el primer avión de la mañana para volver al frescor de Rutland Gate…

Apago la lamparita de noche. La ventana está abierta y con la luz azul y fosforescente de la rué de Castiglione todos los objetos de la habitación se distinguen con claridad: armario de luna, sillón de terciopelo, mesa redonda, apliques en las paredes. Un reflejo en forma de enrejado se mueve por el techo.

Inmóvil, con los ojos bien abiertos, me voy despojando del grueso caparazón de escritor inglés bajo el que llevo veinte años escondido. No moverse. Esperar a que finalice el descenso a través del tiempo, como quien salta en paracaídas. Tomar tierra en el París de antaño. Visitar las ruinas y rebuscar entre ellas los vestigios de uno mismo. Intentar responder a todas las preguntas que quedaron pendientes.

Oigo el chasquido de las puertas de los coches, las voces y las risas de la calle, los pasos resonando bajo los soportales. El cuaderno es una mancha clara a mi lado; más tarde lo hojearé. Una lista de fantasmas. Sí, pero ¿quién sabe? Algunos se siguen apareciendo en esta ciudad aletargada por el calor.

En la mesita de noche, la tarjeta roja que me dio el conserje. Ese nombre escrito en letras negras: Hayward, me recuerda algo. ¡Claro! Hayward…

Plegada en cuatro, entre la cubierta y la primera página del cuaderno, una carta que me envió Rocroy, por vía de mi editor, hace diez años. No la he vuelto a leer desde entonces:

Querido amigo. Soy un gran aficionado a la novela policíaca francesa, inglesa y americana, seguro que lo recuerda, y la otra tarde compré un libro de ese género: Jarvis who loves me*, porque me llamó la atención la deliciosa mujer morena de la portada. Cuál no fue mi sorpresa al ver, en la solapa, la fotografía del autor, Ambrose Guise… Lo felicito. Es usted un ingrato. Me hubiese gustado recibir un ejemplar dedicado, pero al parecer no quiere que lo relacionen en modo alguno con aquel que conocí en París y que, por cierto, era un gran muchacho… Cuente con mi discreción; Jean Dekker dejó de existir y no tengo el honor de conocer a Ambrose Guise. Tranquilícese, nunca me interesó relacionarme con escritores; me conformo con leerlos, y espero impaciente su próxima obra. Aquí, hasta el momento, nadie sabe que se ha convertido usted en Ambrose Guise. Además, como dice un moralista francés, «solemos vivir a merced de ciertos silencios». Cuente con el mío.*

Se mantiene usted, de principio a fin del libro, en el registro «policíaco» pero en ciertos pasajes se percibe que, afinando un poco más, podría llegar a escribir una obra realmente literaria. En todo caso, gracias por ayudar a las pobres gentes como yo a pasar las noches de insomnio, que ya es mucho.

Me parece que ha utilizado usted su propia experiencia para describir el submundo delictivo por el que boga el protagonista. Como el personaje del abogado suicida, cuyo guardarropa se compone de dos tipos de trajes: los azul marino y los de franela gris; y que recibe a sus clientes tumbado… No sabía que tales detalles provenientes de mi persona le habían llamado tanto la atención. Soy como la mayoría de los lectores que se han cruzado con algún escritor en su vida: tan presuntuosos que creemos reconocernos en sus libros…

No me cabe duda de que no le interesa —e incluso podría resultarle penoso— que le dé noticias de París y de las personas que frecuentó aquí antes de convertirse en Ambrose Guise. No se preocupe: todos aquellos que fueron testigos de sus inicios en la vida van a ir desapareciendo. Usted era muy joven cuando los conoció, y ellos estaban ya en el ocaso.

Aún no he decidido quitarme de en medio —como el abogado de su libro— pero si se me ocurre hacerlo algún día, será usted el primero en saberlo.

Mientras tanto, le deseo a Ambrose Guise todos los éxitos y mucha felicidad.

Rocroy

Pero nunca me dijo nada. Cinco años después, en Londres, en el quiosco de prensa cerca de Montpelier Square donde siempre echaba una ojeada a los periódicos franceses, leí en un diario de la tarde este artículo, que he encontrado dentro del sobre, con la carta:

Un antiguo abogado de los tribunales de París, Daniel de Rocroy, se quitó la vida anoche en su domicilio parisino. Daniel de Rocroy se inició en la abogacía en París, antes de la guerra, y fue presidente de la «Conferencia de Abogados». El afamado civilista defendió importantes causas. En 1969, De Rocroy fue apartado durante tres meses del Colegio de Abogados de París por extralimitarse en las reglas de la profesión. De Rocroy respondió a aquella sentencia con una carta de dimisión redactada en tales términos que la suspensión provisional se convirtió en inhabilitación definitiva.

En los años cincuenta se tildaba a Daniel de Rocroy de «bohemio de la abogacía», por su afección a la vida nocturna y su trato con los ambientes más diversos.

Empieza a clarear cuando salgo del hotel. Hace menos bochorno y hasta creo sentir la caricia de una leve brisa mientras camino bajo los soportales hasta la place de la Concorde. Permanezco inmóvil contemplando la plaza y los Champs-Élysées desiertos. Al cabo de un rato, vislumbro una mancha blanca que baja por el centro de la avenida: un ciclista. Va suelto de manos y viste ropa de tenis. Cruza la plaza sin verme, y desaparece por la ribera del Sena, al otro lado del puente. Él y yo somos los dos últimos habitantes de la ciudad.

Por la verja entreabierta me cuelo en el jardín de las Tuileries y espero en un banco del paseo central a

que amanezca del todo. Ni un alma. Salvo las estatuas. Ningún otro ruido que el de la fuente y el piar de los pájaros sobre mi cabeza, entre los castaños de Indias. A lo lejos, emergiendo de la bruma, el kiosco de madera verde donde me compraba golosinas en tiempos de mi niñez está cerrado, quizás para siempre.

No me quito de la cabeza a Daniel de Rocroy. No respondí a su carta por lo lejano que me parecía ya entonces todo lo relacionado con mi vida en París. No quería recordar ni aquella vida ni a aquellas gentes. Incluso la muerte de Rocroy me dejó indiferente. Y ahora, pasados cinco años, me causa el dolor y el remordimiento de lo que quedó sin respuesta. Probablemente él hubiese sido el único en aclarar ciertas zonas oscuras. ¿Por qué no le hice, en su momento, todas las preguntas que no dejaba de plantearme a mí mismo?

Un jardinero coloca un aspersor en el césped; un jardinero negro, con camisa caqui y pantalón azul. Pone en marcha el aspersor, que empieza a girar de izquierda a derecha, regando la hierba, y volviendo luego al punto de partida con una sacudida nerviosa.

El jardinero rondará los sesenta años: el pelo cano resalta contra la piel negra. Cuanto más lo observo, más me convenzo de que es el mismo hombre de mis recuerdos: un jardinero, negro también, cortando el césped allá, a la derecha, cerca de la primera gran fuente según se entra a las Tuileries por la avenue du Général-Lemmonnier. Una mañana de mi infancia, en los jardines desiertos y soleados, como hoy. Ronroneo de la cortadora y olor a hierba. ¿Seguirá existiendo el teatro al aire libre, al otro lado de la avenida central, en aquella parte umbrosa del jardín donde los árboles forman un oquedal? ¿Y el león de bronce? ¿Y los caballitos de madera? ¿Y el busto bajo pórtico de Waldeck-Rousseau? ¿Y la balanza verde, a la entrada de la terraza que domina el Sena?

Me siento en una mesa del chiringuito situado entre el guiñol y el carrusel. El calor es tal que permanezco un buen rato a la sombra de los castaños de Indias antes de caminar a pleno sol hasta la escalera y la verja de la rué de Rivoli. Me parece pisar la arena ardiente de un desierto. Es un alivio llegar al frescor de los soportales.

Pido la guía telefónica al conserje del hotel. En la habitación, corro de nuevo las cortinas para protegerme del sol, y enciendo la lamparita de noche. Rocroy sigue apareciendo con su dirección de siempre, en el número 45 de la rué de Courcelles, pero a su nombre se ha añadido el de Wattier: De Rocroy-Wattier,
227-34-11
. Nunca supe a ciencia cierta si Ghita Wattier era la secretaria o la asociada de Rocroy, o si les unían lazos más íntimos. ¿Su mujer? De un hombre como él se podía esperar cualquier cosa.

Con índice tembloroso marco el
227-34-11
. Los timbrazos se suceden y al cabo de un rato descuelgan. Silencio.

—¿Oiga? ¿Podría hablar con… Ghita Wattier? —balbuceo.

—Al aparato.

Reconozco perfectamente su voz ronca. Respiro hondo.

—Le habla Jean Dekker… Pero quizás no me recuerde.

Hace tanto tiempo que no me presento con mi verdadero nombre que me parece el de otra persona.

—¿Jean Dekker? ¿Se refiere usted a Ambrose Guise?

Pronuncia la frase en un tono entre sorprendido y divertido.

—Sí… Ambrose Guise…

—¿Está usted en París?

—Sí… Y me gustaría mucho verla…

Silencio.

—¿Verme? Me va a encontrar cambiada…

—No creo…

—He leído sus libros, ¿sabe? A De Rocroy le gustaban mucho…

Siempre lo llamaba De Rocroy.

—Me escribió hace tiempo —le digo.

—Lo sé.

De nuevo, silencio.

—Entonces, ¿en serio quiere verme?

—En serio.

—Bueno, pues si puede, venga hoy mismo. Estaré todo el día en casa. ¿A qué hora le viene bien?

—¿Esta tarde?

—¿Esta tarde? Perfecto. Venga cuando quiera… Lo espero.

—¿A eso de las cinco? Me alegra mucho volver a verla.

—A mí también, Jean… o más bien señor Ambrose Guise.

¿Me equivoco, o hay un tono afectuoso en su voz?

Para evitar el sol, decido ir en metro. Me desconciertan un poco los torniquetes de acceso pero, fijándome en los demás pasajeros, introduzco el tique en la ranura.

En los pasillos, el mismo olor de hace veinte años. El tren se desliza en silencio. Ni ruido acompasado ni traqueteos que te hagan dar con el hombro en los cristales. Casi todas las estaciones han cambiado de aspecto. Quedan algunas, sin embargo, que parecen haber caído en el olvido, con sus pequeños azulejos, sus paneles publicitarios de marcos dorados y labrados, sus estrechos bancos de color vino. Quién sabe si esa gente lleva esperando veinte años, ahí sentada. Pero en la estación siguiente, se regresa a la actualidad.

Subo a pie la cuesta de la rué de Courcelles, por el lado de la sombra, acera izquierda, donde está el número 45. Ante el portalón siento cierto nerviosismo y me pongo a caminar a lo largo de la fachada que, en la intersección con la rué Monceau, termina en miradores semicirculares. Esta fachada compacta, con sus ventanales y sus balcones, me parece más luminosa: la habrán remozado durante mi ausencia. Los postigos de hierro, en el mirador del primer piso, están cerrados. Enfrente, la pagoda china. Solía contemplarla desde las ventanas del despacho de Rocroy, recortada sobre el cielo rosa del crepúsculo.

Entro en el portal, empujo la puerta acristalada del vestíbulo y consulto el panel con los números de todos los pisos y los nombres de sus ocupantes. Pero salvo «De Rocroy-Wattier», solo veo nombres de sociedades. En lugar de coger el ascensor, prefiero subir por la monumental escalera.

En el rellano del segundo piso dudo un momento, y luego recuerdo que la puerta de Rocroy era la de la izquierda. Llamo al timbre. Oigo pasos tras la puerta.

—¿Quién es?

—Jean Dekker.

La puerta se abre pero no veo a nadie; parece accionada a distancia por un sistema automático. Entro. Está oscuro. La puerta se cierra. La luz de una linterna me da en plena cara, deslumbrándome.

—Perdone, Jean, pero la luz no funciona en esta habitación.

Recuerdo un vestíbulo bastante amplio con las paredes pintadas en beis y una araña de techo.

—Por aquí, Jean…

Me coge del brazo y me guía por el vestíbulo, proyectando ante nosotros la luz de la linterna. Pasamos por una puerta entornada, de doble hoja y llegamos a la gran habitación semicircular, despacho de Rocroy. Las ventanas dan a la rué de Courcelles y a la rué Monceau. Pero los postigos interiores están cerrados y todas las cortinas echadas. La luz proviene de una lámpara de pie cerca de la biblioteca.

—He cerrado por el calor…

Un ventilador zumba sobre uno de los veladores. Ella está a unos pasos de mí, en la sombra, fuera del alcance de mi vista. Me vuelvo hacia ella.

—¿He cambiado?

Me lo pregunta con voz vacilante. Lleva un albornoz de felpa blanco y, alrededor del cuello, un fular azul marino que parece tapar alguna cicatriz. No, no ha cambiado: los mismos ojazos claros ligeramente saltones, el mismo pelo rubio, más corto que hace veinte años, las mismas cejas bien perfiladas…

—No ha cambiado en absoluto…

Se encoge de hombros.

—Eso me lo dice para halagarme. Siéntese…

Me señala una poltrona de terciopelo verde y, a su vez, se sienta en el borde del sofá donde solía tumbarse Rocroy.

—Hay poca luz aquí, pero es que no soporto el calor… ¿Se quedará en París mucho tiempo? —no deja de observarme entornando los ojos—. Usted tampoco ha cambiado… Sigue igual de joven… Pero claro, la oscuridad siempre favorece… —se sonríe—. ¿Quiere tomar algo? ¿Una naranjada? —inclinándose, coge un vaso de la bandeja de plata al pie del sofá, coloca el cuello de la botella sobre el borde del vaso y vierte un líquido naranja y burbujeante—. Tenga… ¿no le importará beber en el mismo vaso que yo?

—Al contrario.

—Tan encantador y educado como siempre…

Bebo un trago. Busco desesperadamente una frase para entablar conversación.

—¿Cómo es que me ha llamado?

—Estoy de paso en París… Llevaba veinte años sin venir…

—Ha hecho bien llamándome.

El tono serio de su voz me sorprende.

—De Rocroy lo apreciaba mucho… No se sorprendió cuando se publicaron sus primeros libros… Siempre pensó que terminaría usted por lanzarse a una actividad de ese tipo…

—Siento no haber tenido ocasión de volver a verlo.

Los rasgos de la cara se le crispan.

—Jean, tengo que decirle una cosa… Cuando decidió acabar, lo hizo en la más completa serenidad… —recalca estas últimas palabras como tratando de convencerme—. Sencillamente, pensó que había vivido su vida… Que había vivido todo lo que podía vivir… Del mejor modo posible… ¿Lo entiende usted?

—Lo entiendo.

—Había algo de japonés en él…

Me mira a los ojos, pero no sé si me ve. Ciertamente, Rocroy tenía algo de japonés, entendiendo por eso cierta impasibilidad, un modo de fumar, por ejemplo, muy particular, del que me hubiese gustado que me diera el secreto. Su indolente gesto de muñeca al tirar la ceniza…

—Es muy duro hablar de todo esto… Para entender a De Rocroy habría que pensar que no vivió una vida, sino varias a un tiempo.

—Creo que hay muchas cosas de él que nunca sabremos —le digo.

—Yo también lo creo… Me ha adivinado el pensamiento… Quizás porque ha bebido en mi vaso…

Echo un vistazo a mi alrededor. La habitación tampoco ha cambiado, con su revestimiento de madera verde claro, sus cortinajes de terciopelo burdeos, sus anaqueles empotrados en la madera, repletos de novelas policíacas: pastas amarillas de la colección Masque, Serie Negra, colecciones inglesas, americanas… Rocroy me las solía prestar y, por aquel entonces, ni se me habría ocurrido que una de mis obras llegaría a formar parte de su biblioteca… Aunque él llamaba a esta habitación «mi despacho» no había mesa de despacho. Recibía a sus clientes de pie, o tumbado en el sofá. Y cuando lo hacía de pie, era siempre en el quicio de la puerta acristalada del mirador, la que da a la rué de Courcelles y a la rué Rembrandt, desde donde se ve la pagoda china…

—Hablábamos a veces de usted… Leía sus libros… Le hubiese gustado volver a verlo, pero pensaba que usted tenía su propia vida y no quería molestarlo… ¿Me permite?…

Se sirve naranjada en mi vaso. Su rostro, terso a la luz de la lámpara, no aparenta más de treinta años. Un rayo de sol se cuela por una estrecha abertura de las cortinas dibujando una mancha rubia en el borde del albornoz.

—Él quería confiarle algunos documentos que le habrían interesado mucho…

Si no recuerdo mal ella no era realmente su secretaria, pero él la mantenía al corriente de su trabajo e incluso le encargaba asuntos confidenciales. Ella, por su parte, lo veneraba. Recuerdo haber oído a Rocroy, en más de una ocasión, hablando por teléfono con su voz decaída: «Háblelo con Gyp… Trate usted de este asunto con Gyp… De eso se encargará Gyp…». Gyp era el apelativo afectuoso que él le daba.

—Antes de que se me olvide, venga conmigo…

Levantándose, me coge del brazo. Camina descalza por la moqueta gris y observo que lleva pintadas las uñas de los pies y de las manos en un color granate que contrasta con la felpa blanca del albornoz, con sus cabellos rubios y sus ojos claros. Abre una puerta y entramos en un cuarto con las paredes del mismo verde claro del salón y una cama de matrimonio sin hacer.

—Perdone el desorden, pero como vivo sola…

En la cabecera, colgada de la pared, una foto de Rocroy. Ya la conocía, porque en una ocasión me dedicó otra igual: de medio perfil, el contorno perfecto, el mentón bien dibujado, con la mano derecha sobre el respaldo de una silla. Más que un abogado, parecía un artista de cine. El mismo Rocroy, cuando me la regaló, me comentó que sus colegas veían con malos ojos ese tipo de fotos, pero que la vida sería muy monótona si siempre fuésemos serios.

—Es una foto muy buena —digo.

—Es mi preferida…

Abre una puerta en el otro extremo del cuarto y enciende una lámpara. Entramos en una habitación de tamaño medio, con las paredes cubiertas de expedientes. Otros están apilados sobre la chimenea de mármol

gris. Los repasa uno a uno y al final coge un archivador beis.

—Aquí está… Mire…

Escrito en el archivador, con la letra grande de Rocroy: «Para Jean Dekker, si llega el caso».

—No tengo palabras… —le digo.

Ella permanece inmóvil en medio de la habitación.

—Son sus archivos… Los guardé aquí…

De nuevo, cruzamos el dormitorio para llegar al gran despacho semicircular. Yo llevo el archivador en la mano.

—De Rocroy me solía decir que, al ser usted escritor de novela policíaca, esto le podía interesar… Se enterará de muchas cosas…

—¿De muchas cosas?

—Sí, de muchas cosas sobre las personas que conoció aquí… Pero le dejo el placer de descubrirlo usted mismo… Para mí, el pasado es pasado, y no quiero volver a él…

Sentada en el borde del sofá, llena el vaso con naranjada y me lo ofrece.

—De Rocroy quería mandarle a usted este dossier, pero no se atrevió a hacerlo a la editorial de Londres…

Aunque ardo en deseos de ver esos documentos, no me parece correcto abrir el archivador aquí, delante de ella.

—Decía que, de todos nosotros, usted fue el único que supo salir adelante…

—Muy amable por su parte.

—¿Se quedará mucho tiempo en París?

—Unos días.

—¿Se aloja en un hotel?

—Sí.

—Mañana salgo para la costa vasca. Estaré dos semanas en casa de mi hermana. Le puedo dejar las llaves del piso…

—No, no hace falta…

—Sí, sí, le voy a dar las llaves del piso. Se puede quedar aquí hasta mi regreso… A decir verdad, no me gusta dejar la casa sola…

Presiento que no debo contradecirla.

—Estará usted bien aquí… Conoce perfectamente el piso… Y no me cabe duda de que a De Rocroy le habría gustado…

Me mira fijamente, en silencio. Sus ojos claros se le empañan y una lágrima rueda hasta la comisura de los labios. Me levanto y me siento en el sofá, a su lado. De perfil, aún parece más joven. ¿Habrá vivido aletargada o en hibernación durante estos últimos veinte años?

—Intento olvidar el pasado… Pero hoy, con usted…

Se seca los ojos con el cuello del albornoz y el gesto le descubre los senos. Se vuelve hacia mí y parece no darse cuenta de que el albornoz se le ha abierto y que está medio desnuda.

—No hay que volver al pasado —le digo—. Perdóneme, Gyp…

Acerca su cara a la mía.

—¡Se acuerda de que él me llamaba «Gyp»!

Al salir del edificio ya es de noche. Miro de nuevo la pagoda cuyo rojo ocre resalta sobre el azul oscuro del cielo. Más abajo, al cruzar el boulevard Haussmann desierto, un ciclista me adelanta y baja, sin pedalear, la cuesta de la rué de Courcelles.

El calor sigue siendo sofocante y enseguida echo de menos el piso del que acabo de salir. Pero mañana, si me apetece… palpo la llave en el bolsillo.

En el Rond-Point des Champs-Élysées me detengo un instante ante la fuente. Varios turistas están sentados en sillas de hierro, alrededor del agua. Yo soy tan extranjero en la ciudad como ellos. Nada me retiene aquí. Mi vida es ajena a estas calles, a estas fachadas. Los recuerdos que brotan al azar de una encrucijada o de un número de teléfono pertenecen a la vida de otro. Además, ¿los lugares siguen siendo los mismos? Por ejemplo, esta glorieta, por la que paseé una noche con Rocroy, ¿es la misma glorieta? Esta noche la veo distinta, y el surtidor me provoca una gran sensación de vacío.

Entro en los jardines y, al pasar, echo una ojeada al Cupido de bronce, en la cima del Pavillon de l'Élysée
. Todas las ventanas están a oscuras. Uno de esos palacetes abandonados, que apenas se entrevén tras la verja oxidada y la vegetación de un parque. El Cupido, allá arriba, brillando en la oscuridad a la luz de la luna, tiene algo fúnebre e inquietante que me hiela la sangre y, a la vez, me fascina. Lo veo como un vestigio del París en que había vivido.

Llego a orillas de la place de la Concorde, recorrida con lentitud de coche fúnebre por varios autocares turísticos de vivos colores. Las farolas y las fuentes luminosas me deslumbran. A la derecha, unas sombras se deslizan por la balaustrada de las Tuileries: el bateau-mouche cuyos proyectores traspasan el follaje arbóreo, al otro lado de la avenue des Champs-Élysées, y yo estoy solo, en medio de un espectáculo de luz y sonido organizado en una ciudad muerta. ¿De verdad hay pasajeros dentro de los autocares y a bordo del bateau-mouche?

Un rayo ilumina el cielo allá, sobre las Tuileries, precediendo al ruido sordo de un trueno lejano. Meto el archivador de Ghita Wattier entre la americana y la camisa y permanezco sentado en un banco, esperando las primeras gotas de lluvia.

En la recepción del hotel, el conserje me da un sobre azul. Es un mensaje de mi mujer, que ha llamado esta tarde. Ha decidido adelantar su viaje a Klosters con los niños. Saldrá mañana y me pide que vaya allí directamente.

—Señor…

El conserje me dirige de nuevo una sonrisa de connivencia.

—Si está usted solo en París…

Me pone en la mano la misma tarjeta roja de la noche anterior.

—Con esto, todo es posible… Puede satisfacer cualquier deseo… Basta con llamar por teléfono…

Echo una ojeada a la tarjeta. El nombre de Hayward sigue escrito en letras negras. Hayward.

Abro las dos hojas de la ventana y me siento en el balcón. La lluvia cae con fuerza, como una lluvia monzónica. Un autocar morado y verde se ha detenido junto a la acera opuesta al hotel y reconozco la inscripción en el lateral: *De grote reizen antwerpen*. Un momento después, los pasajeros bajan y la lluvia parece sobreexcitarlos cada vez más. Al final, hacen un corro en mitad de la calle. Cantan a coro una canción de sonoridad gutural. Algunos se quitan la camisa de flores, se la atan a la cintura y siguen dando vueltas, con el torso desnudo, bajo la lluvia. Después, micrófono en mano, el hombre rubio con traje de auxiliar de vuelo aparece en el estribo del autocar. Les lanza un relincho: contritos y hechos una sopa, se suben al autocar que se aleja despacio, hacia la Opera. Deja de llover. Con el frescor que sube de la calle, me siento a gusto por primera vez desde mi llegada.

El archivador beis contiene una carpeta de papel celeste y dentro de ésta un centenar de folios de papel calco, mecanografiados, sujetos por clips oxidados. Los ojeo rápidamente y me saltan a la vista nombres de personas conocidas. «Se enterará usted de muchas cosas», me ha dicho Ghita Wattier. No lo pongo en duda. Leeré estos folios con el mayor interés. Tengo todo el tiempo del mundo. Dejo el archivador en la mesita de noche.

Una farola brilla en cada soportal. Las cuento una a una, como un rosario. Varias luces se reflejan en los adoquines mojados de la rué de Castiglione y en el gran charco que ha formado la lluvia, enfrente, a la altura de la farmacia inglesa. Reflejos verdes y rojos de los semáforos, de las farolas, del anuncio luminoso de la farmacia, aún abierta a esta hora tardía. Y yo esperando, como si algo fuese a emerger del charco y de los adoquines. Nenúfares. Sapos. Hojas de una antigua agenda. Hojas muertas. Un centenar de hojas de papel calco. Clips oxidados.

Mi mujer entenderá que no vaya enseguida a Klosters. Ella lo entiende todo.

Hacia las cinco de la tarde salgo del hotel con el dossier bajo el brazo. El calor es tan asfixiante como ayer pero, según el periódico, lloverá de nuevo al caer la noche y tal perspectiva me anima.

Bajo los soportales, me pregunto por qué decidí alojarme en un hotel de la rué de Castiglione. Pensándolo bien, la razón es muy sencilla: temía tanto mi reencuentro con París que elegí un lugar neutral, una especie de zona franca, de concesión internacional, donde no corriera el riesgo de oír hablar francés, donde fuese un turista más. Y ciertamente me tranquiliza ver tanto autocar, tanto cartel «*Duty free shop*» en los escaparates de las perfumerías repletas de japoneses con camisas de flores. Sí, estoy en el extranjero. Sin

embargo, a medida que mis pasos me llevan al piso de la rué de Courcelles, París vuelve a ser, poco a poco, mi ciudad.

Giro la llave en la cerradura. Al cerrar la puerta, siento que me interno en el pasado por el olor a cuero tan característico del piso de Rocroy, por la oscuridad y el frescor del vestíbulo, que contrastan con el sol de justicia del exterior. Es como bajar bruscamente al fondo de un pozo o lo que llaman en aeronáutica «una turbulencia». Camino a tientas, con los dos brazos extendidos, hasta que mis manos chocan con una de las hojas de la puerta. Algunos rayos de sol traspasan las cortinas del gran despacho semicircular. Enciendo una de las lámparas. Ghita Wattier había olvidado apagar la luz de su cuarto y la de la habitación con los archivos de Rocroy.

Dudo unos instantes. ¿Abrir las cortinas, los postigos y las ventanas? ¿Dejarlos cerrados? En la habitación del archivo compruebo si el «mecanismo secreto» —como decía Rocroy— sigue funcionando. Recuerdo dónde se hallaba el botón. En la pared de la izquierda, abajo, cerca de un enchufe. Lo pulso. Un entrepaño de estanterías se desliza lentamente dejando una abertura de apenas un metro, que franqueo. A pesar de la oscuridad, encuentro el interruptor y surge la luz de una bombilla desnuda colgada del techo. El vestíbulo de losetas blancas y negras no ha cambiado, con sus paredes grises y la barandilla de hierro forjado que marca el inicio de la escalera. Ésta desciende hasta una habitación en la planta baja que debió ser antaño una tienda cuya entrada, de cristales esmerilados, da a la rué Monceau; pero Rocroy condenó el acceso mediante una reja exterior que ya estaba oxidada hace veinte años.

Entro en la habitación contigua. En el techo, la única bombilla de la lámpara parpadea, envolviendo el espacio en una luz incierta. Todo sigue igual: la cama con cabecero enguatado de satén celeste, las cortinas blancas, la mesita de noche y la lamparita. No resisto la tentación de abrir la puerta del baño. La luz no se enciende. En la penumbra distingo la bañera, el espejo de doble hoja móvil y el lavabo. Sobre la repisa, una brocha y una máquina de afeitar de modelo antiguo. Intento recordar si habían sido mías.

Me tumbo en la cama, como hace veinte años. Pasé en este cuarto mis últimos días en París. Rocroy me dio cobijo cuando le conté lo sucedido… Y una noche me acompañó a la estación de Saint-Lazare. A modo de viático me dio cinco mil francos que quise devolverle más tarde, cuando empecé a ganar dinero con mis libros. Pero él no los habría aceptado; además, todo aquello me parecía tan lejano… Como de otra vida… Fue él quien pensó en Inglaterra. En el andén me deseó «buena suerte». Hasta Le Havre viajé de pie: los trenes iban de bote en bote, pues aquella tarde se iniciaban las vacaciones de julio.

Abro el cajón de la mesita. Unas gafas de sol mías. Se me olvidaron aquí cuando me marché. Limpio los cristales cubiertos de polvo, me las pongo y voy hasta el espejo colgado de la pared. Quiero verme con estas gafas de sol, verme como hace veinte años.

Ya de noche, abro los balcones y los postigos del gran despacho semicircular. Enfrente, la pagoda refulge con brillo fosforescente. Ha caído un chaparrón y ha refrescado. Me tumbo en el sofá para hojear los informes. Quiero entrar en el tema muy despacio. Estas hojas de papel calco contienen una parte de mi vida y debo acostumbrarme a la descripción fría de las personas que frecuenté, a los hechos en los que me vi involucrado y a ciertos detalles que hasta ahora ignoro…

Suena el teléfono. Me levanto y busco por el despacho. Luego, corro hasta el cuarto de Ghita Wattier y, siguiendo el cable, descubro el aparato bajo la mesita.

—¿Oiga? ¿Es usted, Jean?

Reconozco enseguida la voz de Ghita.

—Sí… ¿Cómo va todo?

—Estoy en Biarritz… con mi hermana… ¿Se ha instalado ya en el piso?

—Sí. Pero le prometo dejárselo en orden…

—No se preocupe…

—Solo vendré durante el día… por el calor…

—Quédese a dormir… No me gusta dejar el piso solo…

—En ese caso, de acuerdo… Me quedaré a dormir…

—Perfecto… ¿No se aburre usted mucho?

—¡Qué va!… He encontrado las gafas de sol que me dejé hace veinte años… en el cuarto secreto…

Se echa a reír.

—Llevo siglos sin entrar en esa parte de la casa. Debe de haber una cantidad de polvo…

—A pesar de todo, el mecanismo sigue funcionando…
De nuevo, su risa.
—¿Ya ha leído el dossier?
—Aún no. Me da un poco de miedo.
—Léalo. Y dígame qué le parece. Volveré a llamar mañana a la misma hora. Adiós, querido Jean…
—Adiós Gyp.

Voy, pasillo adelante, hasta la cocina. La han pintado de blanco. La ventana, que da al patio, está entornada. Abajo, Rocroy tenía un garaje, y me pregunto si el Sunbeam aún sigue allí. Abro la nevera: hay botellas de naranjada. Cojo una. De regreso al despacho semicircular, localizo en los anaqueles de la biblioteca tres libros míos, los tres primeros *Jarvis*. Eso me tranquiliza porque estoy empezando a dudar de quién soy en realidad. Tendría que llamar a mi mujer para asegurarme; pero Klosters me parece tan lejano en el espacio y en el tiempo… Ha dejado de llover y la pagoda se refleja en la acera de la rué de Courcelles. Vuelvo a tumbarme en el sofá y hojeo el dossier, leyendo al azar algunos folios de papel calco.

Rocroy había escrito en letras mayúsculas el nombre de Bernard Farmer en una de las carpetillas de papel celeste. Dentro, una hoja mecanografiada: 24 de mayo de 1945.

Año 1945, 24 de mayo.

Nos, Marcel Galy, comisario Principal.

Prosiguiendo nuestra información contra Farmer, Bernard, Ralph, alias «Michel», 179 rué de la Pompe, París (XVI), prófugo:

Hacemos constar que se presenta la señorita Chauviére, Carmen Yvette, nacida el 4 de agosto de 1925 en París (10), artista, con domicilio en el número 40 de la rué La Rochefoucauld, París (9), a quien damos lectura de nuestra comisión rogatoria y a quien hacemos prestar juramento de decir toda la verdad y solo la verdad. La antedicha declara:

Conocí al señor Bernard Farmer en septiembre de 1943, en el cabaret «L'Etincelle», 9 rué Mansart, París (IX). Me habían contratado de bailarina para la revista que se representaba en dicho local.

Más tarde tuve con el señor Bernard Farmer una relación sentimental que terminó en agosto de 1944, fecha en que se marchó de París.

Ignoraba por completo las actividades del señor Farmer. Veía que manejaba importantes sumas de dinero pero nunca le pregunté por su procedencia. Uno de sus amigos, que él mismo me había presentado, el señor Lucien Blin, me comentó que el Señor Bernard Farmer había ejercido los más diversos oficios en Francia y en Inglaterra. El señor Bernard Farmer me había dicho que poseía una galería de arte en París y que comerciaba con cuadros y muebles antiguos.

Yo sabía que tenía unas oficinas en el 76 de los Champs-Elysées, encima de los soportales del Lido porque, a veces, me citaba allí. Pero no sé si era un local dedicado al mercado negro. Siempre estaba él solo y el lugar parecía desmantelado.

En resumen, mi relación con el señor Farmer fue únicamente sentimental y no puedo decirles nada sobre sus actividades.

Otra carpetilla celeste llevaba mi nombre: Jean Dekker, con la misma letra apresurada de Rocroy. Dentro, varios folios mecanografiados: 5 julio 1965.

NOTA

Policía judicial Brigada antivicio

Jean Dekker

Nacido el 25 de julio de 1945 en Boulogne-Billancourt (Seine).

Domicilio: Desde el 11 de abril de 1965, Hotel Triumph, 1 bis rué Troyon, París (17).

Se han encontrado dos fichas de hotel a nombre de Jean Dekker, cumplimentadas por él en el mes de

junio pasado:

El 7 de junio de 1965: Hotel-Restaurante «Le Petit Ritz», 68 avenue du 11 Novembre, La Varenne-Saint-Hilaire (Seine-et-Marne).

El 28 de junio de 1965: Hotel Malakoff, 3 avenue Raymond-Poincaré, París (16), donde indicó que su domicilio habitual era el número 2 de la avenue Rodin, París (XVI).

Tanto en el «Petit Ritz» como en el hotel Malakoff iba acompañado por una joven de unos veinte años, de estatura media, morena, ojos claros, cuya descripción coincide con la efectuada en su declaración por el señor Deniau, portero del 2 de la avenue Kodin, París (XVI).

Hasta la fecha, dicha joven no ha sido identificada.

En otro folio:

Cota 29: Posición de los casquillos.

Se han encontrado los tres casquillos correspondientes a las tres balas disparadas.

Uno de ellos fue hallado en el suelo entre la boquilla de fumar, caída cerca del brazo derecho de Ludovic Fouquet, y el sillón.

Los otros dos estaban en el sillón, incrustados entre el cabezal y el reposabrazos izquierdo.

A propósito de las hipótesis sobre el modo en que se perpetró el asesinato del señor Ludovic Fouquet, una declaración, la del señor Rosen, inquilino del tercer piso del número 2 de la avenue Rodin es interesante.

De la sucesión de ruidos que oyó, se puede deducir que hubo un primer disparo que derribó al señor Ludovic Fouquet; luego, tras un breve lapso de tiempo, otros dos disparos. En este sentido, dicho testigo dice en su declaración:

«Hacia las once de la noche, oí un golpe bastante fuerte, como si tirasen un mueble por el suelo, al que siguieron, unos diez segundos después, dos golpes más secos y apagados.

»Ambos golpes se oyeron muy próximos uno del otro e, inmediatamente después, pude determinar que procedían del piso de los Hayward.

»No di ninguna importancia a aquellos tres golpes. A la mañana siguiente, cuando supe lo ocurrido en casa de los Hayward, pensé…».

Salgo del piso a eso de las diez de la noche, en busca de un restaurante o una cafetería y al pasar ante la pagoda comprendo por qué resalta tanto en la oscuridad, por qué me parece fosforescente. Varios proyectores de cine, colocados al fondo de la rué Rembrandt, la iluminan. Subo por la rué de Monceau hasta la intersección con la avenue de Messine donde aún hay un café abierto. Oigo un guirigay de voces. Muchos clientes llenan las mesas de la terraza, que inundan media acera. Me siento en el interior, junto a la ventana.

El camarero viene a tomarme nota.

—Dos sándwiches y un café. Hay mucha gente aquí esta noche…

—Un equipo de cine… Están rodando por el barrio…

Y me dice, con voz admirativa, el nombre del director.

—¿Es famoso?

Me mira con ojos sorprendidos y una sonrisa algo despectiva.

—Por supuesto que es famoso…

—Perdone, pero es que llevo mucho tiempo fuera de Francia…

Me arrepiento enseguida de haberle hecho tal confidencia. Miro a través del cristal a toda aquella gente apretujada. Supongo que el director debe de ser ese moreno, de aspecto bastante joven, con una barba que le come media cara y ojos negros, socarrones. Se muerde la uña del pulgar. Lo rodean media docena de personas que parecen tenerle muchísimo respeto y se beben las escasas palabras que pronuncia con el pulgar entre los dientes. A su lado, una mujer rubia de rasgos delicados y frente voluntariosa que me recuerda… ¡Claro! De niña trabajó en una película de éxito, cuando yo también era un niño de su misma edad. Y ahora, sin solución de continuidad, me la encuentro convertida en cuarentona, como si el tiempo nos hubiese aplastado a ambos en unos segundos. Les están sirviendo ensaladas y agua mineral. El director, por su parte, se bebe un café tras otro. Un segundo grupo se mantiene algo apartado, en las mesas que

marcan la linde con la acera: los técnicos, probablemente. Estoy a punto de adormilarme con el murmullo de las voces cuando detengo la mirada en un rostro que me resulta familiar: un rubio de nariz respingona y mentón abotargado, solo en una mesa, fumando un purito. ¿Dónde lo había visto antes? Estamos a pocos centímetros el uno del otro, separados por el cristal. Él mueve la cabeza y, a su vez, me mira. Al poco, esboza una sonrisa algo incómoda, se levanta, entra en el café y se dirige a mi mesa:

—Perdone… Soy Robert Carpentieri…

Habla con la voz cascada de los fumadores. O quizás esté afónico. De cerca, parece rondar los cuarenta y cinco años, a pesar de sus ojos azules, el tupé de pelo rubio y la nariz respingona. Se inclina levemente, con las dos manos apoyadas en el respaldo de la silla vacía frente a mí. Yo me callo, porque no quiero decirle mi nombre.

—Creo que nos conocemos.

Tira de la silla hacia él y se sienta.

—En ese caso, debe de hacer unos veinte años —le digo—. No he puesto los pies en París en todo ese tiempo…

—¿Veinte años?

—Más o menos.

Su mirada se pierde en el vacío. Intenta recordar algo. Con todas sus fuerzas.

—Puede que nos hayamos visto con Georges Maillot. ¿Usted conoció a… Georges Maillot?

Pronuncia ese nombre en un susurro, como una contraseña.

—Cierto —le digo—. Nos conocimos por Georges Maillot.

Un retrato me viene a la mente, una fotografía en claroscuro, como la de Rocroy en el cuarto de Ghita. Una foto que Maillot me había dedicado. Pero, a diferencia de la de Rocroy, solo se le veía el rostro. En aquel entonces, ya no se llevaba lo de dedicar a los amigos la foto de uno, pero lo mismo fui yo quien se la pidió.

—¿Veía usted a menudo a Georges Maillot? —me pregunta.

—Bastante. ¿Y usted?

—Todos los días.

—¿En aquel tiempo, no era usted su… secretario?

No me atrevo a decir «chófer». Sin embargo, cuanto más lo observo, más clara veo la imagen de este rubio gordinflón conduciendo el coche de Maillot.

—Bueno, su secretario… y también su chófer…

¡He dado en el clavo! El sonríe.

—Incluso era amigo suyo… No pensaba yo hablar esta noche de Georges…

Me contempla con una especie de asombro respetuoso.

—¿Y lleva usted veinte años… ausente?

¿Me toma por un fantasma? ¿O por alguien recién salido de la cárcel tras cumplir una larga condena? Para tranquilizarlo, señalo con amplio gesto a todas esas personas, sentadas en las mesas de la terraza.

—Más de uno habrá conocido a Georges Maillot, ¿no?

Se encoge de hombros.

—¡Qué va!… Aún llevaban pañales cuando Georges hacía cine… Yo soy el mayor de todo el equipo…

—¿Usted trabaja… con ellos?

—Sí… ahora soy regidor…

Pero veo que no le apetece hablar de eso. Con solo pronunciar el nombre de Georges Maillot, el presente ha dejado de existir para él. Se bebe mis palabras.

—Y usted, ¿cómo conoció a Georges?

Yo no estoy dispuesto a ir por ahí contando mi vida.

—¿Qué cómo conocí a Georges?

Busco, a modo de respuesta, una verdad a medias. Quiero tantear el terreno y ver en qué anzuelo pica.

—Lo conocí por medio de una persona que le indujo a hacer una de sus primeras películas… Albert Valentín…

—¿El que vivía en el hotel de la rué Troyon? Allí se alojaba Georges cuando venía a París…

De modo que conoció a Valentín… Lo que al parecer no sabe es que yo también me alojaba en el mismo hotel. Quizás me vio dos o tres veces con Maillot, y era buen fisonomista. Si sabe tan pocas cosas sobre mí,

no seré yo quien le dé más detalles. Como decía Albert Valentín, uno nunca debe mostrar sus cartas.

—¿Así que sigue usted trabajando en el cine? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Hay que ganarse la vida…

Señalo la mesa donde reina el director. Cada dos por tres, un miembro del equipo se inclina sobre él, muy deferente, pero él sigue mordiéndose la uña del pulgar, con displicencia.

—¿Es buen director?

—Bueno o malo, me da igual… Me limito a hacer mi trabajo…

—Y usted, ¿cómo conoció a Maillot?

Se le ilumina la cara.

—En un plato… en 1955… Estaba rodando su última película… Yo tenía dieciocho años y era *attrezzista*…

—Cuando yo lo conocí, llevaba ya mucho tiempo sin hacer cine…

—En realidad, nunca le gustó. Hizo cine por casualidad, pero nunca le gustó…

Y mirando hacia las mesas de la terraza:

—Él no tenía nada en común con estos directores de pacotilla…

Por mucho que lo observo, por mucho que escudriño en mis recuerdos, solo me queda una imagen de él: al volante del coche de Maillot. Y una fugaz reminiscencia: me parece que Maillot lo llamaba con un remoquete.

—Recuerdo que a usted lo llamaba… —me aventuro.

—Tintín. Entonces yo estaba mucho más delgado… Me parecía a Tintín…

¡Claro! Maillot asomado a la ventana del hotel, en la rué Troyon, llamando a Tintín con su voz grave. Tintín… Allí, frente a mí, causándome el mismo malestar que esa niñita que he reconocido hace un rato en la terraza, transformada por arte de magia en cuarentona. Un Tintín envejecido, muchísimo más gordo.

—Me obligaba a llevar pantalones de golf…

Y por mi cumpleaños me regaló un *fox-terrier*… Desde entonces, en este oficio, me llaman Tintín Carpentieri…

Me viene a la mente, como una oleada de perfume, lo guasón que era Maillot. Tener a Tintín por secretario era muy suyo.

—Tengo que volver al tajo —me dice, suspirando.

Afuera, en la terraza, el director se ha levantado y consulta un grueso dossier mordiéndose la uña del índice. La antigua niñita, dócil, está a su lado.

Una vez más, se inclina hacia mí.

—Tenemos que vernos de nuevo como sea. Usted apreciaba mucho a Maillot, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pues he de decirle una cosa muy importante… Pero ahora no puedo…

Aprieta los labios, como queriendo retener el raudal de una confidencia. Al final se decide, con un movimiento seco de barbilla.

—Mire… Maillot no ha muerto… No ha muerto… Cree que estoy loco, ¿verdad? Le digo que Maillot no ha muerto. Ahora no tengo tiempo, pero podíamos quedar…

—Vale.

—Mañana… a las doce y media de la noche… en este mismo café… Si llego tarde, espéreme… Estamos rodando en la calle, muy cerca de aquí…

—Vale.

—Ya le explicaré con tranquilidad…

Se levanta, me da la mano, y sale apresurado del bar. Se une al grupo que rodea al director, aunque se mantiene a cierta distancia. Me quedo solo en el local. En ese momento creo oír, tan leve como el chisporroteo de los fluorescentes, la risa de Georges Maillot sobre mi cabeza. Y me imagino al otro con veinte años menos, tupé rubio y pantalón de golf, llevando de la correa a un *fox-terrier*.

Cuando regreso al piso, me pongo a hojear el dossier para ver si mencionan a Tintín. En la página 12 figura la declaración —muy breve— que prestó con fecha de julio de 1965:

… Robert Carpentieri, nacido el 7 de junio de 1938 en París (10), técnico de cine, con domicilio en el 5 bis de la rué Brunel, París (17)… Declara:

Conocí al señor Georges Maillot en abril de 1955 durante el rodaje de su última película. A partir de esa fecha, mantuve una relación de amistad con él. Le presté servicios ocasionales de chófer y secretario, y lo acompañé a Roma en 1960 con motivo de su boda con la señorita Piestri.

Conocí a algunos de sus amigos, pero en muy raras ocasiones coincidí con la señora Carmen Blin. Sí sabía que el señor Maillot la conocía desde hacía tiempo. Acompañé en dos o tres ocasiones al señor Maillot al domicilio de la señora Carmen Blin, en el Cours Albert-I^er^.

Nunca vi al matrimonio Hayward, ni al señor Ludovic Fouquet. Ignoraba que el señor Maillot los conociese. Nunca me habló de ellos.

El señor Maillot solo tenía un conocido que viviese en el hotel Triumph, 1 bis rué Troyon, París (17): el señor Albert Valentín, cineasta. El nombre de Jean Dekker no me dice nada. No recuerdo que el señor Maillot mencionara su nombre en mi presencia.

Firmado…

De modo que mi nombre no le decía nada… Puede que Tintín supiera más de lo que dijo pero, en cualquier caso, era un mero comparsa, una de esas siluetas que apenas se distinguen a lo lejos, en el paisaje de un cuadro.

Cierro el dossier. Una corriente de aire se cuela por el balcón entornado, agitando las cortinas.

La perspectiva de pasar la noche en este piso, leyendo el dossier, es superior a mis fuerzas. Decido volver al hotel, pero no me apetece ir andando, como la noche anterior, cruzando esta ciudad muerta. Así que llamo a un radio-taxi.

Me siento aliviado al entrar en la habitación del hotel, como suele ocurrirles a los turistas que visitan París. Palpo mi pasaporte inglés en el bolsillo interior de la americana. Salgo de una pesadilla. ¿Tintín existe de veras? Lo que sí existe es este dossier y las llaves del piso de la rué de Courcelles, pero podría hacerlos desaparecer para siempre. Y no quedaría ningún indicio. Ninguno. Mañana temprano podría irme a Klosters, tan tranquilo.

Pienso en llamar a mi mujer pero ya es muy tarde. Además, temo que mi voz suene rara y que ella se preocupe. ¿Hallaría las palabras en inglés para describirle el salón semicircular, la pagoda y mi encuentro con «Tintín»? Más vale quedarse ciertas cosas para uno mismo.

Pongo sobre el escritorio mis viejas gafas de sol, que de pronto me dan miedo, como las pruebas de convicción de un crimen que acabase de perpetrar.

Me tumbo en la cama sin desnudarme y enciendo la radio. Muy despacio, voy buscando en el dial la BBC. Necesito oír hablar inglés para autoconvencerme de que soy Ambrose Guise, escritor inglés, regresando de un paseo por Hampstead Heath, en el atardecer de un tedioso letargo dominical.

Los veo desde la ventana. Por tercera vez, la chica sube despacio las escaleras. Cuando llega a la marquesina llama a la puerta con los nudillos. Ésta se abre y un hombre con esmoquin blanco y pelo cano cortado a cepillo, permanece inmóvil en el quicio de la puerta.

—¿Puedo verlo? —pregunta la chica, nerviosa.

—La está esperando.

Entonces, el hombre de esmoquin blanco hace un amplio gesto con el brazo izquierdo, indicándole que entre. Ella tiene un movimiento de retroceso.

—¿Está usted seguro de que me espera?

Y, en ese momento, el director grita: «¡Corten!», y todo vuelve a empezar. Sus voces suenan en la noche, como amplificadas por altavoces. La parte inferior de la pagoda está muy iluminada. Forman un grupo de sombras, apiñadas junto al director, y yo intento en vano distinguir entre ellas la de Tintín Carpentieri.

He apagado la luz del despacho semicircular por miedo a que él sí pueda verme desde abajo. Quizás sepa que este piso era de Rocroy y si me ve en el balcón, ciertos detalles del pasado pueden volverle a la memoria como, por ejemplo, la existencia de un tal Jean Dekker. Anoche, sin embargo, no me hizo ninguna

pregunta concreta. Le bastó con recordar vagamente mi cara. En el fondo, lo único que le importaba era hablar con alguien de Georges Maillot.

La muerte de Maillot ocurrió unos meses antes que la de Rocroy, y también me enteré en Londres, en el kiosco cerca de Montpelier Square donde solía hojear la prensa francesa. Un suelto de apenas quince líneas. Ni siquiera habían puesto su foto. Y tampoco era necesario. Hacía mucho tiempo que Maillot había dejado el cine. Se desplomó en una acera de la avenue Montaigne, a las tres de la madrugada, «saliendo de un bar», según el artículo. Un transeúnte acudió a levantarlo y llamó a una ambulancia. En aquel momento, esos dos muertos casi simultáneos no me inspiraron ningún pensamiento en particular. Ni tampoco la frase de disculpa que Maillot tuvo la fuerza de murmurar a quien lo había ayudado: «¡Ay, amigo mío, me estoy haciendo viejo!».

Las doce y media de la noche. Abajo, han apagado los proyectores y cargan el material en un camión aparcado un poco más allá, en la rué de Courcelles. Espero otros diez minutos y bajo por la escalera. No quiero que Tintín Carpentieri me vea salir del edificio. Entreabro el portalón y salgo a la calle. El grupo está ahora ante la entrada de la pagoda, dándome la espalda. Cruzo la calle con paso ligero y, ya en la acera, adopto el paso tranquilo de un viandante.

Está sentado en la misma mesa de anoche. Lleva una camisa celeste, con las mangas subidas. Tiene la cara empapada en sudor. Me sonríe. Me siento frente a él.

—Qué calor… Y con las dos cervezas que me he tomado ya…

Se saca un pañuelo para enjugarse la frente.

—Temía que no viniera… ¿Vive usted lejos?

—En un hotel de la rué de Castiglione.

—Cuánto me alegra verlo… ¿Quiere tomar algo?

Y, volviéndose, busca con la mirada al camarero. En vano. No hay nadie en la barra. Estamos los dos solos en el café.

—Creo que se han olvidado de nosotros, pero no importa…

El calor, el silencio, el café desierto, la luz blanca que los fluorescentes vierten sobre nosotros… ¿Estaré soñando?

—¿Quiere un trago de mi cerveza?

Me señala la jarra medio vacía con expresión inquieta, como queriendo retenerme a toda costa, no fuera a dejarlo plantado.

—No, gracias.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

Los fluorescentes le hacen reflejos en la cara rosa, el tupé rubio dorado y la camisa celeste. Demasiados colores chillones. Sigo el recorrido de las gotas de sudor que le bajan por la cara hasta el borde del mentón y luego caen sobre la mesa. Enciende un cigarrillo.

—¿Cómo se llama la película que están rodando?

Duda unos instantes.

—¿El título?… ¡Ah, sí!… *Cita en julio*…

—¿No había ya una película que se llamaba así?…

—Sí, pero no se enteran de nada… Les queda tanto por aprender… El director ni siquiera ha oído hablar de Georges Maillot…

Aspira una fuerte calada y se acerca a mí.

—Lo que quería decirle anoche es muy importante… Maillot no ha muerto…

Pronuncia estas últimas palabras con voz lenta. Suelta el humo, que envuelve nuestras cabezas en una nube.

—En serio… Esta misma noche verá usted a Maillot…

De pronto, sus palabras me asustan.

—Le va a causar una gran impresión… A mí también, la primera vez… No ha cambiado casi nada…

Aprieto los puños para darme valor y, con el tono del que habla a un loco y no quiere enfadarlo:

—Y dígame… ¿dónde está?

—En París. Muy cerca de aquí. Lo va a ver enseguida.

—¿Y está usted seguro de que es él?

—Por supuesto. De otro modo, no me atrevería a decírselo. Con esas cosas no se bromea. Sobre todo

yo… Aborrezco las historias de fantasmas y de mesas giratorias…

Al pronunciar estas palabras parece tranquilo y templado. Incluso me sonríe.

—Necesito contárselo a alguien que haya conocido a Maillot…

Su voz es cada vez más baja, casi un susurro. Por mi parte, cuando me subo en su coche, siento una inquietud que va creciendo a medida que nos acercamos a un destino para mí desconocido. Toma las curvas sin miramiento y se salta los semáforos…

Esperamos, sentados en una de las pocas mesas de un bar estrecho al principio de la rué Vignon. Carpentieri ha elegido la silla más próxima a la ventana. Acecha el paso de alguien en la calle.

—Siempre ocurre entre la una y cuarto y la una y media de la madrugada —me dice.

El reloj, colgado en la pared de enfrente, señala la una y veintitrés.

—Si ve usted que se detiene un Lancia Flaminia blanco…

Va al mostrador a comprar un paquete de cigarrillos. Yo casi no recuerdo cómo son los Flaminia, pero poco importa. El color blanco se ve muy bien de noche.

Nada más regresar a la mesa, un coche blanco se detiene a la altura del café, junto a la acera de enfrente.

—Es él… es él… —murmura Carpentieri.

Me empuja fuera del café. El corazón me late con fuerza porque pienso que vamos a cruzar la calle para acercarnos al conductor del Lancia. ¿Cómo reaccionaré, si de verdad nos hallamos ante Georges Maillot? Pero me lleva hasta la intersección de la calle con el boulevard de la Madeleine, donde tiene aparcado su coche. Me abre la puerta.

—Suba.

Estamos el uno junto al otro. Carpentieri al volante. El sudor le sigue chorreando barbilla abajo.

—¿Ve? Se queda parado ahí…

Delante nuestro, a unos diez metros, las luces traseras del Lancia me deslumbran.

—No sé qué espera… Una noche, invitó a subir a una muchacha que salía del café…

—Quizás la esté esperando…

—Quizás.

—¿Y nunca sale del coche?

—Aquí no.

Tres chicas que hacen la calle un poco más arriba se acercan al Lancia y dan vueltas a su alrededor, despacio, como un corro infantil.

—¿Y usted nunca ha intentado hablarle?

—Nunca.

—¿Por qué?

No me contesta. Enciende la radio con gesto seco y hasta nosotros llega una música de orquesta, algo distorsionada por un chisporroteo de parásitos.

—¿Y vamos a esperar aquí?

—Sí, esperaremos aquí.

Se seca la barbilla con el puño y me ofrece el paquete de tabaco.

—No, gracias.

—A mí tampoco me apetece fumar.

Las chicas se apartan del coche.

—Ya está. Se va a poner de nuevo en marcha…

Carpentieri espera a que el Lancia doble la esquina de la rué de Séze y arranca el coche.

—Lo vamos a perder —le digo.

—No… no… Me sé el itinerario de memoria…

El Lancia entra en el boulevard Malesherbes y va reduciendo la velocidad.

—A veces casi se detiene —me dice Carpentieri—. Entonces, lo adelanto y lo espero en el cruce siguiente.

El bulevar está desierto, como el día en que llegué del aeropuerto y crucé París por primera vez en veinte años. Y ese Lancia blanco que circula a lo largo de las fachadas oscuras me produce el mismo sentimiento de desolación que sentí esa tarde. Ahora está pasando por el boulevard Courcelles.

—Algunas veces se detiene junto a esa acera… cerca de la verja del parque Monceau… No sé si lo hará hoy…

Pero no. Prosigue su camino por la avenue Wagram.

—La primera vez, casi lo pierdo aquí, por el semáforo… Pero ya no me preocupa… Nunca cambia el itinerario…

Estamos casi a la altura de la rué Troyon. ¿Entrará el Lancia y se detendrá en el número 1 bis, delante del hotel? Nos veríamos en el hall, Georges Maillot, Albert Valentín y yo. Y todo empezaría de nuevo. Como antes. Pero deja atrás la rué Troyon. Llegamos a
l'Étoile
.

—Aquí puede que dé varias vueltas a la plaza —me dice Carpentieri—. Ármese de paciencia… Una noche di catorce vueltas tras él…

Se mantiene a una distancia de unos veinte metros del Lancia, como temiendo llamar la atención del conductor. A esa hora, tan solo él y nosotros circulamos por la place de
l'Étoile
. Acabo por preguntarme si hay alguien al volante de ese Lancia, ya que, por mucho que me fijo, no logro ver la sombra de hombre alguno.

—¿Está usted seguro de que va en ese coche?

—Por supuesto.

A mí me parece más bien un Lancia fantasma que nunca dejará de circular por este París nocturno y muerto.

—Mire, tenemos suerte. Solo ha dado una vuelta.

El Lancia empieza a bajar por la avenue
d'Iéna
.

—¿Y todas las noches hace lo mismo?

—No. A veces desaparece durante unos quince días.

—¿Lo sigue usted todas las noches?

—Casi todas. Intento faltar lo menos posible a la cita.

Pronuncia la palabra «cita» con una voz triste que halla eco en mí. Pienso en el título de la película que están rodando: *Cita en julio*. Estamos en julio. Hace calor. La gente está de vacaciones. Han pasado veinte años y yo surco, en una noche de verano, esta ciudad ausente. Yo también, sin saberlo, he venido a París para una cita en julio.

—Pero ¿cómo sabe que se trata realmente de Maillot?

Se encoje de hombros.

—¿Quiere comprobarlo?

Pisa de improviso el acelerador y adelantamos al Lancia para detenernos un poco más lejos, junto a la place des États-Unis.

—Ahora, preste atención… Pasará a nuestro lado… Circula bastante despacio… Le dará tiempo a ver…

Pego la frente al cristal.

—Sobre todo, fíjese bien…

Un perfil pasa a unos centímetros de mí. Un perfil regular que podía ser el de Georges Maillot, pero con un casco de pelo cano. Lleva un impermeable blanco con el cuello levantado. Luego, el Lancia sigue bajando la avenida, delante de nosotros.

—¿Y bien? ¿Lo ha reconocido? —me pregunta Carpentieri.

—Sí —no quiero decepcionarlo—. Sin embargo, Georges no tenía el pelo blanco.

—No lo tenía. Pero ahora…

Lanza un suspiro.

—Lo mismo me ocurre a mí… ¡No me diga que aún me parezco a Tintín!

Retomamos nuestra andadura. Otro coche nos está siguiendo a su vez. Luego, otro. Y un tercero. Sí, va formándose un cortejo para no se sabe qué funeral o qué peregrinación.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Nada.

El Lancia va por la avenue du Président-Wilson.

—Suele pararse aquí… Ante la verja de Galliera…

Pero no. El Lancia prosigue su camino.

—Tiene usted suerte… Esta noche no se para en ningún sitio…

Rodea la place d'Iéna y toma la avenue Pierre-Ier-de-Serbie. Pasamos delante de *Calvados* donde Carmen me llevaba a menudo, a eso de las cuatro de la madrugada. Le daba miedo volver a su casa y allí encontrábamos gente que, como ella, no quería irse a dormir. Fue en *Calvados* donde una noche Carmen me presentó a Rubirosa. Allí, donde conocí a los Hayward y me llamó la atención —cosa extraña— la belleza y la distinción de aquella pareja. Allí iban a nuestra mesa, cada vez en mayor número, junto a la orquesta mexicana, Mario P, Sierra Dalle, Ludo Fouquet, Favart, Andrée Karvé y tantos otros, y yo temía que Carmen me ignorara, que se olvidara de mí con toda aquella gente y que la perdiera para siempre…

—¿En qué piensa? —me pregunta Carpentieri.

—En nada.

Pienso que tras ese coche blanco, estamos haciendo el mismo recorrido que yo hacía a pie, al amanecer, cuando la acompañaba desde *Calvados* hasta su casa. Avenue Georges V. Place de l'Alma. No me ha dado tiempo a ver las ventanas que dan a la rué Jean-Goujon, tan solo he visto la verja que delimita el jardincillo, en la proa del edificio. No hay luz. Debe hacer mucho tiempo que Carmen abandonó el lugar. ¿Qué habrá sido de ella? No me atrevo a preguntárselo a Tintín. Además, según su testimonio, no conoció muy bien a Carmen. A pesar de todo lo intento y, tras aclararme la garganta:

—Maillot tenía una amiga que vivía en ese piso de la planta baja, tras la verja…

—¿Ah, sí?

—¿Usted no la conocía?

—No.

Estaba seguro que me respondería eso. Nadie contesta a las preguntas importantes. Pero qué más da: ya averiguaré por mis propios medios lo que ha sido de Carmen. No, no necesito a este pelele para saberlo.

—Maillot conocía a tantas mujeres… —me dice—. Al final, perdí la cuenta de quién era quién.

Subimos por la avenue Montaigne, tras el Lancia.

—Dijeron en la prensa que murió en la avenue Montaigne —le digo.

—Eso es lo que dijeron… Pero no es verdad…

Tintín se ha detenido al final de la avenida, a la altura del antiguo garaje. El Lancia se aleja lentamente de nosotros, cruza la glorieta y se adentra en la avenue Matignon.

—Va usted a perderlo —le digo.

—Luego retoma la avenue Montaigne en el otro sentido… Podemos esperarlo aquí…

—Estoy cansado. Quiero volver al hotel.

—No nos irá a dejar en la estacada…

Me mira, con expresión de ansiedad.

Es cierto. No los puedo dejar en la estacada. Ya que me he metido en harina, no puedo dar marcha atrás. Y esa cabeza gorda y mofletuda, esos ojos inquietos, me dan pena.

—¿Cuántas noches más piensa seguirlo?

—No sé… Soy insomne… Así que no me importa.

—Pero alguna vez tendrá usted que armarse de valor y hablarle…

—Lo intenté —me dice con voz sorda.

De nuevo, alza su rostro arrugado hacia mí.

—No oye… Está completamente tieso al volante… como de madera… Muy derecho… con la cabeza alta… Un auténtico sonámbulo…

Abre la guantera.

—Una noche que se había parado delante de Galliera, salí del coche y le hice fotos. Con una Instamatic… Si quiere verlas…

Encendiendo la luz del techo, me da dos fotos.

En ellas solo se distingue la puerta blanca del automóvil y, enmarcado por la ventanilla, el cuello

levantado del impermeable. Todo lo demás está negro.

—No me sirvió de mucho —me dice.

El Lancia aparece de nuevo por la avenue Montaigne; avanza hacia nosotros. Carpentieri espera un momento antes de dar media vuelta.

—¿Lo vamos a seguir aún mucho rato?

—No… no se preocupe… Acabaremos enseguida…

Lo dice en tono afectado, como si yo hubiese proferido un sacrilegio.

—Entiendo que esto pueda ser cargante para alguien que no fuera un íntimo de Georges Maillot.

—Yo sí lo era.

—No tanto como yo.

Prefiero no contestar.

Place de
l'Alma
. No me puedo resistir a echar de nuevo un vistazo al piso de Carmen. Todo sigue apagado. La placita con su banco, la verja, las ventanas, el edificio de piedra. Tan solo las hojas del árbol, en el jardín, brillan con reflejos verdes. Recuerdo la primera vez que entré allí. Yo venía de la estación de Lyon. La travesía de París en primavera y aquella impresión, que nunca más sentí después, de que la vida empezaba para mí…

Pasamos por el Cours Albert-I^{er}; luego, por el Cours la Reine. El Lancia blanco circula por el centro de la calzada, pero poco importa: no viene ningún coche en sentido contrario. El Cours la Reine es un amplio paseo que no se sabe dónde acaba. ¿En el mar?

A la altura de la estatua del rey
Alberto I
, el Lancia da media vuelta. Césped rodeado de plátanos. Algunas noches venía aquí, a pasear con Carmen. O solo. Me asomaba al parapeto para contemplar el puerto de París y los barcos anclados.

—Nuestra última vuelta —me dice Tintín con voz lúgubre.

Tomamos, tras el Lancia, el puente
Alexandre III
, pero Tintín se detiene en mitad del puente y apaga el motor. El Lancia se aleja y su carrocería blanca desaparece al girar por el Quai
d'Orsay
.

—Ya está… se acabó…

—¿Nunca lo ha seguido más allá?

—Sí… Va por la ribera del Sena hasta el puente Garigliano… En la Porte de Saint-Cloud coge la autopista del Oeste… Y luego, circula durante una hora más o menos… Después da media vuelta en dirección a París… Así se pasa horas y horas…

—¿Y no sabe dónde vive?

—Creo que en algún lugar entre Saint-Cloud y Suresnes… en el Val
d'Or
… Siempre se me pierde en el Val
d'Or
…

La cabeza se le desploma.

—¿No le apetece tomar un poco el aire? —le pregunto.

—Sí.

Salimos del coche y apoyo los codos en el parapeto del puente. De pronto siento un gran vacío. Echo de menos el Lancia blanco.

Siempre me gustó la vista que hay desde aquí. A la derecha, el Trocadéro y los edificios escalonados de Passy, tras los cuales me imaginaba parques en desnivel y chalés antiguos. Y por el otro lado, las luces de la Concorde. Y el Sena, con sus reflejos rojos y plateados. Ha refrescado, se respira mejor. Una de las farolas del parapeto, de bronce verdoso, ilumina la cara de Carpentieri, de pie a mi lado. Cara que, bajo la luz amarilla, se me antoja más abotargada y arrugada que antes. Tiene los labios apretados con expresión de disgusto y las cejas fruncidas como si fuese a llorar. Permanece en silencio. No precisa darme explicaciones. Lo entiendo muy bien. Debe ser tremendo, a cierta edad, parecerse a Tintín.

Se detiene en la rué de Rivoli. Le estrecho la mano.

—Podemos vernos otro día —le digo.

—Por qué no… Seguiremos rodando la película quince días más, en el mismo sitio… Ya sabe dónde encontrarme…

—Incluso podríamos seguir otra vez al Lancia…

Enseguida me arrepiento de haberlo dicho con cierta ironía.

—Como quiera —me responde en tono seco—. Yo, de momento, voy todas las noches tras el coche de Maillot… No tengo otra cosa que hacer…

—Hasta pronto.

—Hasta pronto. Si no me encuentra en el rodaje, deje una nota a nombre de Tintín Carpentieri.

Arranca y sale a toda velocidad. Ni siquiera me ha preguntado mi nombre ni mi dirección.

En los soportales hay un café abierto. Me siento en la barra. Ya es de día y la calima envuelve la calle y el jardín de las Tuileries. Tengo sed. Pido un botellín de agua mineral.

Aún no noto el cansancio. Como un viajero que acaba de llegar a su destino, extrañado de no sentir los vaivenes del tren.

En el hotel, decido esperar a que den las diez para llamar a mi mujer, pero me tumbo en la cama, vestido, y me duermo. No me despierto hasta la tarde. Empapado en sudor. Pido el 011324 de Klosters. Me coge el teléfono *Miss* Mynott.

—Los niños se han ido de campo con su mamá, señor.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Los niños están en plena forma.

—¿Y mi mujer?

—La señora está perfectamente. ¿Debo darle algún recado de su parte?

—Dígale que la llamaré esta noche.

—Muy bien, señor.

—No sé si tiene el teléfono de mi hotel, pero de todas formas, la llamaré yo.

—Lo que sí debe saber es que de noche los niños ya no ven la televisión.

—Me alegro.

—Yo también.

—¿Y qué tiempo hace por ahí?

—Sol.

—¿No hace demasiado calor?

—No… bastante fresco.

—Pues es una suerte. Adiós, *Miss* Mynott.

—Adiós, señor.

Cuelgo el auricular y ese simple gesto me sume en un malestar pasajero. Al hallarme tan lejos del frescor de Klosters, me parece estar chapoteando en aguas calentonas y corrompidas.

Por mucho que hojeo el dossier, no hallo ninguna declaración de Georges Maillot. Sin embargo, en la página 21 doy con una «nota» referida a él.

9 de julio de 1965

Señor Maillot, Georges Louis, nacido el 21 de julio de 1920, en París (X), casado el 12 de mayo de 1960 en Roma (Italia) con María Giovanna Piestri, nacida el 15 de septiembre de 1935 en Roma (Italia).

Domiciliado desde 1960 en la dirección siguiente: Ara Coeli 5 (Roma) - (Italia).

El señor Maillot, durante sus frecuentes estancias en París, se aloja en el hotel Triumph, 1 bis rué Troyon, París (17).

En 1941, el señor Georges Maillot inició su carrera cinematográfica en París. Con anterioridad, había ejercido distintos «trabajos de subsistencia» en la Costa Azul. Rodó varias películas en Francia y en Italia, pero abandonó el cine en los años 50.

A partir de esa fecha, se cree que sus ingresos provienen del corretaje de muebles antiguos y obras de arte. Su mujer posee una gran fortuna en Italia.

El señor Maillot conoció en 1945 a la señora Carmen Blin, que aún no se había casado con el señor Lucien Blin y se llamaba entonces Carmen Chauviére.

Suele visitarla en su domicilio del Cours Albert-1er. Conoce muy bien a Fouquet, Jean T., Favart, Mario P., la señora Karvé, Philippe y Martine Hayward, todos ellos amigos de la señora Carmen Blin.

En el hotel Triumph sito en el 1 bis de la rué Troyon, también se alojaba el llamado Jean Dekker a quien Maillot conocía muy bien y que era un íntimo de la
señora C
. Blin.

Ya no están rodando la escena de la entrada a la pagoda, sino que todos se han ido al final de la rué Rembrandt, y los proyectores iluminan la verja del parque Monceau. Me acerco a ellos sin llamar la atención. El hombre de pelo cano cortado a cepillo se apoya en la verja gritando:

—¡Héléne… Héléne…! ¡Héléne!…

Mientras, una sombra procedente del parque llega hasta la zona iluminada: un japonés muy alto, con impermeable azul marino y hombreras doradas. Se dirige hacia el hombre de pelo cano cortado a cepillo hasta que solo los separa la verja.

—Héléne ya no está aquí —dice el japonés, silabeando en tono recitativo—. No la llame porque no vendrá…

—¡Hijo de puta!

El insulto suena como un disparo. Entonces, el director levanta un brazo y vuelta a empezar.

Aprovechando una interrupción entre dos tomas, me cuelo en el grupo pero a nadie parece sorprenderle mi presencia, como si fuera uno más del equipo. No me atrevo a abordar al director que está aquí, a mi lado, mordiéndose las uñas pensativo. Una mujer morena de pelo corto consulta un dossier anotando algo, a lápiz, en algunas páginas. Me dirijo a ella:

—Vengo a ver a Tintín Carpentieri —farfullo—. ¿Está aquí?

—¿Tintín? No… No está…

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Pregúntele a Caro…

Me indica con gesto impreciso a un hombrecillo moreno de cara redonda a quien los proyectores iluminan con violencia las gafas con montura de concha y las zapatillas azul marino. Va llamando a todos los que pasan por su lado. ¿Dando órdenes? ¿Consejos?

Le doy un toque en el hombro.

—¿Sabe dónde está Tintín Carpentieri?

—¿Carpentieri? Lleva tres días sin venir.

—¿Por qué?

—¡Pregúnteselo a él!

—Yo creía que trabajaba aquí todos los días…

—Mire, a veces me paso de bueno… Le di una última oportunidad… Pero está visto que con tipos como Carpentieri no hay nada que hacer…

Me quedo pasmado y como soy bastante alto y él me llega al pecho, da unos pasos hacia atrás para ganar campo visual y echarme una mirada poco amable.

—Si es usted amigo de Carpentieri, dígale esto de mi parte: está quemado del todo… del-to-do. Nadie lo contratará… Le voy a hacer una publicidad estupenda…

—¿Quizás pueda usted darme su número de teléfono?

—Búsquelo en la guía…

Así de tajante. Con un gesto, me indica que me aparte. Y no me vuelve a prestar atención.

Cruzo la rué de Courcelles y regreso al piso de Ghita Wattier. Había dejado las luces encendidas y las ventanas abiertas, siguiendo su recomendación. El calor ha invadido el lugar que, la primera vez, me pareció fresco como una cueva. Busco por todas las habitaciones una guía telefónica y la encuentro en el cuarto donde Ghita había ordenado los archivos de Rocroy.

Carpentieri Robert, 5 bis rué Brunel.

762-32-49
. Es la misma dirección que aparece en el dossier.

Y en París no debe de haber otro Robert Carpentieri.

Marco el número. Un chasquido. Y una voz de mujer, de esas que anuncian en los aeropuertos las llegadas y las salidas:

—«El número que solicita no corresponde a ningún abonado».

Por supuesto, puedo pedirle de nuevo al hombrecillo gordo de abajo el teléfono exacto de Tintín.

Y si me castiga con su desprecio, pedírselo a otro miembro del equipo. También puedo presentarme en el número 5 bis de la rué Brunel. Pero sé de antemano que no haré nada de eso, y que me conformaré con oír la voz suave y fría, repitiendo hasta el infinito: «El número que solicita no corresponde a ningún abonado».

Para alguien como yo, es importante oír tales cosas. Me pone en marcha la imaginación.

Apago la luz y me tumbo en el sofá del salón. De vez en cuando, un coche frena bruscamente en el semáforo de la rué de Courcelles, y arranca luego a toda velocidad. Después, el silencio.

Miro las sombras del techo, como hacía en la habitación del hotel Triumph, sobre las siete de la tarde. Tenía veinte años, estaba tumbado, con los ojos abiertos, preguntándome qué rumbo tomaría mi vida. Más tarde, en la habitación de Hammersmith donde empecé a escribir mi primer libro, veía las mismas sombras en el techo. Esta noche no dormiré. Hace demasiado calor, y este silencio… Al cerrar los ojos, un coche blanco me da vueltas por la cabeza. Blanquísimo entre calles y fachadas negras.

Falta poco para que amanezca. Me sentiré aliviado cuando el sol borre las sombras del techo. Los primeros rayos se posan ya sobre los listones del parqué, sobre los libros de la biblioteca de Rocroy. Me sosiega ver estas hileras de libros brillando con el sol. Y la pagoda, enfrente, ocre entre la bruma azul. Y París, a esta hora temprana de una mañana de julio. Sé lo que tengo que hacer. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Y me parece natural marcar el 011324 de Klosters en este piso de Rocroy, tan asociado, no obstante, a una parte ya muy lejana de mi vida. Sí, natural. Quizás debido al sol que esta mañana entra a raudales en la habitación. O a la decisión que he tomado. Me siento liberado. ¿Y si pasado y presente terminan por fundirse? ¿Por qué no va a haber, entre los aparentemente diversos episodios de una vida, una unidad secreta, un perfume dominante?

—La señora duerme.

Reconozco la voz adormilada de *Miss* Mynott.

—¿La he despertado, *Miss*?

—No… no… en absoluto, señor.

—¿Cómo están los niños?

—Muy bien, señor. Tienen un aspecto fantástico.

—¿Y mi mujer?

—Como siempre, encantada de estar en Klosters.

—¿No se aburre mucho?

—No… no… Sale con los amigos de ustedes. Están todos por aquí. Mr. Irwin Shaw vendrá hoy a comer.

—Salúdelo de mi parte.

Shaw es el único colega con el que mantengo una relación de amistad.

—Dígale a mi mujer que me quedaré unos quince días en París. Y que le escribiré una carta explicándole todo.

—Es una pena, señor. Hace un tiempo magnífico en Klosters… Y los niños le echan de menos.

—No se preocupe. Estaré allí dentro de quince días.

—No me preocupo, señor…

Al salir del cuarto de Ghita Wattier me topo con mi propio rostro en un espejo. Llevo varios días sin afeitarme. A mí qué más me da acabar pareciendo un mendigo. Si en Klosters el tiempo es magnífico, yo tengo que descender a un pozo para buscar algo, a tientas, entre aguas negras.

Salgo y bajo por la rué de Courcelles. El sol quema pero, lejos de agobiarme, me da fuerzas. Me tomo un

café en una terraza desierta del boulevard Haussmann. Por suerte, encuentro enseguida una papelería. Compro tres blocs de papel de cartas tamaño folio, sin rayas. Y un simple rotulador azul florida.

París, 9 de julio

Querida Katy.

Prefiero enviarte estas líneas a llamarte por teléfono. Quizás nunca debí citar a ese japonés en París… Pero en realidad era solo un pretexto: después de tantos años quería regresar a esta ciudad que fue tan importante para mí, y verla por última vez… Me quedaré aún quince días, el tiempo necesario para escribir todo lo que París me evoca, lo que fueron mis inicios en la vida… No te pongas triste, mi querida Katy. Besos. Besa también a los niños de mi parte. Saluda a Irwin Shaw.

Te quiero

Ambrose

De vuelta al piso, me pongo a escribir en el sofá del salón, con las piernas dobladas y el bloc sobre las rodillas. He dejado el balcón abierto. Hace mucho calor. Da igual. Ahora que he decidido contar lo que pasó, tengo que sumirme en aquellos años lejanos.

Antes de convertirme en el novelista inglés Ambrose Guise, debuté en la vida en calidad de maletero. Sí. Maletero. El único oficio —obviando el de escritor— que he ejercido en mi vida.

Tenía veinte años y pasaba unos días de vacaciones en una estación de esquí de Alta Saboya, vacaciones que estaba a punto de interrumpir pues apenas me quedaba para pagar mi billete de vuelta. ¿Adónde? Eso lo ignoraba.

La nieve me había sorprendido en la carretera de Rochebrune, y como no se veía a más de un metro, me refugié en el hall del primer hotel que encontré. El hall estaba en penumbra debido a una avería eléctrica, y el conserje había puesto en el mostrador de la recepción una linterna con la que buscaba, en un casillero a sus espaldas, el correo o la llave de algún cliente. Era esa hora incierta que, en París, me resultaba tan familiar: va oscureciendo poco a poco, pero las farolas aún no se han encendido y las moles de los edificios se recortan en el cielo, como se recortaban, aquella tarde, las siluetas de los clientes que pasaban por el hall o permanecían inmóviles en los sillones de cuero. Y mientras escribo estas líneas, pienso: no, no fue casualidad que conociese a Carmen a esa hora. Si hay una hora especial del día capaz de evocarnos a alguien, para mí Carmen estará siempre asociada a ese momento delicado y penetrante del crepúsculo.

Me había sentado en una esquina, cerca de la recepción. Oí decir al conserje:

—Por supuesto, señora… De inmediato, señora… de inmediato… —con una solicitud que me sorprendió, muy distinta de los modales secos con que trataba a los demás clientes.

Cogió el teléfono.

—¿Oiga? ¿Está listo el coche de la señora Blin?…

Colgó.

—Ningún problema, señora Blin.

Entonces, mis ojos se posaron sobre aquella señora Blin que me daba la espalda y apoyaba el codo con indolencia en el mostrador de la recepción. La linterna del conserje le iluminaba el pelo rubio. Llevaba una chaqueta de piel beis. No era ni alta ni baja. Volvió ligeramente la cara hacia mí y, a la luz de la linterna, la noté preocupada. No parecía tener más de treinta y cinco años.

—Aún no he hallado una solución satisfactoria para su equipaje, señora —dijo el conserje.

—¿Y ahora qué hago?

El tono desesperado me sorprendió. ¿Qué drama estaría ligado a aquellas maletas?

—Antes de cuatro días no podrá ser, señora.

—Seguro que hará usted un pequeño esfuerzo por ayudarme.

—Me encantaría, señora. Pero es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—He pensado incluso en llevárselas yo mismo a París. Pero no puedo ausentarme de aquí ni un minuto. Sobre todo ahora… Todo son problemas… Tenemos continuos cortes de luz y la calefacción no funciona desde esta mañana…

En efecto, hacía tal frío en el hall que los clientes llevaban puesto el abrigo o el traje de esquiar.

Algunos, incluso, se habían envuelto en mantas. Un botones iba poniendo velas en las mesas, mientras que el *maître*, con una enorme bandeja en la mano, servía consumiciones.

—La calefacción de este hotel me trae sin cuidado. Lo único que me importa es mi equipaje…

—La entiendo perfectamente, señora.

—Así que resuélvame esto ya. Cuento con usted.

—Haré todo cuanto esté en mi mano, señora Blin.

Se había cruzado de brazos en el mostrador y levantaba la cabeza con aire meditativo. De modo que la esposa de Lucien Blin se hallaba a pocos metros de mí. Podía llegar hasta ella en una zancada, pero la distancia me parecía infranqueable. Iba a irse de la recepción y desaparecer, y yo me quedaría petrificado en mi sillón pensando en aquel viejo libro que descubrí en París, en la sala del Val de Gráce, cuando me hospitalizaron el otoño anterior. Un libro con pastas amarillo sucio sobre el que destacaban las letras rojo granate del título: *Cómo se hicieron ricos*, y en azul marino los nombres de personajes como *Sir* Basil Zaharoff o el Comodoro Drouilly. Uno de los capítulos estaba dedicado a Lucien Blin. Relataba su nacimiento en una lejana provincia, su llegada a París, su fulgurante ascenso, la cadena de hoteles, el circuito de salas de espectáculo, el criadero de caballos de Varaville; hablaba de su mujer, con la que se casó nada más acabar la guerra, y que podía ser su hija. Había incluso una foto de la señora de Lucien Blin, jovencísima, con el pelo rubio como ahora, posando entre Blin y un *jockey* de las cuadras de su marido, que acababa de ganar una carrera. Y de la muerte accidental de Blin, una noche, en la carretera de Varaville… El autor del libro utilizaba frases de novelas de aventuras: «Lucien Blin había llegado a la encrucijada de su vida. ¿Qué camino tomar?», o «El amor iba a tener a partir de entonces un lugar cada vez mayor en la vida de Lucien Blin», o «—¿Es su última palabra, Lucien Blin? —Sí, nunca revoco mis decisiones.». En el Val de Gráce me sentía demasiado cansado para leer buena literatura.

—En quince minutos tendrá aquí su taxi, señora.

—¿Y cuánto se tarda en llagar a Ginebra?

—Una hora… No se preocupe… El avión de París sale a las diez y cinco.

—Sí, pero aún no me ha resuelto lo de las maletas… Espero impaciente una solución…

—Me pone usted en un aprieto, señora Blin.

Para disimular su apuro, el conserje encendía y apagaba la linterna dispuesta sobre el mostrador. De no haberse producido aquella avería eléctrica… La penumbra facilitaba las cosas.

Me fui hasta el mostrador de la recepción. Me acerqué a la señora Blin.

—Señora…

Ella se volvió. El conserje levantó la cabeza.

—Perdone mi indiscreción… al parecer, tiene usted problemas con su equipaje… —me sorprendí a mí mismo por lo claras y sonoras que salían las palabras de mi boca—. Si puedo serle de alguna ayuda…

Ella cogió la linterna del mostrador y la dirigió hacia mi rostro.

—No nos conocemos…

El haz de luz me deslumbraba pero me esforcé en mantener los ojos abiertos.

—Regreso a París mañana… Si le parece, le puedo ayudar con su equipaje…

De nuevo, me sorprendió el tono categórico de mi frase, como si la hubiese pronunciado otra persona.

—¿Se haría usted cargo de llevarme el equipaje hasta París? —dijo la señora Blin con voz suave.

—Por supuesto, señora.

—Son al menos diez maletas… —dejó la linterna de pie en el mostrador de la recepción, para que nos alumbrara a ambos—. ¿Cómo se las va usted a arreglar para llevar diez maletas? ¿Viaja en tren?

—Sí, en el tren de la noche.

—Puedo reservar otro compartimento para el equipaje —propuso el conserje—. ¿A qué hora sale su tren, señor?

—Mañana, a las seis de la tarde.

Lo apuntaba en un papel.

—¿En qué clase?

—En segunda.

—Convendría que viajase en primera, señor. Me será más fácil reservar un compartimento de primera para el equipaje de la señora Blin.

—Como quiera.

Estaba dispuesto a hacer lo que fuese por la señora Blin.

—Y en París, ¿me llevará las maletas hasta casa?

—Claro… ningún problema…

—Jean, ¿cree que podemos confiar en él? —el conserje guardaba silencio, mirándome con frialdad—. Yo

creo que sí…

Se había llevado un cigarrillo a los labios. Me rebusqué en los bolsillos y, por fortuna, encontré uno de esos mecheros baratos «bic». Se acercó a mí para encender el pitillo. Sentí el contacto de su hombro. Y su perfume.

—En fin, correré el riesgo.

—Conmigo no corre usted ningún riesgo…

De pronto sentí miedo de que cambiara de parecer.

—¿Es usted estudiante?

—No.

—¿No le parece un muchacho algo extraño?

—¿Extraño? ¿Por qué?

El conserje me miraba de hito en hito sin un ápice de amabilidad.

—El taxi la espera, señora.

Se dispuso a acompañarla, pero ella le tendió la mano.

—No… No se moleste… El señor me acompañará… Adiós, Jean…

—Adiós, señora… Y no se preocupe por su equipaje… Yo me encargaré de todo con el señor…

La señora Blin y yo salimos del hotel. La noche aún no había caído. Ya no nevaba. El taxi esperaba, con ruido de motor diesel.

—No volveré aquí en la vida —me dijo en tono de confidencia—. Ese chalet es deprimente.

—¿Qué chalet?

—El mío.

Me había cogido del brazo, ya que el sendero hasta la carretera estaba cubierto de nieve blanda en la que nos hundíamos al pisar.

Pidió al taxista lápiz y papel.

—Aquí tiene mi dirección y mi teléfono de París. Llámeme cuando llegue con el equipaje… Yo estaré en París esta misma noche… ¿Cómo se llama?

—Jean Dekker. Con dos kas…

Lo anotaba en el papel, que había partido en dos trozos. No apartaba sus ojos claros de mí, como si yo provocara en ella cierto interés o curiosidad, o más bien como si me encontrara un parecido con alguien.

Me sonreía tras el cristal del taxi. Seguí al coche con la mirada hasta que se perdió en la primera curva. Luego, como creía estar soñando, desplegué el papel y vi claramente escrito: «Carmen Blin. 42 bis, Cours Albert-1er. Trocadéro
15-28
».

Ya había luz en el hall del hotel. La linterna seguía en el mismo sitio, de pie en el mostrador de la recepción; el conserje había olvidado apagarla.

—¿Ya se ha puesto de acuerdo con la señora Blin?

—Sí… Sí… todo de acuerdo…

—Me saca usted de un apuro… A veces pide unas cosas tan complicadas…

—¿Hace mucho que la conoce?

—Desde siempre, señor. Llevo veinte años trabajando en los hoteles de su marido.

—Es la mujer de Lucien Blin, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿De quién si no?

—Perdone. Cuando Blin murió yo tenía diez años, no podía saber quién era.

—Por supuesto, señor… Por supuesto. Lo entiendo. Es usted tan joven…

—Tenía una Cuadra de carreras, ¿no?

—Chaqueta verde y casco blanco…

Me prometí no olvidar aquello: chaqueta verde, casco blanco. Desde entonces, mi mente siempre asoció esos dos colores con el pelo rubio de Carmen Blin.

Se inclinó hacia mí.

—Empecé a trabajar para Blin en Varaville… De mozo de cuadra… Ya ve, ha llovido desde entonces… Conocí a Blin antes de que se casara con ella…

Echaba miradas furtivas a derecha e izquierda. Como temiendo que alguien oyera sus palabras.

—Aprecio mucho a la señora… —me dijo en voz baja—. Mucho… Pero tras la muerte de Blin todo ha ido manga por hombro… Ella no tiene la culpa… es que no ha sabido llevar la Cuadra… ni tampoco lo demás… Cuando pienso que Varaville ya no existe y que ahora estoy aquí, en plena montaña, de conserje… ¡Qué le vamos a hacer!…

La piel arrugada se le ponía de color teja por causa de la emoción o la rabia. No me atrevía a hacerle más preguntas, temiendo despertar en él recuerdos demasiado dolorosos. Se irguió y lanzó un profundo suspiro.

—Entonces, reservo un compartimento para el equipaje de la señora Blin y una cama para usted… En el tren de mañana por la tarde… ¿no es así, señor?

—Sí… solo que… no tengo bastante dinero para…

—No se preocupe, señor… De eso se encargará la señora Blin…

Y, bruscamente, retomó su voz firme y esa cortesía algo distante propia de sus funciones.

La furgoneta se había detenido ante la puerta del hotel. Una furgoneta con toldo verde. El conductor esperaba, sentado en el estribo.

—¿Has cogido todas las maletas del chalet de Lucien Blin? —preguntó el conserje.

—Compruébalo tú mismo… compruébalo —dijo el conductor, un rubio de pelo rizado, con aspecto de antiguo monitor de esquí.

El conserje se sacó del bolsillo un papel. Se volvió hacia mí.

—La señora me llamó a medio día para darme una lista completa de su equipaje… Veamos primero las maletas del chalet…

Dirigió la luz de la linterna hacia el interior de la furgoneta.

—Un baúl… un gran bolso de viaje de cuero marrón… dos maletines de cocodrilo… cuatro maletas beis claro… una sombrerera…

Lo iba cotejando en la lista.

—Y además, las cuatro maletas de lona y cuero que dejó aquí…

Las habían agrupado en la recepción. Entre el conserje, el conductor y yo, las cargamos en la furgoneta.

El conserje me dio un sobre.

—Su billete de tren…

Me senté al lado del conductor. El conserje se subió al estribo.

—No sé cómo va a apañárselas en la estación de Saint-Gervais… No hay maleteros… ¿Le echarás una mano, Henri?

—Ya veremos —dijo el conductor.

—Buen viaje —dijo el conserje—. Y salude a la señora Blin de mi parte.

El conductor arrancó. Llevaba el volante con una mano y con la otra me ofrecía un paquete de cigarrillos.

—¿Esa señora viaja siempre con tanto equipaje?

—No sé.

Ciertamente, no sabía nada. Por aquella carretera de montaña me dirigía hacia lo desconocido.

El tren permaneció en la estación unos diez minutos. Sigo viendo, como en una fotografía, el andén desierto, la luz amarilla de la sala de espera a través de la puerta entreabierta. Y algo más lejos, las sombras del maletero y del conductor de la furgoneta, sentados en el carro portaequipajes. Fumando. Al bajar el cristal de la ventanilla, me llega el murmullo de sus voces.

Luego, despacio, el tren se pone en marcha. Aún es de día. Contemplo el paisaje. Montañas, aserraderos, torrentes, chalets, superficies blancas donde ya afloran hierbas y pedruscos. Había pasado varios años de mi adolescencia en un colegio de la zona y siempre que me marchaba de Alta Saboya se me hacía un nudo en el estómago. Sallanches. Cluses. Aix-les-Bains. El lago y los pontones abandonados. Y ha tenido que ser precisamente en Alta Saboya donde acabo de conocer a la señora de Lucien Blin. Pasillo desierto. Todo el vagón está vacío. Soy el único pasajero de este tren y me pregunto hacia qué destino me lleva. Entonces, abro la puerta corredera del compartimento y la cierro tras de mí. Levanto la cabeza y miro, una por una, a

la luz del piloto, las maletas de Carmen.

Dormí muy poco. El tren pasaba a toda velocidad por las primeras estaciones suburbanas. No sentía el menor cansancio. Villeneuve-Saint-Georges. Maisons-Alfort. Al llegar a la estación de Lyon, pensé que mi vida iba a dar un giro y miré el reloj. Eran las siete y veinticinco de la mañana.

Llamé a dos maleteros. Tuvieron problemas con el baúl.

—¿Se las llevamos a la parada de taxis?

—Sí… a la parada de taxis —dije con voz insegura.

Empujaban los carros, uno al lado del otro, y yo iba detrás adoptando su mismo paso solemne. Rebuscando en los bolsillos, reuní treinta francos y doscientos setenta céntimos. La tarde anterior, cuando el tren salía de Saint-Gervais, me di cuenta de que había perdido la cartera.

Estaban a punto de descargar el equipaje en la acera, junto a la parada de taxis.

—Perdonen… ¿No podrían dejarlas en un lugar más tranquilo? —balbucí.

Entonces siguieron empujando los carros a lo largo de la estación hasta la entrada del restaurante El Tren Azul. Bloquearon una hoja de la puerta con uno de los maletines de la señora Blin y dejaron el resto del equipaje cerca de la escalera que lleva al restaurante. Les pagué y, una vez solo, me senté en el baúl, que habían dejado en posición horizontal.

Solo me quedaban tres francos y sesenta y cinco céntimos en el bolsillo. Imposible acarrear todos aquellos bultos en el metro. Crucé el restaurante desierto. En la barra del fondo, un camarero con chaqueta blanca esperaba a los primeros clientes. Le pedí una ficha de teléfono y, en la cabina, busqué en el bolsillo interior de la chaqueta el papel con el teléfono de la señora Blin.

Mientras marcaba el nro.

15-28

, el corazón me latía con fuerza. Me contestó una voz de hombre.

—¿La señora Blin, por favor?

—La Señora duerme.

Unos segundos de silencio. El hombre acabó por preguntar:

—¿De parte de quién?

—Se trata del equipaje de la señora Blin.

—¿El equipaje de la Señora? —su tono se dulcificó.

—Sí… El equipaje de la señora… No sé cómo llevarlo hasta su casa… No tengo coche… Estoy en la estación de Lyon…

—¿En la estación de Lyon?

—Sí. Con diez maletas y un baúl que la señora Blin me confió en la estación de esquí.

—Verá… No puedo despertar a la Señora…

—Entonces, ¿qué hago?

—Le mando dos coches, señor. Enseguida. Dos coches. ¿Me ha dicho usted en la estación de Lyon?

—Sí. Frente al restaurante El Tren Azul.

Dos grandes coches negros, de alquiler. Se detuvieron uno detrás del otro y los chóferes salieron, sincronizados, ambos vestidos con traje beis.

Les ayudé a cargar las maletas. Abatieron uno de los asientos traseros del coche más grande para colocar el baúl. Me admiraba la facilidad con la que movían aquellos bultos, como si no les costara el menor esfuerzo.

Me senté en el primer coche, al lado del conductor. Arrancó despacio; el otro nos seguía a pocos metros. En una placa, pegada en el parabrisas, se leía: «Chóferes de Francia».

Boulevard Diderot. Puente de Austerlitz. Eran las nueve de la mañana. Bajé la ventanilla. Un soplo de aire cálido con olor a hojas y a polvo penetró en el coche.

El chófer conducía con indolencia, llevando el volante con una sola mano. El otro chófer se pegaba tanto a nosotros que a veces los parachoques de los dos automóviles se juntaban.

Tomamos la ribera del Sena y pasamos ante la verja del Jardín Botánico. Unos cientos de metros hacia el interior, se elevaba la cúpula del hospital Val-de-Gráce donde, aquel otoño, estuve tres meses internado

antes de liberarme definitivamente de mis obligaciones militares. Siete años de centros escolares, seis meses de cuartel y tres meses de Val-de-Gráce. A partir de entonces, nadie podría encerrarme en ningún sitio. Nadie. La vida empezaba para mi. Bajé del todo el cristal de la ventanilla y apoyé el codo en el borde. Los plátanos de la ribera ya estaban verdes, y pasábamos bajo el túnel de su follaje.

La circulación era fluida y el coche avanzaba sin que se oyera el ruido del motor. La radio estaba encendida en sordina y recuerdo que en el momento de llegar al puente de la Concorde, una orquesta interpretaba *Abril en Portugal*. Me dieron ganas de silbar la melodía. París, bajo aquel sol primaveral, me parecía una ciudad nueva, en la que entraba por primera vez, y el Quai
d'Orsay
, después de pasar Les Invalides, tenía aquella mañana un encanto mediterráneo, de vacaciones. Sí, íbamos por la Croisette o la Promenade des Anglais.

Cruzamos el puente de
l'Alma
con el otro coche a nuestro lado. Los dos chóferes se hacían señales. Luego, entraron en la rué Jean-Goujon y, al inicio de la misma, aparcaron uno detrás del otro, sobre la acera. Los tres bajamos. Las puertas de las dos limusinas negras se cerraron con un chasquido, como en las antiguas películas de gangsters. Un hombre con camisa blanca y pantalón azul marino esperaba de pie ante una puerta de doble hoja, de madera clara, que más parecía la entrada a una vivienda que a un edificio. Se acercó a nosotros. Era bajo, con aspecto de *jockey* retirado.

—¿Están todas las maletas?

Su tono perentorio me sorprendió. No nos hacía el menor caso. Solo le importaban las maletas.

—Sí, están todas —dije—. Todas. Lo he comprobado.

Ante tanta diligencia, su rostro se iluminó con una sonrisa dirigida a mí. Quizás temía que, al ser yo tan joven, me hubiese tomado aquella misión a la ligera.

Abrió las dos hojas de la puerta. Un gran vestíbulo con losetas blancas y negras.

—Déjenlas aquí.

Entre los chóferes y yo las fuimos metiendo, una a una. Insistía en que las dispusiéramos contra la pared por orden de tamaño decreciente. Una vez concluido el trabajo, se sacó del bolsillo una vieja cartera de piel marrón y pagó a los chóferes dándoles a cada uno varios billetes que previamente había contado mojándose el índice.

Nos quedamos solos, él y yo, en medio del vestíbulo. No me atrevía a hacer el menor gesto ni a decir palabra alguna. Él recorría con la mirada la fila de maletas. Sin duda contándolas. Luego me miró. Tras unos segundos de silencio se puso firme y me comunicó en tono solemne:

—La Señora duerme.

Luego, se relajó. Cruzándose de brazos, volvió a sonreírme. No parecía el mismo hombre. Se acercó a mí y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Gracias por haber hecho esto por la Señora… La Señora me ha hablado de usted… Me dijo que quería verlo…

—¿De verdad?

Pareció extrañado por la brusquedad de mi pregunta, pero cuando los dos chóferes se marcharon pensé que a mí también me despedirían y que nunca más tendría ocasión de ver a la señora de Lucien Blin.

—Venga…

Seguimos un pasillo estrecho y bastante oscuro; al fondo abrió una puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. Lo primero que me llamó la atención de aquella sala fueron las paredes paneladas, pintadas de color celeste con algunos desconchones, y las puertas acristaladas que daban al pequeño jardín.

—Puede esperar aquí…

Me indicaba un sofá de terciopelo azul, pegado a la pared. Me senté.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—La Señora siempre se despierta tarde —me dijo con voz amable, como queriendo tranquilizarme de antemano y advertirme de que la espera sería larga—. ¿De verdad que no quiere tomar nada? ¿Un café? ¿Un zumo de naranja?

—No, gracias.

—Si cambia de opinión, pulse aquí.

Y me señaló en la pared un llamador dorado, a la derecha del sofá.

—Adiós, señor. Y tenga paciencia.

Desapareció por donde habíamos entrado, y la puerta se cerró despacio tras él, una puerta tan bien encastrada en la pared que pasaba desapercibida. Sobre todo porque, del lado del salón, no tenía pomo. ¿Habríamos recorrido antes algún pasillo secreto? Me prometí preguntárselo a la señora de Lucien Blin.

Permanecí mucho rato sentado en el sofá. A mi izquierda, un biombo chino. Sobre los veladores y la chimenea, ramos de flores amarillas y blancas. Mustias. Frente a mí, el sol iluminaba las puertas acristaladas con un reflejo irisado que envolvía la hierba y los macizos del jardín. Jardín que prolongaba la vivienda y, como tenía forma de proa, terminé por creer que me hallaba a bordo de un bajel.

Silencio denso. Me levanté y abrí una de las puertas acristaladas. Una corriente de aire levantó los visillos de gasa y salí afuera.

Había una tumbona naranja contra la alta verja negra que delimitaba el jardín. La puse en medio del césped y me senté. Hacía sol y oía el ruido lejano del tráfico, como un reflujo que viniese a golpear contra la verja. Me sentía a gusto y apoyé la nuca en el filo de la hamaca. Nubecillas primaverales flotaban en el cielo azul.

Luego, bajé la mirada. El salón, con sus tres puertas acristaladas, se adelantaba en semicírculo ante mí. A mano derecha, otras dos puertas acristaladas cuyos postigos interiores estaban cerrados. ¿Será el dormitorio de la señora Blin? Me hubiese gustado comprobar, mirando por las ranuras, si era en ese cuarto donde dormía. Entré en el salón. Sobre un velador, una pitillera y una caja de cerillas ya usada, con el nombre de un restaurante en el reverso. De nuevo, me senté en el sofá. El tabaco inglés me quemaba la garganta; iba siguiendo con la mirada las volutas de humo disipándose sobre mi cabeza. Los rayos de sol invadían la sala; luego, la luz se atenuaba bruscamente, como antes de una tormenta. Desde mi sitio se veía un trozo de cielo. El silencio y los cambios tan repentinos de luz me producían una leve —levísima— inquietud.

Hice varias idas y venidas del salón al jardín y del jardín al salón hasta mediodía, sin que nadie viniese a interrumpir mi espera. Abrí una de las puertas y pasé, de puntillas, a toda velocidad, por una hilera de habitaciones. Algunas estaban vacías. En otras, los muebles se hallaban apilados bajo lonetas. En días sucesivos me di cuenta de que todas las habitaciones de la vivienda estaban condenadas —salvo el dormitorio y el salón— y que las usaban como trasteros. Allí se amontonaban los objetos más diversos: sillas de montar y arneses, lámparas de araña, alfombras y muebles de las casas que habían pertenecido a Lucien Blin en Chantilly o en Cap
d’antibes
, y su colección de animales disecados entre los cuales se erguía una jirafa solitaria en medio del antiguo comedor.

Finalmente, llegué al hall de suelo blanco y negro, donde las maletas seguían colocadas en orden decreciente. Cuando abría la puerta de la calle, sentí la presión de una mano en mi hombro y me volví. El hombre que nos había recibido a los dos chóferes y a mí, me sonreía, aunque su rostro revelaba gran preocupación.

—¿No irá a marcharse, verdad?

¿Me habría seguido sin que yo me diera cuenta? ¿Me estuvo vigilando desde el principio? Su mano se aferraba cada vez con más fuerza a mi hombro.

—Debe esperar a que la Señora se despierte.

Un punto de amenaza se adivinaba en su voz. Tendió hacia mí su carilla sañuda de *jockey*, rostro infantil momificado por el tiempo.

—Solo quería tomar un poco el aire.

—¿En serio?

—Sí… Iba… a comprar un periódico.

Aflojó la presión de la mano.

—Bueno, pero no tarde mucho. Con la Señora nunca se sabe. Puede despertarse de un momento a otro.

En la calle, respiré profundamente. Creí que no me iba a dejar salir.

En la place de
l’Alma
, no había ni una mesa libre en las soleadas terrazas de los cafés. Caminé al azar, cruzándome con grupos de hombres y mujeres: ellos —si no recuerdo mal— con trajes claros; ellas, con vestidos de gasa o muselina. Por la avenue Montaigne, un vientecillo agitaba las hojas de los árboles: bajo tan fresca brisa me parecía estar paseando por una playa.

Con paso lento, subí y bajé la avenue des Champs-Élysées. Estuve un rato deambulando por los soportales del Lido y me metí en Sinfonía. Caminé horas y horas sin darme cuenta. Debí patearme todas las calles del barrio. Solo recuerdo los momentos en que me sorprendieron los chaparrones. El primero, en los jardines de los Champs-Élysées, cerca del restaurante Le Doyen, donde pude resguardarme en el viejo kiosco de música. El segundo, a la altura del cine Biarritz. Y, de nuevo, el sol se reflejaba en las aceras mojadas.

A primeras horas de la tarde, el cielo volvió a cubrirse. Yo estaba bajo los árboles de la glorieta cuando noté las primeras gotas de lluvia, pero proseguí mi camino bordeando los edificios de la avenue Montaigne. Soplaba un viento atlántico y se me antojó que al final de la avenida me toparía con el mar. Sobre mi cabeza planeaban las gaviotas. En la place de
l’Alma
, el aguacero se intensificó y me senté en una de las pocas mesas libres de la terraza acristalada de Chez Francis. El camarero vino a tomarme nota. No me quedaba ni un céntimo en el bolsillo.

—Estoy esperando a alguien.

Y, en cierto modo, era verdad que esperaba a alguien. Al otro lado de la plaza, la verja del jardincillo brillaba bajo la lluvia. A lo mejor a esa hora ya estaba despierta. Solo tenía que andar unos pasos y llamar al timbre. Pero preferí mantener unos minutos más mi vida en suspense, en la terraza de aquel café, entre el guirigay de conversaciones y los reflejos de la lluvia en cristales y acera. Esperé a que cayera la noche y se encendieran las farolas. Y supongo que me habría quedado mucho rato en aquella mesa, aletargado, si el camarero no se hubiese acercado a mí:

—¿Sigue usted esperando a alguien?

El tono de su voz era tan irónico que me levanté. Afuera, ya no llovía. Me detuve ante el quiosco y elegí un periódico. Era el pretexto que había dado antes para que me dejasen salir del piso, y no quería que me tomaran por mentiroso.

Un timbre muy raro. Muy sordo. Como una prolongada nota de órgano. El hombre vino a abrirme, vestido esta vez con chaqueta blanca, pantalón negro y guantes blancos, con aspecto de camarero de compañía marítima listo para servir la cena del comandante.

—La Señora sigue durmiendo.

Parecía aliviado por mi regreso. Como si hubiese temido que desapareciera para siempre.

—Mejor será que espere usted en el salón.

De nuevo, me apretaba el hombro con el pulgar y el índice, alejándome de la puerta de entrada con una presión sostenida.

—Por aquí… Venga… Venga…

Su tono era el de un *jockey* hablando a un potro recalcitrante, de reacciones imprevisibles. Pasamos por el mismo pasillo estrecho de antes y, en el salón, me indicó el mismo sofá. Me senté en el extremo izquierdo, como la primera vez. A partir de entonces, mi vida sería una ensoñación en la que esperaría, hasta el fin de los tiempos, el despertar de la Señora. Y aquella espera consistiría en pasearme los días enteros por las calles del barrio y en regresar al mismo salón, como a un turno de guardia, para que el mismo mayordomo con cara de *jockey* me dijera invariablemente: «La Señora duerme».

Me señaló la revista sobre mis rodillas.

—Veo que tiene usted lectura.

La vigilancia de aquel hombre me sacaba de quicio.

—Dígame —le pregunté—, ¿la señora Blin está haciendo una cura de sueño?

Se quedó unos instantes estupefacto y me echó una mirada glacial.

—En absoluto… La Señora duerme muy poco, de modo que necesita recuperarse. Cuando consigue dormir, suele hacerlo durante todo el día.

—¿Doce horas?

Debió tomarlo por otra insolencia. La puerta del pasillo se cerró con brusquedad tras él y, de nuevo, me quedé solo. Hojeé la revista, pero todos los artículos y las fotos pertenecían a un mundo que iba a parecerme cada vez más lejano si permanecía en aquel salón con paredes de madera azul celeste. ¿Qué obligaciones me retenían allí? Cuando los dos chóferes cargaron las maletas en la estación de Lyon, tenía que haberme perdido por las calles de París.

La revista cayó a mis pies. Habían cerrado los postigos interiores de las puertas acristaladas y el salón estaba aún más silencioso que por la mañana. A mi izquierda, la lámpara de pantalla rosa proyectaba una luz suave sobre el gran biombo, del que no podía apartar la vista, y por el que se iba deslizando un cisne. Eternamente.

Noté que me sacudían el hombro. No sabía dónde estaba. Pero reconocí su rostro de *jockey*, su túnica blanca y sus guantes blancos. Y la madera celeste del salón.

—La Señora lo espera.

Me había recostado sobre el respaldo del sofá. Miré el reloj. Las diez y media de la noche. Al final, yo también me había dormido. Me cogió por el brazo y me ayudó a levantarme. Después, con pequeños gestos precisos, alisó el hueco que había quedado en el sofá. Lo seguí a través de la sarta de habitaciones vacías, todas ellas —o quizás me lo pareció, debido a mi agotamiento— iluminadas por una luz cruda, casi blanca. Tropecé en una alfombra enrollada. Me sujetó *in extremis*.

—Parece que está usted cansado. Le hubiera venido bien darse una ducha.

—¿Una ducha?

—Sí. Si lo hubiera despertado un poco antes, habría tenido tiempo de ducharse.

Llamó con los nudillos a una puerta de doble hoja, pero nadie contestó. Se oía música tras la puerta. La entreabrió muy despacio.

—Señora…

Ninguna respuesta.

Abrió del todo la hoja. La luz cruda de las otras habitaciones me había deslumbrado y el cuarto me pareció oscuro.

—Me ha dicho que lo traiga aquí… Espérela… Debe de estar en el cuarto de baño…

Me metió en la estancia. Después, fue reculando imperceptiblemente, y cerró la puerta.

La música venía de un transistor negro, sobre un velador de mármol. Por las puertas acristaladas, entreabiertas, veía la hierba y los macizos del jardín, donde brillaba una media luna.

Me senté en un taburete forrado con tela de flores bordadas, y miré a mi alrededor. Una lámpara, al fondo, envolvía la habitación en una luz amarilla y velada. Sobre la mesita de noche, entre un desorden de medicamentos, periódicos y libros, ardía una gruesa vela enfundada en cristal; debía ser la que difundía por todo el cuarto aquel aroma a ámbar. Una enorme cama con dosel, pero un dosel muy particular, aéreo, con el cielo circular, parecía una barquilla de globo aerostático o un insecto gigante. Al lado de la cama, en el suelo, un colchón con sábanas arrugadas.

—¿Está usted ahí?

La voz salía del fondo de la habitación, detrás de una puerta entornada.

—Sí, señora.

—No me llame señora. Perdóneme por haberlo hecho esperar.

—No importa.

—¿Tiene hambre?

—No.

—¿Cómo que no?… Ahora mismo le traerán algo de cenar.

Al forzar un poco la voz para que yo pudiese oírla en la distancia, se le notaba un leve, casi imperceptible acento arrabalero.

—¿Le gusta esa melodía?

Largo quejido de saxofón. Sí, conocía esa música. Relajada, apacible, como en un sueño: era *Abril en Portugal*.

Apareció en el quicio de la puerta. Descalza, con el pelo rubio despeinado. Llevaba un albornoz de felpa

blanco. Me levanté.

—No… No… No se mueva…

Mi presencia allí parecía resultarle de lo más natural. Movió en la mesita de noche varias cajas, libros y la vela, y cogió un paquete de tabaco empezado y un mechero. Luego, se sentó en el colchón.

—¿Fuma?

—No, gracias.

Me miraba con insistencia. Sobre todo las manos.

—¿No le ha dado muchos problemas mi equipaje?

—En absoluto.

—Ha sido muy amable por su parte… Siento recibirlo tan tarde… Pero intento dormir de día… De noche, me es imposible… No consigo dormir en esa cama… Demasiado alta…

Muy serio, asentí con la cabeza. Resultaba extraño verla allí, sobre un colchón, al pie de aquella cama con dosel.

—Debe tener hambre… Enseguida le traerán algo…

¿Quién? ¿El hombre con cara de *jockey*?

—No, gracias… no es necesario…

—Por supuesto que sí… Quiero que coma usted algo… Lo compartiremos… No está cómodo en ese taburete… Venga aquí.

Me senté a su lado, en el borde del colchón.

—¡Qué curioso!… Cuando lo vi por primera vez me recordó usted a un amigo de mi marido… Un hombre al que yo quería mucho… Un inglés… ¿Es usted su hijo?… Bernard Farmer… ¿No será usted hijo de Bernard Farmer?

Me miraba fijamente a la cara, pero yo notaba que a través de mí, era Bernard Farmer quien se le aparecía de súbito.

—Cuando conocí a mi marido, ambos eran inseparables…

Podía oler su perfume. El cinturón del albornoz le apretaba con fuerza la cintura.

—Las personas que uno conoce a los veinte años siempre dejan huella… Los dos hombres que más me han impresionado en la vida fueron mi marido y Bernard Farmer…

—¿En serio?

Yo debía parecer solemne y cautivado. Ella sonrió.

—Lo estoy aburriendo con estas cosas…

—No, en absoluto.

—Al verlo por primera vez en el hall del hotel, pensé que Farmer, a su edad, debía ser igualito a usted…

Y, de nuevo, su mirada se detuvo en mis manos.

Puso la bandeja en el velador sin extrañarse de vernos sentados en el colchón. No lo había oído entrar en el cuarto. ¿Cómo podía andar sin hacer el menor ruido? Calzaba escarpines negros de aspecto muy flexible, que bien podían ser patucos; tan ligeros que apenas rozaban el suelo.

—¿A qué hora desea la Señora que la despierte mañana?

—Mañana no me despiertes.

—Buenas noches, Señora.

Se mantenía muy tieso ante nosotros y el negro de los escarpines contrastaba con la blancura de chaqueta y guantes. Luego, caminando hacia atrás con una cierta prestancia militar, se coló por la puerta entornada y, antes de cerrarla, nos hizo —o puede que solo a la señora Blin— un leve saludo con la cabeza.

Sándwiches de pan de molde. Tostadas. Mermelada. Huevos pasados por agua. Macedonia de frutas. Dos vasos de zumo de naranja.

—¿Quizás habría preferido una comida en condiciones?

—No. En absoluto.

Se sirvió macedonia. Unas pocas cucharaditas.

Y bebió un trago de zumo.

—Cada vez como menos.

Me daba apuro comerme el sándwich a bocados delante de ella.

—Y cada vez tengo más problemas para dormir… ¿Y usted? ¿Duerme bien?

Hizo la pregunta con anhelante curiosidad.

—Yo sí… muy bien…

—¿Se comerá todos los sándwiches y toda la macedonia?

—Sí.

—Yo también, a su edad, comía de todo y dormía diez horas seguidas en el suelo.

¿Qué edad tendría? Ahora que he encontrado en el dossier de Rocroy su fecha de nacimiento, deduzco que treinta y nueve años. Pero a mí me parecía más joven.

—Coma con las manos…

Yo prefería comer la macedonia con un tenedor, aunque al parecer ella seguía muy interesada en mis manos. ¿Por qué las observaba con tanta insistencia? ¿Quizás porque mis uñas le parecían sucias? Ciertamente, estaba hecho un asco. Llevaba cuarenta y ocho horas sin lavarme, ni peinarme, ni afeitarme. Había pasado la noche en el tren.

—Disculpe. Parezco un mendigo…

—Si le apetece, luego puede darse un baño… Le puedo dejar incluso un albornoz y una bata… Enséñeme las manos…

Me puse colorado. Sin embargo, tuve el valor de mirarla a los ojos.

—¿Qué les pasa a mis manos?

Acercándose a mí, me cogió la mano izquierda. Le dio la vuelta.

—Son idénticas a las de Bernard Farmer. Está claro que debe usted ser hijo de Bernard Farmer…

Su rostro estaba muy cerca del mío. Su boca rozó mi sien.

—¿Es usted su hijo, verdad?

—Si le hace ilusión…

La vela proyectaba en la pared una sombra triangular. Ella movía el dial del transistor y acabó por sintonizar una melodía muy lenta, interpretada a la cítara. Dejó el transistor en el suelo.

—¿Te gusta esta música?

—Sí.

—Siempre pongo música para intentar dormir.

El sonido de la cítara se alejaba, entre un murmullo de cascadas y susurros misteriosos; luego, volvía; y, de nuevo, se debilitaba como llevado por el viento.

Ella se había dormido sobre mi hombro. Y yo también, poco a poco, me iba amodorrando. Pero permanecí mucho tiempo con los ojos abiertos, escuchando el ligero soplo de su respiración. Puse la mejilla contra su pelo para cerciorarme de que aquello no era un sueño. La vela seguía encendida y me pregunté si no debería apagarla. Por una de las puertas acristaladas, una corriente de aire traía hasta mí el rumor de París. Afuera, al otro lado de la verja que rodeaba el jardín, la place de
l’Alma
y la terraza del café donde había esperado, tras la larga caminata de la tarde. Me fundía en aquella ciudad, me sentía hoja de árbol, reflejo de la lluvia en las aceras, rumor de voces, partícula de polvo entre los millones de partículas que cubrían las calles.

Sin conocerlo, siempre sentí gran simpatía hacia aquel Bernard Farmer a quien, según ella, me parecía tanto. Gracias a él, Carmen se fijó en mí. Más tarde, entre los cientos y cientos de fotografías polvorientas que dormían en la cómoda de su cuarto y en los cajones de un escritorio del salón, descubrí algunas fotos suyas. Por mucho que las examinara con lupa, no veía el menor parecido entre Farmer y yo. Un rubio de ojos muy claros. Apenas sí se distinguían sus manos.

Pregunté a Carmen donde estaba el parecido. Pero ella no quería ver las fotos.

—Te digo que se te parecía…

El tono no admitía replica. De todas las personas de su entorno, solo Rocroy había conocido a Farmer antes que ella, ya que la amistad entre Rocroy y Lucien Blin se remontaba a una época anterior a la boda de Blin y Carmen. Él sí que podía saber si Farmer se me parecía. Al preguntárselo, dudó unos instantes.

—¿Eso le ha dicho?

—Sí.

—Físicamente, no se le parecía en nada, pero sí entiendo lo que ella quiere decir con eso…

Estábamos Rocroy, Ghita y yo, esperando a Carmen en el salón. Eran las ocho de la tarde, en pleno mes de mayo, y Carmen seguía sin despertarse.

—Le recuerda usted a Farmer por… por razones ambientales, no sé si me entiende…

Yo no entendía en absoluto.

—Cuando conoció a Farmer tenía diecinueve años… Fue el primer hombre de su vida… Fue Farmer quien le presentó a Lucien Blin…

Se inclinó hacia mí y, en voz más baja:

—No sé… Usted le recuerda su propia juventud… Por eso lo asocia con Farmer… Sí… Así de simple…

Luego, se volvió hacia Ghita, sentada en el sofá.

—¿Verdad, Gyp?

Aquel «¿Verdad, Gyp?» que puntuaba tan a menudo su conversación, lo pronunciaba siempre de modo desenvuelto y mecánico, como quien deja caer, con el índice, la ceniza del cigarrillo.

Esta noche, el calor es tan agobiante en el piso de Rocroy que las gotas de sudor me chorrean de la barbilla y caen en el papel de cartas tamaño folio, sin rayas. A veces, una de esas gotas se mezcla con la tinta azul florida de una palabra, de modo que escribo con mi propio sudor. Farmer. Han pasado veinte años pero aún oigo la voz de Rocroy diciéndome: «El primer hombre de su vida». Y me gustaría que, esta noche, el tal Farmer fuera para mí algo más que el recuerdo de un rostro borroso en una foto. Después de todo, soy su hijo.

Leo las páginas mecanografiadas del dossier de Rocroy y su vieja agenda encuadernada en piel azul. Farmer, Bernard, Ralph alias «Michel», 179 rué de la Pompe. Prófugo. Poincaré
15-29
.

Dejo encendidas todas las luces del piso, siguiendo la recomendación de Ghita. Salgo y camino en línea recta. Boulevard Haussmann, avenue Friedland, avenue Victor-Hugo. La noche sigue siendo tórrida y París está igual de vacío. Y yo sé que Farmer desapareció hace tiempo. Lo sé por Rocroy, que me había dado algunas informaciones sobre él. Fumaba opio y siempre iba a cuerpo, incluso en invierno, porque pensaba que los abrigos achaparran la figura. Tenía unos diez años más que Carmen y formaba parte de la pandilla

de amigos heteróclitos que iban a la zaga de Lucien Blin.

A medida que me acerco a l'Étoile, voy viendo los autocares turísticos del barrio de las Tuileries. Y los mismos hombres con camisas de flores, las mismas mujeres con vestidos naranjas o verdes, bajando de los autocares. ¿Habrá alguien en París con quien aún se pueda hablar de Farmer? ¿O de ti, Carmen? La avenue Victor-Hugo está desierta. Muy pocas luces en las fachadas de los edificios pero, como ocurre ahora en casa de Ghita, las lámparas iluminan viviendas vacías.

En la intersección con la rué du Dome, procedente de una de las ventanas abiertas del *Hotel du Bois*, me llega una música con un volumen tan alto que, en el silencio y el calor, la sigo oyendo cien metros más lejos. Es una de esas canciones italianas que tanto le gustaban a Georges Maillot, y que siempre escuchaba cuando estaba deprimido o durante sus curas de desintoxicación. A menos que esa melodía resuene tan solo en mi cabeza.

Doy una vuelta a la place Victor-Hugo, secándome el sudor de la frente con el puño de la manga. Rué de Sontay. El 179 de la rué de la Pompe. De modo que aquí era donde vivía Farmer…

Contemplo la fachada del edificio. ¿Una vivienda en el último piso? Allí esperaba a Carmen. Poincaré 15-29. Luego marcaré ese número que ya no existe, pegando con fuerza el auricular a mi oído. Por el momento, estoy de nuevo en la acera de la place Victor-Hugo, mientras que un autocar azul y amarillo se detiene y descarga a un montón de japoneses con sus máquinas de fotos en bandolera. Forman un grupo compacto y permanecen unos instantes inmóviles y solemnes. ¿Y si uno de ellos se saliera de la fila, cruzara la plaza con una corona de flores bajo el brazo y la depositara ante un invisible monumento fúnebre? ¿Y si yo siguiera caminando por la avenue Raymond-Poincaré, que se inicia al otro lado de la plaza? Yendo por la acera de la derecha, acabaría por detenerme en el número 3. Hotel Malakoff. Sí. Debería hacer esa peregrinación. En ese Hotel Malakoff fue donde pasé mi última noche en París, hace veinte años, tras el asesinato de Fouquet.

Los japoneses se sientan en las mesas del café Scossa y oigo sus susurros y el murmullo de la fuente. Intento imaginarme a Farmer doblando la esquina, bajo una cálida lluvia de junio, sin impermeable. Y a Carmen con diecinueve años, saliendo de la boca del metro a la hora del toque de queda, para reunirse con él. Las fachadas, las aceras, la fuente, son las mismas y estoy seguro de que por entonces, algunos veranos en París debían ser tan tórridos como los de ahora. Por mucho que me lo pregunte, no sé por qué esta noche he encallado, solo, en esta ciudad indiferente donde no queda nada de nosotros.

Pero ya en aquellos años no quedaba gran cosa de lo que Rocroy llamaba «la época de Lucien Blin». Ciertas frases se repetían en su conversación: «A Lucien no le hubiese gustado, ¿verdad Gyp?». «Eso le hubiese hecho mucha gracia a Lucien…». A veces, en tono de discreto reproche, se dirigía a Carmen: «¿De verdad cree que Lucien habría estado de acuerdo?». O: «A Lucien le daría mucha pena verla así…». Carmen no respondía. Agachaba la cabeza. Por mi parte, los ojos se me iban a la gran foto enmarcada en cuero granate, sobre la cómoda del salón: Lucien Blin, Carmen y el *jockey*, la misma foto que ilustraba el capítulo del libro de Guttrie Schwill: *Cómo se hicieron ricos*.

De los miembros de la «banda» de Lucien Blin solo vivían Rocroy y Georges Maillot. Carmen se acordaba de casi todos ellos, pero Rocroy era el único que podía haber sido el historiógrafo de los amigos de Blin y del grupo de múltiples ramificaciones que lo formaban por aquel entonces y que, a lo largo de los años se iría modificando, como el juego de cristales de un caleidoscopio. Durante veinte años, hasta la muerte de Blin, Rocroy fue uno de sus abogados, pero sobre todo su amigo más íntimo. Veinte años no es poco. Casi un cuarto de siglo. Aquellos veinte años tuvieron para Rocroy un sabor y una importancia incomparables. Fueron «la época» de Lucien.

Me hablaba de ello a menudo. Yo era un oyente atento y educado. Me apreciaba mucho por mi juventud. Quizás me veía como un hijo a quien transmitir todos sus recuerdos de la «época de Lucien» y su experiencia de la vida.

Un día fui a buscarlo a su casa de la rué de Courcelles para ir juntos al piso de Carmen; como siempre, disponíamos de todo el tiempo del mundo antes de que se despertara. Rocroy estaba tumbado en el sofá, Ghita Wattier contestaba al teléfono y, cada vez que éste sonaba, movía el índice con gesto negativo para que ella dijera que había salido.

—Enamorado de Carmen, ¿eh? —me preguntó bruscamente.

Debí sonrojarme o encogerme de hombros. Entonces, con suave voz paternal, me hizo una serie de consideraciones que, si no recuerdo mal, eran similares a los términos utilizados en su carta: «Todos los que han sido testigos de sus inicios en la vida van a ir desapareciendo. Usted los ha conocido siendo muy joven, cuando ellos se hallan ya en el crepúsculo…».

Luego, volvió la cabeza:

—Dale un bloc, Gyp… y un bolígrafo…

Ghita me alargó un pequeño bloc amarillo. El propio Rocroy sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su americana.

—Tome nota, muchacho.

Y me dictó un montón de detalles: nombres, fechas, calles, que yo iba anotando en las hojas del bloc amarillo. Perdí el bloc, pero no tiene mayor importancia: a esa edad, no es preciso apuntar nada de lo que te dicen. Queda grabado en la mente, de forma indeleble. De por vida.

¿Tenía el presentimiento de que en un futuro yo escribiría algo sobre aquella época, sobre todas aquellas personas que me rodeaban? ¿Le manifesté que, con el tiempo, me gustaría escribir? Creo que no. ¿Hablábamos ambos de literatura? Por supuesto. Me prestaba sus novelas policíacas y gracias a él descubrí, en revoltillo, a Earl Biggers, a Rufus King, a Phillips Oppenhein, a Saint-Bonnet, a Dornford Yates, y a tantos otros, cuyas obras siguen ordenadas en su biblioteca. Con las mías.

Mi querido Rocroy, este libro es como una carta dirigida a usted. Una carta muy tardía. Nunca tendrá ocasión de leerla. Tan solo Ghita… Los demás han desaparecido. De todas formas, ni a Carmen ni a Georges Maillot les gustaba leer. Lo comentamos en cierta ocasión, y usted me explicó muy amablemente que hay dos clases de personas: los que escriben los libros y aquellos sobre los que se escriben los libros y que no necesitan leerlos. Los viven. ¿No era así, Rocroy? ¿Estoy en lo cierto? Carmen y Georges pertenecían a la segunda clase.

A finales de julio cumpliré treinta y nueve años y espero terminar mi libro para esa fecha. Debería dedicárselo a usted, Rocroy. Y a Carmen, y a Maillot, que fueron testigos de mis inicios en la vida, como usted decía.

Le prometo que el día de mi cumpleaños estaré solo en París. Se lo debo. A usted y a todos. Solo, en esta ciudad asfixiante que ya no es la mía y que hoy ha alcanzado los 35º. Esa noche me sentaré en la terraza de Chez Francis, entre turistas alemanes y japoneses. Y contemplaré la verja del jardín de Carmen, al otro lado de la plaza. La última vez que pasé por allí, en el coche de Tintín Carpentieri, los postigos del piso estaban cerrados para siempre. Brindaré a su salud, Rocroy. A la de Georges. Y a la de Carmen. Un simple zumo. De naranja o de pomelo. Por desgracia, no me sabrá igual que aquellos que nos servía el mayordomo con cara de *jockey* y patucos-escarpines de terciopelo negro en el salón de Carmen, a partir de las seis de la tarde, mientras esperábamos a que se despertase.

Querido Rocroy, me buscó usted una habitación en el hotel de la rué Troyon, donde paraba Maillot cuando venía a París. En ese hotel vivía un hombre encantador, un viejo amigo suyo y de Maillot, que también formó parte de la pandilla de Lucien Blin: el cineasta Albert Valentín. Me encontraba en familia.

Desde el hotel, iba andando hasta el piso de Carmen por la avenue Marceau. Siempre llegaba yo el primero. Luego llegaba usted, solo o con Ghita. Hurel, el mayordomo con cara de *jockey*, pronunciaba la misma frase en tono confidencial:

—La Señora sigue durmiendo.

Y yo admiraba la suavidad con que se deslizaban sus escarpines de terciopelo negro.

—Se los pone —me dijo usted imitando la voz del mayordomo— para no despertar a la Señora.

Quería proteger su sueño a toda costa. Parecía decepcionado siempre que se despertaba. No le gustábamos mucho ni usted, ni Georges Maillot, ni yo, ni los Hayward, ni los demás. Perturbábamos el sueño de su Señora.

Cuando Georges Maillot estaba en París, llegaba después de nosotros, hacia las siete de la tarde. En cuanto entraba al salón, gritaba con voz de trueno:

—¿Sigue durmiendo la Señora?

Y el mayordomo, con la cara encendida, murmuraba:

—Más bajo, por favor.

Y, como si fuésemos individuos peligrosos, cerraba rápidamente la puerta. Una tarde, Maillot comprobó que, por fuera, echaba la llave.

—Teme que vaya a despertar a Carmen. Debería hacerlo por su bien… Es una pena que se pase durmiendo un día tan espléndido como el de hoy.

A usted, Rocroy, le hizo gracia el comentario y soltó una risita sardónica.

—¡No me digas, Georges, que ahora vas a darnos consejos de higiene!

—Claro. ¿Por qué no?

El mayordomo aparecía de nuevo con una bandeja de zumos y nos servía de uno en uno. Cada cuarto de hora volvía con más zumos: mango, piña, uva, plátano… A instancias de Georges Maillot los mezclaba, con manos ágiles, como las de un barman de gran hotel. Nos preguntaba si deseábamos el «cóctel de la Señora». ¿No se quedaría usted, Rocroy, con la receta de aquel cóctel de frutas? Recuerdo que era a base de pomelo. Lo demás… Cóctel de la Señora. Estas palabras me encogen el alma.

Manchas de sol iluminaban las paredes, los muebles y la moqueta del salón. Las tardes eran radiantes y cálidas aquella primavera. Maillot abría uno de los balcones y, con los vasos en la mano, nos sentábamos en el gran peldaño de piedra. Una hilera de tulipanes blancos rodeaba el césped. Un arbusto de alheña, contra la verja, exhalaba un perfume de verano y niñez. Maillot cogía un puñado de guijarros y los iba lanzando contra los postigos cerrados del dormitorio de Carmen, o la llamaba a voces. Todo en vano. Entonces, se tumbaba en el césped con los brazos en cruz.

—¡Y pensar que en aquella época se levantaba siempre a las siete de la mañana…!

¿A qué «época» se refería? ¿A la de Lucien?

Rocroy se sacaba del bolsillo de la chaqueta el diario *Cote Desfossés* y, desplegándolo, se sumía en su lectura. Ghita, que permanecía en el salón, fumaba plácidamente.

—Daniel… Me gustaría saber tu opinión —dijo Georges Maillot a Rocroy.

Pensamos que se trataría de algún tema serio, uno de esos consejos que pueden cambiar el rumbo de una vida.

—¿Se sigue uno divirtiendo en París, Daniel?

Mascaba una brizna de hierba y, con los brazos cruzados bajo la nuca, parecía seguir con la mirada el huir infinito de las nubes.

—No —respondía Rocroy sin apartar la vista del *Cote Desfossés*. Ya nadie se divierte en París.

—Eso mismo pensaba yo.

Por mi parte, no entendía nada de lo que decían. Tras la verja, el viento acariciaba las hojas de los castaños, los pisos superiores de la place de
l'Alma
y la cúspide de la Tour Eiffel, en la otra orilla del Sena. Por aquel entonces, París era una ciudad que se ajustaba a los latidos de mi corazón. Mi vida solo podía inscribirse entre sus calles. Me bastaba con pasearme por París, solo y sin rumbo, para ser feliz.

Maillot bajaba el estor de loneta naranja sobre las puertas acristaladas del salón. Era alto y atlético. Con algo de romano en la frente, la nariz y las cejas; y en su indolencia. Sin rastro de vejez, sin una arruga que desvelara en él la menor aflicción. Hacía diez años que no trabajaba, cansado de interpretar papeles de joven as del deporte, y hasta de gladiador en una de sus últimas películas rodadas en Roma. Él valía mucho más. Le interesaban los muebles y los objetos de arte. Rocroy y Carmen me habían comentado que Maillot era un hombre muy refinado.

—Ghita, ¿es cierto que ya no se divierte uno en París?

La joven se había reunido con nosotros en el jardín, y Maillot estaba a su lado, sentado en el escalón de piedra lisa.

—¡Que sí, créeme! —suspiraba Rocroy— Gyp te dirá lo mismo… París ya no es París…

Sacándose un lápiz del bolsillo interior de la americana, escribía en el margen del periódico. O quizás hacía un crucigrama.

—Siendo así —decía Maillot—, he hecho bien en irme a Roma.

—Has hecho muy bien.

—En París me siento como un fantasma —decía Maillot.

Levantando los brazos, lanzaba un largo lamento de espectro. Y ahora, mientras escribo estas líneas, pienso que sus presencias en casa de Carmen, aquellas tardes, tenían algo de fantasmal; como si esperasen a alguien que nunca vendría, o se entregasen a un rito en recuerdo de un pasado ya extinto.

Hacia las siete, el mayordomo nos servía un aperitivo. Ya no eran zumos. Bebidas alcohólicas. Entonces, llegaban los Hayward.

No habían conocido la «época de Lucien». Ambos, de unos treinta años. Hacían buena pareja: él, una especie de Laurence Olivier algo achaparrado; ella, de pelo castaño y ojos verdes, con una elegancia lánguida. Vivían en un pisito cerca del Bois, en la avenue Rodin. Según creí entender, Philippe Hayward «llevaba unos garajes en París», y Martine Hayward, de muy joven, había sido maniquí de un modisto inglés que ellos llamaban «El Capitán». Pero una noche en que ella nos llevó a su casa y esperábamos al marido, sorprendí a Hayward colándose en el piso vestido con uniforme de auxiliar de vuelo de una compañía aérea. Momentos después entró en el salón con traje civil. Aquella breve visión me dejó perplejo. Presentí, desde el principio, que esa pareja malvivía y que no eran trigo limpio. El tono de voz algo ronco de Hayward, que intentaba corregir mediante una falsa entonación mundana, no me inspiraba confianza. Carmen, por su parte, no podía vivir sin ellos. Eran muy divertidos, decía. En aquellas interminables veladas que prolongaban hasta las cinco de la mañana, siempre le hacían descubrir «lugares nuevos». Y para agradecerles su papel de peces piloto del pequeño grupo que formábamos —aunque digo formábamos, siempre me sentí al margen, y hasta me pregunto si se podía hablar de «grupo» refiriéndose a nosotros— les hacía regalos suntuosos.

En el momento de marcharnos, el mayordomo se mantenía muy tieso en el vestíbulo, apoyado en la pared del fondo, y nos echaba miradas glaciales.

—¿A qué hora regresará esta noche la Señora? —preguntaba invariablemente, como si nos reprochara que, al final, implicáramos a Carmen en alguna aventura peligrosa y no pudiera volver a casa.

—Muy tarde, no me espere.

—De ninguna manera. Esperaré a la Señora.

Y yo notaba en esa frase un desafío hacia nosotros.

—Ese tío parece quererte mucho —decía Maillot—. Pero lleva unos patucos…

—Hace mucho que lo conozco. Era uno de los mozos de cuadra de Lucien.

Yo pensaba en el conserje de La Késidence, el hotel de Alta Saboya, donde vi a Carmen por primera vez. Él también había trabajado en el criadero de caballos que Lucien Blin tenía en Varaville. El mundo estaba lleno de antiguos mozos de cuadra convertidos en ángeles de la guarda de Carmen.

Ella se subía en el coche de los Hayward; Rocroy, Ghita y yo en el de Georges Maillot. Los Hayward ya habían pensado dónde íbamos a cenar y Maillot los seguía a pocos metros de distancia. En los semáforos, los dos coches se juntaban y Carmen me saludaba con la mano.

Después de cenar, había que tomarse una copa en algún sitio, y luego una segunda en otro lugar, y otra más. Guiados por los Hayward. Solo había que seguir su coche por las calles de París. Semáforos en verde. Semáforos en rojo. Y la mano de Carmen saludando. Conforme avanzaba la noche, me parecía que ese gesto era una llamada de socorro. Me daban ganas de salir del coche de Maillot, abrir la puerta del de los Hayward, sacar a Carmen y llevármela conmigo.

—¿Falta mucho aún para irnos a dormir? —preguntaba Ghita.

Ella y yo íbamos en el asiento trasero.

—No podemos dejar tirada a Carmen —decía Rocroy.

A veces, Maillot venía a París con su mujer italiana, mucho más joven que él. Nos acompañaba en nuestras andanzas nocturnas pero, al igual que Ghita, pronto daba muestras de cansancio.

—¿Puedo volver al hotel, Georges? —preguntaba con voz tímida.

—Por supuesto, cariño… por supuesto…

—No estoy acostumbrada… me caigo de sueño… Despídeme de tus amigos.

Tenía una educación exquisita y hablaba francés sin acento. Rocroy me había comentado que su familia pertenecía a la alta nobleza romana, y que se prendó de Maillot a los diecinueve años.

—¿Quieres que te deje en el hotel, cariño? —proponía Maillot.

Entonces, Ghita se animaba:

—Yo también estoy rendida. No puedo más…

—Bueno… será mejor que vuelvas a casa —decía Rocroy.

—Déjanos en una parada de taxis. Llevaré primero a Doris a su hotel.

Maillot detenía el coche y dejábamos que se fueran. Luego, daba un brusco acelerón, o se saltaba un semáforo para alcanzar al coche de los Hayward. El corazón me latía con fuerza. ¿Y si los otros se nos habían escapado? Temía no volver a ver a Carmen nunca más.

—Se han rajado las dos —decía Maillot—. ¿Y usted, Jean, aún aguanta o también lo dejo en algún sitio?

Se burlaba de mí sin maldad. Sabía que yo estaba enamorado de Carmen.

—Bueno —suspiraba Maillot—, ya sí que somos los últimos de Filipinas.

Él y Maillot parecían resignados y un tanto melancólicos por ser «los últimos de Filipinas». Ante nosotros, el coche de los Hayward indicaba el camino a seguir. Semáforos en verde. Semáforos en rojo.

Yo estaba enamorado de esa mujer que me saludaba, o me lanzaba una llamada de socorro con la mano, sin entender aún lo que Rocroy insinuaba con lo de «los últimos de Filipinas».

Pero las noches en que no venían los Hayward, ni Rocroy, ni Ghita, ni Georges Maillot, la esperaba yo solo. Las hojas de los árboles, la cúspide de la Tour Eiffel y la verja del jardín se recortaban en el cielo aún luminoso, antes de que la noche cayera definitivamente. Ella se despertaba; ponía un disco en el picú de su dormitorio y, mediante un sistema de acústica muy perfeccionado, la música se esparcía por todo el piso. Aparecía en albornoz de felpa blanca y se tumbaba en el sofá. La oscuridad me rodeaba sin que yo me tomara la molestia de encender la luz. El antiguo mozo de cuadra de patucos aterciopelados habría prendido alguna lámpara de haber pasado por allí, pero se limitaba a abrirme la puerta de la casa y luego, me olvidaba; de hecho, al principio, fui vagando por la hilera de cuartos en busca del salón.

Música de jazz, de rumba, de opereta, *Los millones de Arlequín*… En las noches templadas, nos sentábamos juntos en el escalón del jardín y la música llegaba hasta nosotros por la puerta acristalada entreabierta. De vez en cuando, se levantaba para cambiar el disco y volvía a sentarse tan cerca de mí que sentía el contacto de su frente contra mi hombro. Aunque para ella empezaba el día, el desfase horario no me molestaba. Me echaba mis buenas siestas en el hotel de la rué Troyon, para mantenerme despejado.

Y así nos daban las diez, a veces las once de la noche. Hora del solitario. Disponía las cartas en la alfombra y yo cogía un libro de la biblioteca. Novelas policíacas. Tratados de historia. Muchas obras de teatro que sus autores habían dedicado cariñosamente a Blin, llamándolo unas veces por su nombre de pila, otras por su apellido. Para Lucien. Para Blin. Anuario cronológico del «Turf» de 1934 a 1955, editado por «Établissements Chéri»: veintidós tomos encuadernados en azul noche. Y el ex libris blanco y verde, los colores de la Cuadra Blin, con las
iniciales L
. B. sobre cada volumen. Allí, en aquellos anaqueles, vi otro ejemplar de *Cómo se hicieron ricos* de Guttrie Schwill, aquel libro que leí, solo y abatido, en el Val de Gráce. Enseñé a Carmen la foto donde estaba con su marido y el *jockey*, pero se limitó a encogerse de hombros.

Había cientos y cientos de fotos y recuerdos de todo tipo en los cajones del mueble chino, pegado a la pared izquierda del salón. Cogía uno de esos cajones, vaciaba su contenido en el suelo y ante mí surgía, en un revoltijo, toda la juventud de Carmen con las fechas detrás de las fotos, y los nombres de los comparsas escritos en viejas agendas de Lucien Blin. A ella no le gustaba que curioseara en lo que llamaba «los archivos». Una noche, que me sorprendió hurgando en los cajones donde dormía su pasado envuelto en aromas de cuero y laca, me dijo que «iba a quemar todo eso». Al día siguiente había olvidado su decisión, pero yo me había llevado una foto de ella con veinte años, en bañador, ante los peñascos de
Eden-Roc
, para que, al menos, quedara algo de «todo eso»… No había cambiado prácticamente nada. En la foto de
Eden-Roc
llevaba un peinado distinto, con un mechón hacia atrás, por encima de la frente, pero el rostro seguía igual de terso, los ojos igual de claros, el cuerpo igual de esbelto. Tan solo el esplendor de su sonrisa se le había empañado.

A eso de las dos de la madrugada, el antiguo mozo de cuadra traía la bandeja del «almuerzo».

Pollo frío. Peladillas. Fruta. Zumo de naranja. Ella me quería enseñar a jugar al
mah-jong
, pero yo era un negado, y siempre los mismos discos dando vueltas en el picú. Aunque para esa gente fuera ya tiempo de crepúsculo —como me decía Rocroy en su carta— las melodías que sonaban con más frecuencia eran canciones de primavera: *April in Paris, Some other Spring, Abril en Portugal*… Con solo

escucharlas me traslado a aquel ambiente de noches en vela, con la presencia de Carmen. También Georges Maillot silbaba los mismos estribillos lentos y tiernos, y me pregunto si esas canciones no habrían sido, para Carmen, para él, para otros componentes de aquel grupo del que ambos eran los únicos supervivientes, una especie de contraseña.

Después de «almorzar» se vestía y salíamos a dar un largo paseo. Era ese momento de la noche en donde solo pasa algún coche que otro, en que los semáforos se alternan en vano, ya en rojo, ya en verde. Caminábamos por el césped del Cours la Reine. Chaparrones. Olor a hojas y a tierra mojada. Al otro lado de la place de
l'Alma
, por la ribera del río, en la explanada del Palais de Tokyo, hablábamos en voz baja, por miedo a que el eco amplificara nuestras voces. La rué Fresnel y su jardín colgante. El Sena.
L'allée
aux Cygnes, por donde seguíamos hasta el puente de Grenelle. Y el regreso, por las escaleras de Passy y los jardines de Trocadéro.

Amanecía. El piar de los pájaros entraba en el salón. Hurel no había apagado las luces y un disco seguía girando en el picú. Cuando llegaba al final, el brazo del picú volvía a la mitad del disco y ese gesto de nadador pertinaz podía haber durado hasta el fin de los tiempos si yo no hubiese apretado la tecla. Las cartas de los solitarios yacían por la moqueta.

Una expresión de ansiedad furtiva pasaba por la mirada de Carmen y le contraía la boca; el mismo desasosiego que leía en su cara cuando Georges Maillot, los Hayward y yo la dejábamos en su casa, tras nuestras correrías nocturnas. Salía del coche y, bajo la marquesina del edificio, se volvía para saludarnos con la mano y siempre pensaba yo que ese gesto iba dirigido a mí. Entraría sola en el piso y pasaría por las habitaciones que eran un puro trastero: el mercado de las pulgas, como decía Georges Maillot. Éste me llevaba hasta la rué Troyon. Una vez llamé por teléfono a Carmen, desde mi habitación, para preguntarle si «todo iba bien» y si no quería que le hiciera compañía. Me contestó que «todo iba bien». Que muchas gracias. Y que durmiese, que a mi edad no debía pasar sueño.

A mi edad… Bueno, ahora tengo la edad que ella tenía entonces: treinta y nueve años. Y comprendo la desazón que se apoderaba de ella hacia las seis de la mañana. Y por qué se le había empañado la sonrisa, comparándola con la de la foto de
Eden-Roc
. Y por qué, aunque uno se tumbe en una cama y cierre los ojos, el sueño no viene a visitarnos.

El día se filtraba por las persianas de su cuarto.

Y se seguían oyendo los pájaros.

—Estos pájaros son tremendos… Acabarán conmigo…

De nuevo, la desazón en su mirada. A mí sin embargo, el canto de los pájaros me parecía una nana…

Estaba tumbada y acercaba su cara a la mía. Me miraba fijamente con sus ojos claros, en silencio. La contracción de la boca se le iba borrando, el rostro se le volvía tan terso, tan radiante como el de la chica de la foto de
Eden-Roc
, muy despacio, como algo que emergiese poco a poco —aroma de menta u hojas de nenúfar— hasta la superficie de las quietas aguas de un estanque.

—Carmen es más bien del tipo cigarra —me decía Rocroy.

Lo había vendido todo, salvo la pequeña sala de cine de Buttes-Chaumont, olvidada en la lista junto con el chalet de Alta Saboya. Tras la desaparición de Blin, Carmen pudo conservar, durante dos o tres años, la Cuadra y el criadero de Varaville, gracias a los consejos de un *jockey* con quien estuvo compartiendo su vida. Y luego, uno tras otro, *jockey*, caballos y criadero, se esfumaron. Por su parte, Rocroy hacía todo lo posible para que no acabara como yo, en la calle.

Una mañana me propuso visitar el criadero. Me sorprendió. Creía que ya no existía.

—Sí… Aún me queda una parte…

Nos fuimos en el coche de Hurel, el antiguo mozo de cuadra. Conducía con precaución el viejo Frégate negro, como si hubiese perdido la costumbre. No calzaba los escarpines de terciopelo sino botas de montar, limpias y relucientes. Cogimos la autopista del Oeste. Cerca de Versalles, nos desviamos por una carretera bordeada de plátanos y nos detuvimos ante un portalón de madera blanca, con la pintura descascarillada. Una cadena cerraba las dos hojas y, sobre una de ellas pude leer un rótulo con letras negras casi borradas: *criadero de Varaville*. Más arriba un buzón algo arqueado, quizás por el óxido.

—Puede que haya correo —me dijo Carmen con voz seca—. Deberías echar un vistazo… A lo mejor te interesa…

Se esforzaba en bromear, preguntándose quizás si con esta visita no se estaba poniendo a prueba. Entre tanto, Hurel había abierto el buzón con la llave del coche.

—No hay correo, Señora.

Luego, desató la cadena y de una patada abrió una de las hojas del portalón. Una avenida se abría ante nosotros, invadida por zarzas y maleza.

—¿Cree que podremos andar por ahí? —preguntó Carmen.

—Claro que sí, Señora.

Nos iba abriendo paso a través de matorrales y hierbas altas. A veces, el trazado de la avenida se perdía bajo una vegetación que nos sofocaba a los tres. Avanzábamos como podíamos por aquella selva virgen, hasta que la avenida aparecía de nuevo a los diez metros. Llegamos ante un gran edificio con vigas de madera vista. Las dos alas estaban dedicadas a las cuadras. Un pináculo coronaba el cuerpo central, con un reloj cuyas agujas marcaban eternamente las cinco y media.

—No se le habrán olvidado las llaves.

—No, Señora.

Hurel intentaba abrir la puerta de madera del cuerpo central sin conseguirlo. La llave se había atascado en la cerradura.

—No se puede abrir, Señora. Está muy oxidada. Si quiere, fuerzo la puerta.

—Déjelo.

—No, voy a intentarlo, Señora.

Retrocedió y tomando un impulso brutal dio un tremendo golpe con el hombro; la puerta cedió.

—¿Lo ve, Señora?… Ahora la cerradura sí que está hecha polvo…

Carmen y yo entramos. Un olor a moho se me agarró a la garganta nada más penetrar en aquella enorme habitación panelada. Carmen abrió el postigo de una ventana y la luz desveló una chimenea monumental donde se descomponían algunos leños. En la pared de la izquierda, un marco. Lo descolgó y limpió con su pañuelo el polvo amarillento que cubría el cristal. La foto de un *jockey* con una dedicatoria: «Para el jefe Lucien Blin. Con afecto F. Hobson». El tal Fred Hobson, yo lo sabía por Rocroy, era el *jockey* que había

vivido con Carmen tras la muerte de Blin y del que se comentaba, en ciertos círculos ya muy diezmados, que incluso en vida del marido «montaba» a la «encantadora esposa de Lucien Blin».

—Tengo que llevarme esta foto a casa —dijo Carmen en tono cansado—. Era un amigo…

En la repisa de la chimenea, montones de folletos que parecían programas de teatro. El grueso papel satinado los había protegido del tiempo, aunque las tapas de la mayoría estaban llenas de manchas pardas y de agujeritos, como roídas por los insectos. Cogí el que estaba menos estropeado. En la tapa pude leer:

CRIADERO DE
VARAVILLE
1947
LUCIEN
BLIN

Carmen, por su parte, seguía limpiando el polvo del marco con el pañuelo.

En la primera página del folleto, decía: «para el señor Lucien Blin». Y debajo una lista de nombres:

Potros nacidos en 1947 - Foals
Potrancas nacidas en 1947 - Foals

Luego, en las páginas siguientes:

Para el señor Lucien Blin
Potros nacidos en 1946 - Yearlings
Potrancas nacidas en 1946 - Yearlings

En total, unos cuarenta. Guardé durante muchos años aquel «programa» y, en mis momentos de ocio, me fui aprendiendo de memoria el nombre de los caballos: Ortolan, Brumoso, Pozo de amor, El Crío, Príncipe rosa, Scaramouche, Clodoche, Fuente dulce, Viento del norte, Noche loca, Col del Avaris, Papoum, Arabian, Girl, Dulcita, Hada persa, Estambul, Señorita de Saint-Ahon, París-Norte, Billy of Spain… Me hubiese gustado que Hurel me contara cosas de cada uno de ellos. Él los había conocido. Pero nunca me atreví a pedirle nada.

Debió hacer un gesto demasiado brusco y el cristal del marco se rompió. Dejó el marco en el suelo, boca abajo.

—¡No importa! Es mejor que se quede aquí.

Se había cortado en el dedo índice con el cristal, y sangraba un poco.

Le dije que era una pena dejar aquí esa foto, que se estropearía. Fui quitando los trozos de vidrio y saqué la foto del marco. Pero en cuanto se la di, la rompió. Gesto poco amable hacia Fred Hobson.

Salimos y cerró la puerta. Se apoyó en la balaustrada del porche.

—¿Te gustaría vivir aquí? Preguntaré a Rocroy si lo pueden acondicionar…

Ante nosotros se extendía el parque abandonado, tan denso como una selva virgen. Poco a poco irá avanzando hacia la casa y acabará por tragársela. La hierba y el musgo ya inundaban el porche, y el follaje se salía por las puertas renegridas de los establos, como si los árboles hubiesen crecido en el interior. Por mucho que escrutaba aquel amasijo de vegetación, ya no veía el camino que habíamos seguido antes.

—Nunca quise vender esta parte del criadero… Por Lucien y por Fred…

¿Habría muerto también el tal Fred?

—Tendría que remozar todo esto… No lo puedo dejar así…

A lo lejos, Hurel intentaba quitar las malas hierbas con una laya. Heroico, obstinado como un niño que pretendiera limpiar de dunas Las Landas con una palita de playa.

—Debe darle mucha lástima ver el criadero en estas condiciones…

Carmen tenía la mirada perdida en otra parte. Sin duda veía las avenidas bien cuidadas, el césped, las cercas blancas, el ir y venir de los mozos de cuadra, a Fred Hobson entrenando, a Hurel metiendo en la cuadra a Billy of Spain, todo lo que daba sentido a su vida, todo lo que aún existía en tiempos de Lucien.

Una cuerda colgaba a la entrada del porche. Le pregunté para qué servía. La usaban para izar la

«bandera». ¿La bandera? Sí, ésta: verde y blanca, los colores de la Cuadra. La izaban cada vez que un caballo del criadero ganaba una carrera.

Tiré de la cuerda. Chirrido de polea. Cuando noté cierta resistencia, até la cuerda a la balaustrada del porche. Quería comprobar si la bandera llegaba a lo alto del asta.

Arriba, la brisa la ondeaba suavemente, a pesar de un desgarrón en el lado verde. El blanco estaba amarillento. Pero ¿qué importaba? Era lo menos que podía hacer: izar la bandera por última vez como homenaje a los *jockeys*, monitores, mozos de cuadra desaparecidos, y a la juventud de Carmen.

Inicié mi vida con una salida en falso. Iba a escribir: una mala salida. Pero no, sin lugar a dudas fue una salida en falso. Podría incluso negar que viví todo aquello. Casi todos los testigos han desaparecido, salvo Ghita cuyos recuerdos son confusos, supongo. ¿Quién iba a demostrar lo contrario, salvo algún maníaco que hurgase en viejos informes policiales en busca de mi nombre? Algunas mujeres, para rejuvenecerse, ocultan cinco años de su existencia. De modo que tres meses… Sin embargo, hoy sé que esa salida en falso dio una tonalidad particular a mi vida, que se convirtió en su base sensible.

Abril, mayo, junio. En los archivos de la brigada antivicio hay rastro de mi estancia, aquella primavera, en el Motel Triumph, habitación 17. La 15 era la de Albert Valentín. Georges Maillot, cuando venía a París, ocupaba la habitación 14, a la altura de la mía, al otro lado del pasillo. Rocroy me había confiado que Maillot venía a París para sus curas de desintoxicación y que llevaba mucho tiempo drogándose. Tenía cinco años más que Carmen. Ghita, por su parte, tenía treinta y tres años; Carmen, treinta y nueve, los mismos que yo ahora. Los Hayward eran unos años más jóvenes. Rocroy era de la generación de Lucien Blin. Nació en 1909. Blin, en 1906. Necesito estas precisiones, me aferró a estas fechas porque aquella primavera pasó tan deprisa que solo me dejó imágenes fugitivas. No tuve tiempo de hacerles todas las preguntas, de conocer a cada uno en profundidad, de clavar la mirada en sus rostros.

Georges Maillot. ¿Por qué ese hombre que a primera vista parecía sano, fuerte, exuberante, estaba tan emponzoñado por dentro? Rancio poso neurasténico, según la expresión de Rocroy refiriéndose a Carmen. Recuerdo las risotadas de Maillot, sus ojos azules, su físico de «gladiador» como a él le gustaba decir para burlarse de sí mismo. También recuerdo los alaridos que lanzaba algunas noches en la habitación 14 del hotel de la rué Troyon. No podía dejar la bebida durante las curas de desintoxicación, y la mezcla de alcohol y sedantes le producía tremendos calambres en el estómago. Pero no perdía el buen humor. A la mañana siguiente me decía: «No lo he dejado dormir ¿verdad? La próxima vez habrá que amordazarme».

Un domingo de mayo, por la tarde, Maillot y yo alquilamos dos bicicletas. Habíamos visto que varias calles del barrio estaban en cuesta y Maillot quería subirlas y bajarlas en bici para hacer ejercicio. La noche anterior confeccionamos la lista:

Avenue Carnot
Rue Anatole-de-la-Forge
Rue de Arc-de-Triomphe
Avenue Mac-Mahon

«Costará mucho subir pero luego, ya verá… un placer, bajar…».

Y se echo a reír con una de esas risotadas tan suyas; lo único, pensaba yo, que se mantendrá intacto en su persona hasta el final.

Ciertamente, resultaba muy agradable bajar por las calles desiertas sin pedalear, bajo el sol de primavera. Aquella noche cenamos con Rocroy, los tres solos, en la terraza de un restaurante del barrio. Hablaron de Carmen. Y del pasado. Rocroy se las había ingeniado para que a Carmen no le faltara dinero, y había conseguido, desde hacía unos meses, enderezar su economía «catastrófica». Ella ya no jugaba, que no era poco. Rocroy la había convencido para que firmara una «autoprohibición de entrada» en los casinos.

—Apúntate un tanto, Daniel —dijo Maillot.

Desde la muerte de Blin, «todo» se había ido degradando. En tan solo diez años… Y cuando Rocroy decía

«todo», me parecía que no se refería solo a la situación financiera de Carmen, sino a sí mismo, a Maillot, a París, a las cosas en general. Con Blin, el mundo mantenía su coherencia, otorgaba a cada uno de ellos un centro de gravedad, un denominador común, incluso una razón de ser… Blin había sido como el imán que reúne la escobina de hierro.

—¿Y tu tratamiento? —preguntó Rocroy a Maillot.

—Ni bien ni mal… Desde que me casé con Doris parece que voy por otro camino. Además siempre me gustó vivir en Roma.

Se volvió hacia mí.

—Tendría usted que ir a Roma… Le encantaría esa ciudad…

—Puede que me equivoque —dijo Rocroy—, pero me parece que Roma es un lugar de retiro… Fíjate en todos esos tipos que acaban su vida en Roma…

Citó los nombres de algunos actores franceses que, como Maillot, se habían establecido en aquella ciudad en los últimos diez años.

—La verdad es que nunca los veo… Solo me relaciono con los amigos de Doris… Y sí, puede que tengas razón… pero eso no es aplicable a él…

Y me señalaba con el dedo.

—A su edad, da igual estar en Roma o en París… Es lo de menos… Tener veinte años en Roma o en París…

Un muchacho rubio entrado en carnes se reunió con nosotros al acabar la cena y se sentó a nuestra mesa para tomar café. Maillot nos lo presentó, pero no oí su nombre. Ahora caigo en que era Tintín Carpentieri.

—¿Te has traído el coche del garaje?

—Sí.

—¿Qué le pasaba?

—Un problema de frenos…

Él y Carpentieri se levantaron.

—Voy a Orly, a buscar a Doris…

Me dio una palmadita cariñosa en el hombro.

—Nos veremos mañana en el hotel, desayunando… Y si a Doris no le importa, podemos darnos otra vuelta en bici…

Los vi subirse al coche. Carpentieri se puso al volante y arrancó de estampida. Rocroy y yo permanecimos unos instantes silenciosos, en nuestra mesa.

—Creo —me dijo Rocroy— que debería usted aceptar su invitación e ir a Roma un día de éstos… Georges es tan amable…

Según él, Georges y Carmen habían vivido una fugaz «aventura», cuando Carmen tenía veinticinco años.

—Lucien hizo la vista gorda… Conocía muy bien a Carmen… Sabía soltarle la brida cuando era preciso… Era hombre de caballos…

Rocroy me propuso que lo acompañara hasta su casa, en la rué de Courcelles, dando un paseo. Había que aprovechar aquella preciosa noche primaveral. Mientras caminábamos, me hablaba como de padre a hijo. Le preocupaba mucho mi porvenir. Curiosamente, Maillot tenía mi misma edad cuando él lo conoció, en 1939, en la Costa Azul. Tampoco Maillot sabía a qué iba a dedicarse en la vida. En Cannes, conoció a una mujer mayor que él, una mujer del tipo de Carmen, una tal Rolande Renard. El muchacho le cayó bien. Y esa Rolande Renard era, a su vez, amiga de Rocroy y de Lucien Blin… Ya ve usted, Jean, que el mundo es un pañuelo…

Pero la solución no está en las Carmen Blin y las Rolande Renard. Rocroy aconsejó a Maillot que se fuera a París, que se matriculara en un curso de arte dramático. Y a mí, ¿qué me gustaba? Los libros. Bueno, ¿por qué no intentaba lanzarme al mundo literario? ¿Eh?

Había que fijarse una meta en la vida. Si no… Yo lo escuchaba distraído. Estaba en esa edad en que los consejos no sirven de nada y las personas que los dan parecen pronunciar frases inútiles.

Una meta en la vida… Aquella noche la brisa era tibia, las luces de la avenue des Champs-Élysées brillaban como nunca lo hicieron después y, más abajo, en los jardines, las flores de los castaños me caían sobre los hombros.

He vuelto andando desde el piso de Rocroy al hotel de la rué de Castiglione; por saber si mi mujer había llamado. El ambiente era más fresco que hasta ahora, la luz más suave y clara, sin calima; y me embargaba un tremendo sentimiento de vacío mientras caminaba por las avenidas desiertas y soleadas. Esa brisa acariciando las hojas de los plátanos y su rumor en el silencio…

—Ninguna llamada, señor… —me dice el conserje.

De nuevo, me ofrece una tarjeta roja, sonriente.

—Si está usted solo en París…

—Ya me ha dado varias veces esta tarjeta…

—Lo siento, señor… Nunca recuerdo las caras… Pero eso, en mi trabajo, es casi una virtud… una garantía de discreción…

Su voz suena tierna, como una sonrisa. Miro fijamente la tarjeta y el nombre: Hayward.

—Creo que conocí a un Hayward hace mucho tiempo…

—¿Quiere que llame en su nombre, señor?

—¿Está usted compinchado con Hayward para mandarle clientes?

—¡Por supuesto que no, señor! ¡No vaya usted a pensar…!

En la habitación, me siento en el borde de la cama. «Hayward. Alquiler de automóviles de lujo con chófer. Itinerarios turísticos. Paris By Night. 2, avenue Rodin. París (XVI). nro.
46-26
».

Coincide con su antigua dirección. Marco el número.

—¿Dígame?… Agencia Hayward… —me anuncia una voz masculina.

¿Habrá cogido el teléfono en el salón? Recuerdo la amplia balconada del salón desde donde se subía, por una pequeña escalera de hierro, a la terraza del tejado.

—Llamo para alquilar un coche.

—¿Con chófer?

—Sí. Con chófer.

¿Estoy hablando con él o con algún empleado?

—¿Para cuándo, señor?

—Para hoy, a las nueve de la noche.

—¿Dirección?

—Hotel Lotti.

—¿Para cuánto tiempo?

—Dos horas como mucho. Para dar un paseo turístico por París.

—Muy bien. Pregunto por el señor…

—Guise. Ambrose Guise.

—Muy bien. Hasta esta noche, señor, en el Lotti, a las nueve.

Cuelga con brusquedad, sin darme tiempo de preguntarle si tenía el honor de hablar con el propio Philippe Hayward.

—El chófer lo espera en recepción, señor…

Pensé en ponerme mis viejas gafas de sol de hace veinte años, como homenaje a la sociedad de coches

de alquiler Hayward, pero al final he optado por las de cristales de espejo; las que suelo llevar.

Es él. Con el rostro abotargado y el pelo cano. Lo reconozco por sus andares juveniles que aún conserva. Traje de alpaca azul marino. Corbata burdeos.

—Buenas, señor —me dice con la reserva y el tedio del hombre que vive por debajo de su condición. Pero quizás me equivoco y Hayward ha ejercido siempre el oficio de chófer, incluso en la época de Carmen. Recuerdo aquella visión fugaz, cuando lo sorprendí en uniforme de auxiliar de vuelo. Me mira con indiferencia. No, no parece haberme reconocido. Salimos. El calor esta noche es asfixiante. No corre ni un soplo de aire. El coche está aparcado en la confluencia de la rué de Castiglione y la rué Saint-Honoré. Un coche americano, de tamaño imponente. Negro.

—Espero que sea de su agrado, señor.

—Lo es.

Me abre la puerta y me siento en la parte derecha.

—¿A dónde desea que lo lleve?

—Pues… un simple paseo por París… Tour Eiffel… Invalides… Champs-Élysées… Pigalle…

—Muy bien, señor. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Tour Eiffel…

Me he quitado las gafas.

Él me observa por el retrovisor.

—¿Conoce usted París?

—Llevo casi veinte años sin venir. ¿Ha cambiado mucho París en estos veinte años?

—Mucho.

De esa palabra brota un ápice de amargura. Si París ha cambiado mucho, Hayward huele igual que hace veinte años, olor que se me antoja anticuado: el del agua de colonia Acqua di Selva; recuerdo haber visto esos frascos verde oscuro en la repisa del baño de su casa, en la avenue Rodin.

—La que no ha cambiado es la Tour Eiffel… —me dice volviéndose ligeramente hacia mí.

Vamos por el Cours la Reine y cruzamos por el puente Alexandre III. Desde este puente hay una vista panorámica de todo el barrio de la orilla derecha, por donde me paseaba en otro tiempo con Carmen. Y aunque no dejo de pensar que centenares de turistas están sentados alrededor de las fuentes en los jardines de Trocadéro, que en la otra orilla los autocares multicolores surcan incansables la place de la Concorde, todo: el Grand Palais, las alturas de Passy, las riberas del Sena, pertenecen a una ciudad muerta. Muerta al menos para mí.

—Ahí tiene la Tour Eiffel…

Me inclino sobre la ventanilla bajada para contemplarla, pero me parece tan irreal, en esta noche tórrida, sí, tan irreal como Hayward con su pelo cano, convertido en chófer de alquiler.

—¿La ha visto ya? ¿Vamos al Sacré-Coeur?

Se toma demasiadas confianzas con un cliente que pretende visitar París con toda tranquilidad.

—No… no… Primero Les Invalides…

—Muy bien, señor.

¿Me habrá reconocido? Da media vuelta para tomar la ribera en el otro sentido. Se seca la frente con un pañuelo. Las ventanillas del coche están bajadas pero el calor es asfixiante. Más que en pleno día.

Se detiene junto a la explanada. La luz blanca de los proyectores ilumina la cúpula de Les Invalides dando al edificio la apariencia de un inmenso entrepaño en trampantojo. Experimento la misma sensación de irrealidad que ante la Tour Eiffel, e intento combatirla buscando en la memoria lo que, para mí, evoca esta explanada: la feria de mi niñez, con los tiovivos, las casetas de tiro, el tren del infierno… La instalaban aquí todos los años y mi madre me traía…

—¿Quiere ver Les Invalides más de cerca?

—No es necesario…

A mano izquierda, ante la terminal de Air France, los autocares de Orly descargan turistas y salen inmediatamente en busca de nueva carga. Turistas encorvados bajo bultos y gigantescas mochilas de armadura metálica, subiéndose a toda prisa en otros autocares que afluyen sin cesar. Se diría un transporte militar de tropas.

—¿Y ahora, señor? ¿A dónde lo llevo?

Me inclino hacia él, hasta casi rozarle el hombro con la barbilla.

El olor del Acqua di Selva incrementa mi aturdimiento. Le digo, articulando muy bien cada sílaba:

—Volvemos al hotel. Pero antes, quiero que se detenga un momento en la place de l'Alma, en un lugar que le indicaré.

De nuevo, da media vuelta; sigue la ribera del río y luego cruza por el puente de l'Alma.

Mucha gente en la terraza de Chez Francés. Los veladores invaden parte de la calzada. Un autocar celeste espera; en el lateral, escrito en grandes letras rojas: *Paris-Vision*.

—Párese ahí, a la derecha… al principio de la rué Jean-Goujon…

—¿Aquí?

—Sí.

Estamos frente a la entrada del edificio donde vivía Carmen.

Apaga el motor y se vuelve hacia mí.

Con los ojos muy abiertos me mira fijamente, con tanta atención que parece haber envejecido de pronto. A menos que sea la penumbra la que le demacra el rostro.

—Me pregunto si aún sigue viviendo alguien en ese piso…

Y le señalo las ventanas cerradas del piso de Carmen, las que dan a la rué Jean-Goujon.

—A lo mejor puede usted decírmelo…

No aparta los ojos de mí, inquieto, y mi desasosiego se acrecienta. Me dan ganas de preguntarle por su mujer. De evocar, incluso, ciertos detalles de los que me enteré en las veladas, algo peculiares, a las que el matrimonio nos invitaba, a Carmen y a mí. ¿Seguía teniendo Martine Hayward la peca en el lado izquierdo de la cintura?

—Quizás coincidimos aquí, hace mucho tiempo… En casa de una tal señora Blin, ¿verdad? —me dice en tono de conversación mundana.

—Sí… Creo que sí…

—Murió hace cinco años.

Murió. Sin saber por qué, el mofletudo rostro rosado de Tintín Carpentieri se me representa con tanta claridad que durante un momento no veo a Hayward acodado en el asiento, frente a mí, sino a Carpentieri en persona, hablándome.

—Llevaba mucho tiempo fuera de París. Al parecer se retiró a la Costa Azul.

Puede que esta noche, según su costumbre, Carpentieri siga al coche fantasma de Georges Maillot. La place de l'Alma forma parte del itinerario. Podría pedir a Hayward que esperara el paso del Lancia blanco de Maillot y del coche de Carpentieri. Y que los siguiera a su vez. Avenue Montaigne. Rond-Point des Champs-Élysées. Y, de nuevo, avenue Montaigne. Puente Alexandre III…

—¿Quiere que lo lleve al hotel? —me pregunta Hayward.

—Será lo mejor.

Sí, un coche enorme, como éste. Lo conducía Hayward, como ahora. Pero aquella noche yo no iba solo en el asiento de atrás, sino entre Martine Hayward y la chica morena. Carmen iba delante, junto a Hayward. Y Ludo Fouquet, aquel tipo de pelo castaño, ojos azules e impermeable ligero de color arcilla también iba delante, en el lado de la puerta. Con el brazo izquierdo rodeaba los hombros de Carmen. Antes de arrancar, como solía hacer cuando la velada iba a prolongarse hasta muy tarde, Hayward me hizo la misma pregunta que ha salido de sus labios veinte años después:

—¿Quiere que lo lleve al hotel?

Pero no esperaba respuesta. Era una broma, una especie de ritual. Sabía muy bien que a mí no me gustaban aquellas veladas interminables de las que intentaba apartar a Carmen a toda costa.

—No. No. Se queda conmigo y no vas a llevarlo al hotel —dijo Carmen a Hayward. Por el tono de su voz y por aquel tuteo, me di cuenta de que había bebido más que de costumbre.

Hayward arrancó. Recorríamos la explanada de Les Invalides, en dirección al río. Hace un rato, cuando nos detuvimos más o menos en ese mismo sitio, se me pasó aquel detalle porque me cuesta creer que todo aquello ocurriera en esta misma ciudad. Salíamos de un local, a la vez restaurante y club nocturno, de la rué Fabert, la que rodea la explanada a mano derecha. Una enorme sala tapizada con terciopelo rojo. Cristales, espejos, techo lacado en negro. Todo bastante deteriorado. Orquesta cubana. Algunas parejas en la pista. El animador iba de mesa en mesa, o se inclinaba sobre el micrófono y repetía sin mucha convicción, moviendo la cabeza a modo de metrónomo:

«Tagada, Ta-ga-da».

Al parecer, esas tres sílabas eran para él como una contraseña que lanzaba a los clientes, su sello de calidad, su título de nobleza. Además, *tagada* brillaba en letras de neón verde en la fachada del local. Hacia medianoche, Hayward nos solía llevar al *Tagada* porque allí —según él— «se coincidía» con gente y se podían conseguir «números de teléfono».

Y aquella noche, «coincidimos» con el tipo del impermeable, que se llamaba Ludo Fouquet, y con la chica morena.

Con solo ver a Hayward conduciendo, manos en el volante, nuca y cuello tiesos, con solo oler el Acqua di Selva, se me vienen a la mente todos los detalles de aquella noche de hace veinte años.

Y esa sensación de ir flotando, a la deriva, que se experimenta dentro de un coche americano, sigue siendo la misma, ahora y entonces. Fouquet dijo:

—¿No les apetece tomar una copa en mi casa, en la rué de Ponthieu?

Apretaba con demasiada insistencia el hombro de Carmen.

—No —dijo Hayward—. Vayamos mejor a la mía…

—He citado a Jean Terrail en la rué de Ponthieu. ¿Qué hago?

—Dile que se pase por mi casa —contestó Hayward.

¿Por qué recuerdo, en este instante, el nombre de Jean Terrail? Cuerpo algo recio, cara redonda, uno de esos comparsas que seguían la estela de los Hayward durante aquellas noches en vela. Como Ludo Fouquet. Mario P. Un tal Sierra Dalle. Andrée Karvé que vivía en el 22 de la rué Washington y estuvo casada con un médico que todos ellos habían conocido y al que llamaban «el apuesto matasanos»; Roger Favart y su mujer, de cara pecosa y ojos grises…

Yo estaba mareado aquella noche, por el olor del Acqua di Selva, por la mano de Fouquet en el hombro de Carmen, y por el leve vaivén del coche americano: más que rodar por la calzada, me parecía que iba a la deriva sobre el agua. Apenas se oía el ruido del motor.

—Tengo que irme a casa —dijo la chica morena que estaba a mi izquierda.

—No… te quedas con nosotros —dijo Ludo Fouquet.

—Es que yo trabajo… Me levanto muy temprano…

—Pues así no tendrás que levantarte… No duermas esta noche… A tu edad no pasa nada…

A tu edad… Ciertamente, todos ellos eran mayores que nosotros dos. Y sus palabras: «me levanto muy temprano» sonaban raro en aquel coche americano flotante. No podía imaginarme a los Hayward, a Fouquet y a todos los demás, a la luz del día. Se disipaban con las primeras claras del alba. ¿Qué podía hacer Ludo Fouquet de día? ¿Y Jean Terrail? ¿Y Mario P.? ¿Y Favart? ¿Y su mujer de ojos grises? Solo los veía de noche, como si ya, por entonces, fuesen meros fantasmas.

La chica se inclinó hacia Hayward apoyando la mano en mi rodilla. Olía a lavanda.

—Déjeme en la estación de la Bastille. Aún puedo coger el último tren.

—No le hagas caso, Philippe —dijo Fouquet—. Se queda con nosotros…

—Sí… sí… Se queda con nosotros —repitió Carmen como un autómata.

Luego, volviéndose hacia mí:

—Convéncela para que se quede… Es guapa, ¿verdad? ¿Te gusta?

La chica me miró y se encogió de hombros.

—Bájese en el próximo semáforo… —le dije en voz baja.

—No… No… No puedo… Ese tío es un animal…

Y me señalaba a Ludo Fouquet.

—Si me bajo del coche es capaz de darme una paliza…

—¿Qué le estás diciendo? —preguntó Fouquet.

—Nada.

—Tonterías… Solo le estarás diciendo tonterías…

Me resultaba insufrible ver los dedos de Fouquet tamborileando suavemente el hombro de Carmen, subiendo cuello arriba… Martine Hayward encendió un cigarrillo y casi rozándome con la cara me dijo al oído:

—¿Se queda con nosotros?

Presionaba su pierna contra la mía. También ella había bebido, como Carmen. Como Ludo Fouquet. Tan solo Hayward permanecía sobrio durante aquellas noches interminables. No era del todo un fantasma y, al parecer, él sí que tenía una vida diurna. Pero ¿por cuánto tiempo aún?

A través de los cristales, una luz blanca que provenía de los focos de la terraza, dejaba el fondo del salón en un charco de sombra. Y Carmen permanecía en ese charco oscuro, tumbada en uno de los sofás. Ludo Fouquet, sentado en el suelo, sujetaba el auricular del teléfono entre la mejilla y el hombro.

—Qué raro… No consigo dar con Jean Terrail…

—Deja en paz ajean Terrail —dijo Hayward.

—No, hombre… Nos puede traer a gente interesante…

—¿Pongo música? —preguntó Martine Hayward.

Se había desnudado y llevaba un albornoz de felpa naranja.

—Sí… pon música —dijo Fouquet—. Algo excitante… Una voz de mujer… Una negra…

Hayward llenaba los vasos con una bebida de reflejos ambarinos y le daba uno a Carmen, otro a Ludo Fouquet, otro a Martine. No me atrevía a calcular la cantidad de alcohol que se habían bebido entre los tres desde el inicio de la velada.

—Ya sí que me tengo que ir —dijo la chica.

Estaba de pie, ante Ludo Fouquet que, en cuclillas, sin soltar el teléfono, se bebió la copa de un trago.

—Pues ya te estás largando…

—Gracias.

¿Iría a levantarse y propinarle una bofetada? No. Volvía a marcar un número.

—Me buscaré a otra en tu lugar. No te creas que me será difícil… Chicas como tú las hay a montones…

Pero ella no lo escuchaba. Dándole la espalda, se iba hacia el vestíbulo.

Allá, en el charco de sombra, Philippe Hayward se había sentado, apoyando la espalda en el sofá donde descansaba Carmen; ella le pasaba una mano distraída por el pelo.

—Yo también me voy —dije—. Estoy rendido…

Carmen me miraba con ojos muy abiertos, surcados por una expresión de desconcierto, pero en esos instantes no podía hacer nada por ella. Absolutamente nada. Se hundía en el charco de sombra. Se habría negado a seguirme.

—Bueno, pues espérame en casa —farfulló—. Espérame… ¿eh?… espérame…

Rebusqué en su bolso, que se había caído al suelo con la mitad de su contenido, para coger la llave del piso.

Cuando terminé de bajar las escaleras se apagó la luz. Anduve a tientas hasta la puerta. Enseguida sentí una presencia. Pasé la mano por la pared buscando el interruptor. Al final, lo encontré. La chica estaba en la puerta. Se volvió hacia mí.

—No veía… No podía abrir…

Salimos los dos y en el patio del edificio levanté la cabeza hacia el piso de los Hayward, que los focos de la terraza iluminaban como un plato de cine.

—Qué gente tan rara —le dije.

—Sí. Sobre todo Ludo…

—¿Hace mucho tiempo que lo conoce?

—Bueno… desde hace un mes… Íbamos por la rué de la Tour. Tenía el pelo oscuro, una media melena, hasta los hombros; ojos claros algo rasgados, tez pálida. Llevaba un impermeable demasiado grande que se apretaba contra el pecho.

—Es el impermeable de Ludo… Se lo he birlado al salir. No me apetece mojarme…

En efecto, reconocí el color arcilla. Contrastaba con su pelo negro.

—Y usted, ¿lleva mucho tiempo saliendo con ellos?

—Bueno, yo soy amigo de la mujer…

—¿De la rubia?

—Sí.

Mientras estábamos en el piso había caído un chaparrón, porque la acera brillaba y a veces esquivábamos algunos charcos.

—¿Trabaja usted? —le pregunté.

—Sí… en una perfumería de la rué de Ponthieu. Allí me echó el ojo Ludo… Va mucho a un hotel que hay en esa calle, con sus amigos… El Paris-Mondain.

Los Hayward nos habían llevado allí una noche. Para «coincidir» con gente. La entrada, el hall y el bar estaban sumidos en una luz verde, que tornaba aún más espectrales las caras de toda aquella gente. Andrée Karvé, Vette Favart, Sierra Dalle. Y Mario P., el «contralto», que se jactaba de su amistad con el actor Roland Toutain, y cuya broma favorita consistía, cuando estaba en el bar, en exhibir en un platito su sexo erguido diciendo: «que lo tenía así de tieso las veinticuatro horas del día…».

—Pero ¿por qué sigue usted viendo a ese tipo? —le dije.

—No puedo dejarlo… Me sacó de un apuro prestándome mil francos.

Levantó la cara hacia mí.

—¿Usted estudia?

—No.

Parecía muy joven envuelta en el impermeable de Ludo. Como una cría que juega a ponerse zapatos de tacón y camina dando traspiés.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunté.

—Veinte.

Yo también. Nacimos con un día de diferencia. Esas casualidades no son frecuentes.

Tomamos la avenue Henri-Martin, luego la avenue Georges-Mandel hasta Trocadéro. Los árboles del talud y las hojas, al otro lado de la verja negra de los edificios, estaban chorreando de agua. Del jardín de un palacete en demolición, en la esquina de una calle, subía un aroma a madreselva. Ella se levantó la manga del impermeable de Ludo para consultar su reloj.

—Aún puedo coger el último tren.

—¿Dónde vive?

—En Saint-Maur. ¿Lo conoce?

—No.

Por la zona este de París, yo nunca había ido más allá del Bois de Vincennes.

—Coja un taxi. Tengo dinero…

Me rebañé el bolsillo. Treinta francos podían ser suficientes para ir en taxi hasta Saint-Maur.

—Muchas gracias. Mañana se lo devuelvo. Podría venir a verme… Mañana por la tarde libro…

Ni un taxi en la parada de Trocadéro. Caminamos hasta la place de
l’Alma
. Se me hacía raro pasear por el barrio con alguien que no fuese Carmen. Al inicio de la avenue Montaigne, un
g-j
rojo y negro esperaba.

—¿Y usted, vive lejos? —me preguntó.

—No, ahí. En la planta baja.

Y le indiqué el piso de Carmen, al otro lado de la plaza.

—¿La casa del jardín?

—Sí.

Pareció sorprendida. Luego, se subió al taxi.

—Venga a verme mañana a Saint-Maur… Voy a darle mi dirección.

Pidió al taxista papel y bolígrafo. Escribía con aplicación, apoyando el papel en una rodilla.

—Hasta mañana. Y gracias. Venga a buscarme a las dos y media. Espéreme en la calle…

Me sonrió, cerró la puerta y, a través de la ventanilla bajada agitó, a modo de despedida, la manga del impermeable de Ludo, demasiado grande para ella.

¿En qué calle de Saint-Maur debía esperarla al día siguiente, a las dos y media de la tarde? Consulté el papel: 30 bis, avenue du Nord.

A lo largo de la avenue du Nord, los tilos forman un embovedado de follaje tan denso como el de la Lichtentaler Allee, de Badén. Unifamiliares de piedra moleña. Muros sobre los que el sol recorta las sombras. En uno de ellos, el cartel medio despedazado de un cine de La Varenne.

Espero al borde de la acera, a la altura del 30 bis. Una tapia, tras la cual se adivina un jardín que casi esconde una casita oscura, con una galería en el primer piso. La puerta de madera, empotrada en la tapia, se entreabre y la chica se desliza por el resquicio; luego, cierra la puerta sin ruido. Viene hacia mí. Ya no lleva el impermeable de Ludo, sino un ligero vestido azul noche.

—¿Has tenido problemas para llegar aquí?

—No.

—¿Cómo has venido?

—En tren.

Hacía un día precioso. A esa hora, era el único pasajero del vagón. Iba a buscarla a un lugar de veraneo. Reuilly. Saint-Mandé. Vincennes. Biarritz. Joinville-le-Pont. Saint-Maur-des-Fossés. Baden-Baden.

—¿Quieres que vayamos a La Varenne?

La avenue du Nord hace curva y luego baja en suave pendiente hasta el Marne. ¿Se podrá bajar aún por aquella pendiente? Qué importa. No me siento con fuerzas para volver allí de peregrinación. Además, estoy seguro de que no queda nada de todo aquello: ni la avenue du Nord, ni los tilos, ni el garaje junto a la ribera, que se llamaba Garage des lies.

Caminamos junto al río. Después de unos cuantos cientos de metros, pasado el puente de Champigny, los edificios grises dejaban paso a unifamiliares y chalés cada vez más señoriales.

—Bueno, pues ya estamos en La Varenne —me anunció la chica, con voz grave, como se si tratara de un acontecimiento importante en nuestras vidas.

Y cuando lo pienso ahora, veo que se trataba de un acontecimiento importante. Por mucho que rebusco en la memoria, nunca mi llegada a un lugar me ha producido una impresión tan fuerte como la que sentí aquella tarde, al entrar en La Varenne-Saint-Hilaire con ella.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo por aquí?

—Sí… desde que nací.

Cruzamos el puente de Chenneviéres y seguimos por la estrecha carretera que bordea el Marne. Los sauces llorones se inclinan sobre el agua verdosa y estancada. Barcas. Pontones medio podridos. Enrejados. Olor a lodo recocido por el sol. Regresamos al caer la tarde. Subimos por el Quai de La Varenne. Ella quiere compartir conmigo los encantos de su ciudad natal. Chalés. Vallas blancas. No me equivocaba cuando, en la estación de la Bastille, me imaginaba salir para un lugar de vacaciones.

—¿Pasas aquí las vacaciones? —le pregunté.

—Sí… para qué ir a otro sitio… esto es como la playa…

Barcos de recreo amarrados al embarcadero. A lo largo del Marne se suceden pontones de madera blanca. Allá, en la pequeña isla, entre los sauces, aparece un pórtico con balancines, cuerdas y anillas.

—Tienes razón… para qué ir a otro sitio…

Sobre un salvavidas colgado en uno de los pontones, una inscripción escrita en letras azul marino: «Playa fluvial de La Varenne». La chica me mira a los ojos:

—¿Quieres que alquilemos una habitación?

Un hotel algo apartado de la ribera, en la intersección de dos calles, con una terraza de gravilla, mesas de jardín y parasoles de rayas. Se llamaba Le Petit Ritz.

Oí un ruido entre sueños. Y aún me sigo preguntando si era el teléfono. O un disparo. O quizás ambos a la vez. No lograba abrir los ojos. Me pesaban muchísimo los párpados.

Sentí que me zarandeaban por los hombros. Entonces me desperté. Hurel, con su cara de *jockey*, inclinado sobre mí. Me había dormido en el sofá del salón.

—Lo llaman por teléfono…

Miré el reloj. Apenas las doce de la noche. Carmen no regresaría hasta el amanecer. Estaba en las afueras de París, con los Hayward, en casa de un tal Chatillon, otro miembro de su pandilla. Yo le había dicho que no la acompañaba porque estaba muy cansado.

—Lo esperan al teléfono —repitió Hurel.

Me precedió y yo no podía apartar la vista de sus patucos de terciopelo, tan silenciosos y etéreos que me parecía estar soñando. Cruzamos el salón y dos o tres habitaciones que servían de trastero y cuyas arañas me deslumbraron. Carmen quería que todas las luces del piso estuvieran encendidas a su regreso.

Cogí el teléfono en el office. Reconocí su voz, a pesar de que estaba algo alterada. Voz quebrada. ¿Dónde estaba? ¿En Saint-Maur-des-Fossés? No. En París. En la rué Rodin, donde los Hayward. Había sucedido algo tremendo. Se echó a llorar. Me pidió que me reuniera con ella enseguida.

Hurel estaba tieso, delante de mí, y me observaba con frialdad. Se me había olvidado la chaqueta en el salón. De nuevo, crucé la hilera de habitaciones con el presentimiento de que nunca más volvería allí, que todo aquello pertenecía ya al pasado. Y mi ansiedad me revelaba otras muchas cosas que no había querido ver. La madera que cubría las paredes estaba agrietada, ciertas manchas claras indicaban los lugares donde hubo cuadros, que Carmen había ido vendiendo. A la luz de las arañas, la moqueta se veía desgastada hasta la trama. Y Carmen envejecería sola en aquel gigantesco trastero de muebles y animales disecados, con ese antiguo mozo de cuadra de patucos aterciopelados que se mantenía inmóvil en el porche, espiándome, mientras yo corría en plena noche hasta la boca del metro.

La chica me abrió la puerta del piso. Llevaba el mismo vestido azul que en La Varenne y, por contraste con ese azul y el negro de sus cabellos, el cutis me pareció lívido. Me cogió del brazo y me llevó hasta el salón, iluminado tan solo por la luz de las dos vitrinas en las que Martine Hayward exponía su colección de abanicos.

—Ludo… Es Ludo…

Estaba tumbado detrás del sofá, al pie de una de las vitrinas, con su impermeable arcilla. La solapa levantada le tapaba media cara. En la sien, una mancha de sangre. Sangre también en el cuello del impermeable. Un impermeable ni demasiado grande ni demasiado corto. Exactamente de su talla.

—Fui yo… Se… Se me disparó solo…

Me apretaba el brazo y me miraba fijamente con sus ojos claros, empañados de lágrimas. Mantenía la boca entreabierta.

Me senté en el sofá y ella vino a sentarse a su vez. Por el suelo, ante nosotros, un pequeño revólver con la culata de nácar. Un revólver de señora. Más lejos, su funda de ante granate. Yo estaba tranquilo, como hacía mucho tiempo que no lo había estado.

Curiosamente, no me parecía un muerto de verdad. Ludo Fouquet… Todas aquellas luciérnagas, todos aquellos gusanos de luz, tenían tan poca consistencia que sus muertes… Recogí el revólver y lo metí en la funda que se cerraba con un broche. Y de esa funda de ante se desprendió el perfume algo denso de Martine Hayward. ¿Sería suyo?

Una de las vitrinas, la del fondo, estaba rota y una constelación de cristales hechos añicos se esparcía por la moqueta.

—Nos pegamos… Si yo no hubiera disparado lo habría hecho él, ¿sabes?…

Claro que lo sabía. Estaba a mi lado, temblorosa, con la cabeza gacha. Yo sabía que todo acabaría así.

—¿Te quedas conmigo? No irás a dejarme tirada, ¿verdad?

Me sentía aliviado. Carmen, Maillot, Rocroy, Ludo Fouquet, todos los demás… Aquello no podía seguir así.

Y ese desgraciado que intentaba controlar el movimiento vertiginoso de un sueño, repitiendo con obstinación de metrónomo: ta-ga-da… tagada… tagada… Un disparo y el ruido de cristales rotos habían detenido el tiovivo; ahora tocaba despertar.

La luz de la escalera se apagó. La chica me apretaba el brazo y bajamos a oscuras. No cogimos el ascensor por miedo a que nos oyeran en el portal y no tuviéramos forma de huir.

Abajo, sin pulsar el temporizador de la luz, busqué a tientas el botón de la puerta. Lo accioné con el pulgar varias veces pero el mecanismo no respondía. Ella intentó tirar de la puerta hacia sí. No había forma de abrirla. Pulsé el interruptor y una luz blanca nos envolvió. Me incliné sobre la cerradura para buscar el pestillo. Entonces, oí ruido a mis espaldas. La puerta acristalada de la portería se abrió. El portero apareció en el quicio. Un hombre moreno, de altura media, vestido con un pantalón de franela y una chaqueta de pijama a rayas.

—¿Qué estáis haciendo?

Lo preguntó con brutalidad. Sin duda creía haber sorprendido a unos ladrones. Una idea me pasó por la cabeza. No éramos ladrones, como nuestra actitud podía dar a entender. Era algo mucho peor.

—La puerta no funciona —balbucí.

—Lo sé.

Se acercó a nosotros. Nos miraba a ambos de hito en hito.

—¿De dónde venís?

—De casa del señor Hayward —dije.

—Por lo que sé, se fueron ayer…

La chica estaba lívida. Me apretaba el brazo. Temí que se desvaneciera.

—Nos invitó a quedarnos en su casa…

—¿Os invitó?

—Sí.

Nos seguía mirando fijamente con sus ojillos negros.

—Bueno, si sois invitados del señor Hayward…

Pronunció la frase en tono de desprecio irónico. Los Hayward no debían caerle bien. Demasiadas idas y venidas en su casa, supongo.

Se dirigió hacia la puerta. Por un momento creí que iba a plantarse ante ella e impedirnos la salida. Pero no. Sin dejar de mirarnos, accionó el pestillo.

Entreabrió la puerta dejando una estrecha abertura para que saliéramos. Antes de que nos coláramos por el resquicio, uno tras otro, nos volvió a mirar con tal insistencia que pensé si no querría grabarse en la memoria nuestros rasgos con la mayor precisión posible. Sí, no me cabía duda de que había oído los disparos.

Ella se aferraba a mi brazo y de vez en cuando sufría temblores nerviosos. Dimos la vuelta a la place du Trocadéro. Uno de los cafés estaba aún abierto y nos sentamos en un velador de la terraza. A lo lejos, gente saliendo del teatro Chaillot, en grupos que venían hacia nosotros. También ellos se sentaban en los veladores cercanos, entre un barullo de conversaciones. Varios autocares turísticos brillaban en la linde de la explanada.

Pedí dos *kirs*. Luego, otros dos. Y dos más. La chica estaba ya menos pálida y no temblaba. Intenté tranquilizarla. Aún nos quedaban unos instantes de respiro. Nadie podría encontrarnos, en la terraza de este café, un sábado por la noche, en pleno mes de junio, entre turistas y gentes que salían del teatro. Pero ¿dónde pasar la noche? Al salir del café, me fijé en la placa negra de un hotel, al principio de la avenue Raymond-Poincaré, a mano izquierda. Sobre la placa negra brillaba «Hotel Malakoff» en letras doradas.

En la recepción, el portero de noche no nos pidió la documentación, pero sí me dio una ficha para que la rellenara. Yo no quería que me viera azorado, así que escribí mi verdadero nombre: Jean Dekker, y mi verdadera fecha de nacimiento: 25 de julio de 1945. Incluso el lugar exacto de mi nacimiento: Boulogne-Billancourt. En el apartado dirección, dudé un instante y escribí: 2, avenue Rodin. París (XVI). Pero hoy me pregunto si no lo hice adrede.

No se durmió hasta el alba. Me pidió que dejara encendida la lamparita de noche. Con la mejilla izquierda apoyada en la almohada y el brazo izquierdo replegado, se abrazaba el hombro con la mano, en un gesto de protección. La contemplé durante mucho rato para no olvidar su rostro. Una muchacha de veinte años. De estatura media. Morena. Olor a lavanda. Hasta ahora, no ha sido identificada.

Apagué la lamparita. Con los zapatos en la mano, me deslicé de puntillas fuera de la habitación. Cerré la puerta muy despacio y en el pasillo me até los zapatos.

Cuando llegué a la place du Trocadéro estaba saliendo el sol. Era el inicio del verano. Por un momento, tuve la tentación de cruzar la explanada del Palais Chaillot para contemplar por última vez la Tour Eiffel y, allá abajo, los árboles frondosos, los tejados, el Sena, los puentes…

Pero no. Jean Dekker ya no tenía cabida en esa ciudad: la brigada antivicio no tardaría en dar con la ficha del hotel. Tenía que abandonar a ese hermano gemelo y marcharme lo antes posible de París, donde transcurrieron mi infancia, mi adolescencia y los primeros años de mi juventud. Hay momentos en la vida —me decía para darme ánimos— en que uno debe cambiar de naturaleza…

Suena el teléfono en el despacho de Rocroy, justo cuando termino de escribir estas líneas.

—Hola, Jean… Soy Ghita… ¿Se encuentra bien?

—Sí… muy bien, Ghita.

—Le noto la voz rara… ¿No lo habré despertado?

—No, no, Ghita… En absoluto…

—Regreso a París pasado mañana. Espero tener el placer de volver a verlo. ¿Todo bien por casa?

—Sí. De nuevo le agradezco su hospitalidad.

—No tiene importancia, Jean.

—Salgo a finales de semana para Klosters, con mi familia.

—Es una lástima. Podría quedarse más tiempo en París… De todas formas, nos vemos pasado mañana…

—Será un placer, Ghita.

Respiré hondo.

—Oiga, Ghita…

—¿Sí?

—Quizás me reproche usted que esté revolviendo el pasado pero… ¿cómo podría encontrar el rastro de…?

—¿El rastro de qué?

—Nada, Ghita. Son… todas esas cosas de hace veinte años que se me vienen a la cabeza…

—Eso no es bueno, Jean…

Un momento de silencio.

—¿No ha encontrado nada interesante en el dossier de De Rocroy?

—Claro que sí, Ghita…

—Mire, querido Jean. ¿Sabe lo que me decía una y otra vez De Rocroy?

—¿Qué?

—Me decía que todo lo que uno busca está en los listines telefónicos. Pero hay que saber utilizarlos.

He encontrado su nombre entre las páginas del viejo cuaderno, en el trozo de papel donde ella lo escribió, con su dirección en Saint-Maur. Y el mismo nombre aparece en el listín de este año: 76, boulevard Sérurier, París (XIX),
208-76-68
. No hay otro nombre como ése. Está claro que Rocroy tenía razón. Conocía bien la vida.

Las nueve de la mañana. Aunque brilla el sol y el cielo está raso, la temperatura aún no es agobiante. No hay calima. El gran edificio color teja del 76 del boulevard Sérurier, se destaca sobre el verde del parque, cuyo césped baja hasta el cinturón periférico.

Hay un café abierto, mucho más allá, en el mismo bulevar y, por quinta vez, marco el
208-76-68
. Pero nadie contesta. Salgo del café. El bulevar está desierto. A lo lejos, hacia las afueras, un edificio ocre —una iglesia sin duda— se alza en medio de un solar. Me siento en un banco, donde termina la pendiente del boulevard Sérurier. Pienso en Maillot, que me decía: «Costará mucho subir pero luego, ya verá… un placer, bajar…». Avenue Carnot. Rué Anatole-de-la-Forge. Rué de

l’Arc-de-Triom-phe
. Avenue Mac-Mahon. Boulevard Sérurier. La avenue du Nord también bajaba en suave pendiente. Hasta el Marne.

Y de pronto, veo una silueta que baja por la cuesta del boulevard Sérurier, con una maleta metálica, cuyos reflejos me hacen guiñar los ojos. ¿Un espejismo? Se va acercando. Es ella. Reconozco sus andares indolentes. Lleva un impermeable, pero esta vez no es el de Ludo. Verde esmeralda.

Casi ha llegado a mi altura. Me levanto. Estamos los dos solos en el bulevar perdido, abrumado de sol y silencio. Le propongo llevarle la maleta.

—Gracias.

—¿Vuelve de vacaciones?

—Sí. El problema es que la parada de metro me pilla lejos de casa.

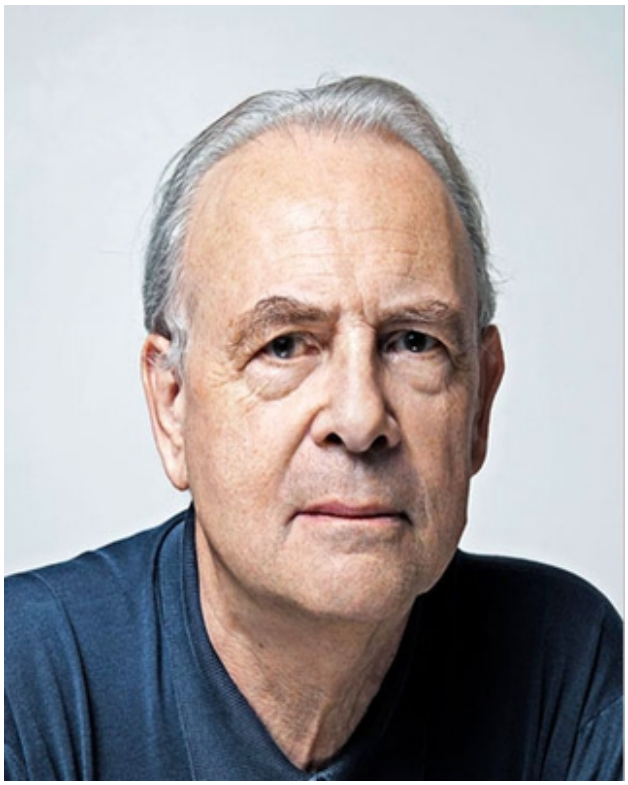
Caminamos juntos hacia el edificio de ladrillo del 76, boulevard Sérurier. No hablamos. Empieza a hacer mucho calor; ella, sin embargo, no se quita el impermeable. No ha cambiado casi nada en estos veinte años. El mismo pelo negro, con un peinado algo más corto. Ojos azules. Altura media. Tez pálida…

—¿Dónde ha estado?

—En el sur.

—No está muy morena, para venir del sur.

Viene de mucho más lejos. Carmen, Rocroy, La Varenne-Saint-Hilaire. París. Todas aquellas calles en cuesta… La maleta no pesa mucho. La miro a hurtadillas. Una gran cicatriz le surca la frente. Quizás la huella del tiempo. O el rastro que deja alguno de esos accidentes que te hacen perder la memoria de por vida. A partir de este momento, yo tampoco quiero acordarme de nada.



PATRICK MODIANO nace en Boulogne-Billancourt el 30 de julio de 1945.

Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura.

Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda de noche* y *Los bulevares periféricos*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, una novela en la que la Segunda Guerra Mundial, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto, Viaje de novios, El rincón de los niños, Las desconocidas, Dora Bruder* y *Joyita*.

Aunque el reconocimiento cumbre de su obra no puede ser otro que el premio Nobel de Literatura 2014. La Academia sueca argumenta que concede el premio a Modiano *por su arte de la memoria con el que ha evocado los destinos humanos más difíciles de retratar y desvelado el mundo de la Ocupación*.

Y es que, este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.

Notas

[1] En holandés: Grandes viajes de Amberes. (*N. del editor digital*). < <

[2] En inglés:

—El Sr. Tatsuké, supongo —le digo.

—Encantado de conocerle, Sr. Guise.

(*N. del editor digital*). < <

[3] En inglés:

—Puedes confiar en mí… Es la mejor pizzería en París… Estoy harto de la cocina francesa… Me gustaría algo diferente para un cambio… ¿Usted seguramente preferiría un restaurante francés?

—No En absoluto.

—Si… Me equivoqué… Debería haberte llevado a un restaurante francés… Usted probablemente no está acostumbrado a restaurantes franceses…

(*N. del editor digital*). < <

[4] En inglés:

—¿Le gusta?

(*N. del editor digital*). < <

[5] En inglés: apagón.

(*N. del editor digital*).< <

[6] En inglés:

—¿Ha pasado un buen rato, señor?

(*N. del editor digital*). < <